

***[Declaraciones de Trotsky en la decimotercera sesión de la  
Comisión Dewey, subcomisión desplazada a Coyoacán, sesión  
celebrada el 17 de abril de 1937]***

**León Trotsky**  
**17 de abril de 1937**

(Tomado de *Los crímenes de Stalin (anexos)*, en nuestras *Obras Escogidas de León Trotsky en español (OELT-EIS)* (Libros, folletos, panfletos, recopilaciones y otros materiales), páginas 61-631 del formato pdf.)

<i>¿Por qué es necesaria una investigación?</i> .....	1
<i>¿La investigación es políticamente admisible?</i> .....	3
<i>La opinión del profesor Charles A. Beard</i> .....	4
<i>Un examen “puramente jurídico”</i> .....	6
<i>Autobiografía</i> .....	8
<i>Un interrogatorio “puramente judicial” [Mi situación jurídica]</i> .....	14
<i>Tres categorías de pruebas</i> .....	15
<i>La serie matemática de los montajes</i> .....	18
<i>La base política de la acusación: el terrorismo</i> .....	21
<i>El asesinato de Kírov</i> .....	25
<i>¿Quién redactó la lista de “víctimas” del terrorismo? (el “caso” Molotov)</i> .....	27
<i>La base política de la acusación: “sabotaje”</i> .....	31
<i>La base política de la acusación: la alianza con Hitler y el Mikado</i> .....	34
<i>Copenhague</i> .....	38
<i>Rádek</i> .....	43
<i>Vladimir Romm, “Testigo”</i> .....	51
<i>¿Qué es lo que fue desmentido en el último juicio?</i> .....	72
<i>El fiscal falsificador</i> .....	74
<i>¿Cuál es el propósito de estos juicios?</i> .....	80

### ***¿Por qué es necesaria una investigación?***

Está más allá de toda duda el hecho de que los juicios de Zinóviev-Kámenev y Piatakov-Rádek han despertado una viva desconfianza hacia la justicia soviética entre los círculos obreros y democráticos de todo el mundo. Sin embargo, precisamente en este caso se volvía una necesidad absoluta que la justicia pudiera persuadir irrefutablemente y con una claridad total. Los acusadores, al igual que los acusados (al menos los más destacados entre ellos) tienen renombre mundial. Los objetivos y las motivaciones de los participantes debían derivarse directamente de sus posiciones políticas, de las personalidades de los implicados, de todo su pasado. La mayoría de los acusados han sido ejecutados; ¡suponemos que su culpa debe haber quedado totalmente probada! No

obstante, si dejamos de lado a aquellos a los que se puede convencer de cualquier cosa, sin importar de qué, por medio de una simple orden telegráfica de Moscú, occidente se ha negado rotundamente a apoyar a los acusadores y verdugos. Por el contrario, la alarma y la desconfianza se han convertido en horror y repugnancia. Por otra parte, nadie supone que se haya cometido un “error” judicial. Las autoridades de Moscú no podrían haber ejecutado a Zinóviev, Kámenev, Smirnov, Piatakov, Serebriakov, y a todos los demás “por error”. Desconfiar de la justicia de Vishinsky significa, en el caso actual, sospechar directamente que Stalin está montando una fabricación judicial con fines políticos. No hay lugar para otra interpretación.

Pero, ¿quizás la opinión pública haya sido engañada por sus simpatías previas con los acusados? Este argumento fue utilizado más de una vez en los casos de Francisco Ferrer en España, el de Sacco, Vanzetti y Mooney en los Estados Unidos, etc. Pero en cuanto a los acusados de Moscú, no se puede esgrimir el argumento de la simpatía partidaria. Hay que decir lisa y llanamente que el sector más informado de la opinión pública mundial ya no tenía ni confianza ni respeto por los principales acusados, a causa de sus numerosas retractaciones previas y, sobre todo, de su comportamiento ante el tribunal. La fiscalía representó a los acusados, con su propio consentimiento, no como capituladores ante Stalin, sino como “trotskystas” que se habían cubierto bajo el manto de la capitulación. Esta caracterización, en la medida en que se aceptó como cierta, no pudo aumentar de ningún modo la simpatía por los acusados. Por último, el “trotskismo” en sí está representado hoy en día por una pequeña minoría del movimiento obrero, que se halla en una fuerte lucha con todos los demás partidos y facciones.

Los acusadores están en una situación incomparablemente más favorable. Detrás de ellos está la Unión Soviética, con todas las esperanzas y el progreso que representa. La emergencia de la reacción mundial, especialmente en su forma más bárbara (el fascismo) ha inclinado las simpatías y esperanzas de los círculos democráticos, incluso entre los más moderados, hacia la Unión Soviética. Estas simpatías, sin duda, son de un carácter muy confuso. Pero es precisamente por ello que los amigos oficiales y no oficiales de la URSS no están dispuestos, por regla general, a desentrañar las contradicciones internas del régimen soviético; por el contrario, están dispuestos de antemano a considerar toda oposición al estrato gobernante como una colaboración voluntaria o involuntaria con la reacción mundial. A esto hay que sumarle las relaciones diplomáticas y militares de la URSS dentro del contexto general de las relaciones internacionales actuales. En varios países (Francia, Checoslovaquia y en cierta medida Gran Bretaña y los Estados Unidos) los sentimientos puramente nacionalistas y patrióticos predisponen a las masas democráticas a favor del gobierno soviético como adversario de Alemania y Japón. No hace falta mencionar que, para colmo, Moscú tiene palancas poderosas a su disposición, tanto tangibles como intangibles, con las cuales ejercer presión sobre la opinión pública en las más diversas capas de la sociedad. La agitación por la nueva constitución, “la más democrática del mundo”, que se hizo pública, no casualmente en vísperas de los juicios, ha despertado aún más las simpatías por Moscú. Se le aseguró así, desde el principio, una enorme preponderancia de confianza *a priori* al gobierno soviético. A pesar de todo esto, los acusadores omnipotentes no han convencido ni han conquistado a la opinión pública mundial, a la que trataron de tomar desprevenida. Por el contrario, la autoridad del gobierno soviético decayó bruscamente después de los juicios. Hay adversarios implacables del trotskismo, aliados de Moscú, e incluso muchos amigos tradicionales de la burocracia soviética, que han exigido la verificación de las acusaciones de Moscú. Basta recordar las medidas adoptadas por la II Internacional y la Federación Sindical Internacional en agosto de 1936. En su respuesta increíblemente descortés, el Kremlin, que había contado de antemano con una victoria total y absoluta,

expuso su decepción en toda su amplitud. Friedrich Adler, secretario de la II Internacional y, en consecuencia, enemigo implacable del trotskismo, comparó los Procesos de Moscú con los juicios por brujería de la Inquisición. El conocido teórico reformista, Otto Bauer, quien considera posible declarar en la prensa que Trotsky especula con una guerra futura (¡una afirmación no sólo falsa sino también absurda!), se ve obligado, a pesar de toda su simpatía política por la burocracia estalinista, a reconocer que los Procesos de Moscú son montajes judiciales. El *New York Times*, un diario muy prudente que está lejos de albergar simpatía alguna por el trotskismo, resume el final del último juicio con las siguientes palabras:

“El peso de la evidencia recae no sobre Trotsky, sino sobre Stalin”. Esta simple frase demoledora reduce a cero la persuasión jurídica del procedimiento judicial de Moscú.

Si no fuera por las consideraciones diplomáticas, patrióticas y “antifascistas”, la falta de confianza en los acusadores de Moscú adquiriría dimensiones incomparablemente más amplias y vigorosas. Esto puede ser fácilmente demostrado por un ejemplo secundario, aunque muy instructivo. En octubre del año pasado se publicó en Francia mi libro *La revolución traicionada*. Hace unas semanas apareció en Nueva York. Ninguno de los tantos críticos, en su mayoría adversarios míos (entre ellos el ex primer ministro francés, Caillaux) siquiera mencionó el hecho de que el autor del libro había sido “condenado” por una alianza con el fascismo y el militarismo japonés contra Francia y los Estados Unidos. Nadie, absolutamente nadie (ni siquiera Louis Fischer) consideró necesario comparar mis conclusiones políticas con los cargos del Kremlin. Era como si nunca hubieran existido ni juicios ni ejecuciones en Moscú. Este simple hecho, si uno lo piensa, es la prueba irrefutable de que los sectores conscientes de la sociedad, empezando por el país más interesado y sensible, Francia, no sólo no han aceptado la acusación monstruosa, sino que, simplemente, la han descartado con un disgusto apenas disimulado.

No podemos, desgraciadamente, decir lo que piensa y siente la oprimida población de la Unión Soviética. Pero en todo el resto del mundo las masas explotadas son presas de una trágica confusión que envenena su pensamiento y paraliza su voluntad. O la vieja generación de dirigentes bolcheviques, con una sola excepción, realmente ha traicionado el socialismo a favor del fascismo, o la dirección actual de la URSS ha organizado un montaje judicial contra los fundadores del Partido Bolchevique y del estado soviético. Sí, es precisamente de esa forma que se presenta la cuestión: o el buró político de Lenin estaba compuesto por traidores, o el buró político de Stalin está compuesto por falsificadores. ¡No existe una tercera posibilidad! Pero es precisamente por el hecho de que no existe una tercera posibilidad que la opinión pública progresista no puede, a riesgo de comprometer su propia existencia, evitar tomar esta decisión difícil y trágica y explicársela a las masas populares.

### ***¿La investigación es políticamente admisible?***

La objeción semioficial planteada a menudo de que la labor de la comisión podría “perjudicar políticamente” a la URSS y ayudar al fascismo, constituye (como mínimo) una combinación de estupidez e hipocresía. Supongamos por un momento que los cargos del tribunal contra la Oposición tuvieran alguna base (es decir, que decenas de hombres no hubieran sido fusilados en vano). En ese caso, no sería muy problemático que un gobierno poderoso exponga los materiales de la investigación preliminar para llenar las lagunas de los registros de los procedimientos judiciales, explicar las contradicciones y

disipar dudas. En ese caso, el examen sólo podría fortalecer la autoridad del gobierno soviético.

Pero, ¿qué sucedería si la comisión pusiera al descubierto el fraude premeditado de los cargos de Moscú? ¿La precaución política no dictaría entonces la necesidad de evitar el riesgo de una investigación? Esta consideración, que rara vez se expresa en forma franca y plena, se basa en la noción cobarde de que se puede luchar contra las fuerzas de la reacción con ficciones, patrañas y mentiras, como si el mejor remedio para curar una enfermedad consistiera en evitar llamarla por su nombre. Si el gobierno soviético actual es capaz de recurrir a sangrientas fabricaciones judiciales para engañar a su propio pueblo, no podrá ser el aliado del proletariado mundial en la lucha contra la reacción. En este caso, su inconsistencia interna tiene que revelarse en el primer gran choque histórico. Cuanto más rápido quede al descubierto la infección, la crisis inevitable llegará más pronto, y mayor será la esperanza de que las fuerzas vivas del organismo la superen a tiempo. Por otro lado, cerrar los ojos ante las enfermedades sólo implica extenderlas más profundamente en su interior. Esto llevaría a una gran catástrofe histórica.

Stalin le brindó el primer gran servicio a Hitler con la teoría y la práctica del “socialfascismo”. Le ha brindado un segundo servicio con los Procesos de Moscú. Estos juicios, en los que son aplastados y violados los valores morales más importantes, no se podrán borrar de la consciencia de la humanidad. Sólo se podrá ayudar a las masas a recuperarse de la herida infligida por los juicios exponiendo la verdad con total claridad.

El hecho de que cierto tipo de “amigos” se opongan a la investigación, que ya de por sí es un escándalo terrible, se debe a que hasta los defensores más acérrimos de la justicia de Moscú **no están íntimamente convencidos de la solidez del caso**. Esconden sus temores en secreto con argumentos completamente contradictorios y sin valor. ¡Según ellos, investigar es “intervenir en los asuntos internos de la URSS”! Pero, ¿el proletariado mundial no tiene derecho a intervenir en los asuntos internos de la URSS? En las filas de la Comintern siguen repitiendo: “La URSS es la patria de todos los explotados”. ¡Patria extraña aquella en cuyos asuntos nadie se atreve a intervenir! Si las masas trabajadoras sospechan de los actos de sus dirigentes, estos últimos tienen la obligación de darles explicaciones completas y todas las facilidades necesarias para una investigación. Ni el fiscal del estado, ni los jueces, ni los miembros del buró político de la URSS están exentos de esa regla elemental. Quien trate de elevarse por encima de la democracia obrera, por ese mismo acto, la traiciona.

A lo anterior hay que añadirle que no se trata de un asunto “interno” de la URSS, incluso cuando se ve desde un punto de vista puramente formal. Ya han pasado cinco años desde que la burocracia de Moscú me privó a mí, a mi esposa y a nuestro hijo mayor de la ciudadanía soviética. De esa manera, también renunciaron a todo derecho especial con respecto a nosotros. Se nos ha privado de una “patria” capaz de defendernos. Es natural que nos ubiquemos bajo la protección de la opinión pública internacional.

### *La opinión del profesor Charles A. Beard*

En su respuesta del 19 de marzo de 1937 a George Novack, el secretario del Comité Norteamericano para la Defensa de León Trotsky, el profesor Charles A. Beard justifica su negativa a participar en la comisión de investigación con argumentos principistas, que en sí tienen un gran valor, más allá de la participación o no participación del célebre historiador en la comisión investigadora.

En primer lugar, nos enteramos de que el profesor Beard ha realizado “un cuidadoso estudio de muchos documentos del caso, incluyendo el informe oficial del último juicio de Moscú”. Se entiende, sin necesidad de hacer comentarios superfluos, el

peso de semejante declaración por parte de un estudioso que sabe muy bien lo que es una investigación cuidadosa. El profesor Beard, de una manera muy cautelosa, aunque al mismo tiempo, absolutamente inequívoca, comunica “ciertas conclusiones” a las que ha llegado a través de su estudio de la cuestión. En primer lugar, dice, la acusación contra Trotsky se basa exclusivamente en las confesiones. “Luego de estudiar profundamente los problemas históricos, sé que las confesiones, incluso cuando se hacen voluntariamente, no son pruebas definitivas”. La palabra “incluso” indica claramente que la cuestión del carácter voluntario de las confesiones de Moscú es para este estudioso, como mínimo, discutible. Como ejemplo de las falsas autoacusaciones, el profesor Beard cita los casos clásicos de los juicios de la Inquisición, así como otros momentos en los que reinó la más oscura superstición. Esa sola comparación, que coincide con el desarrollo del pensamiento de Friedrich Adler, secretario de la II Internacional, habla por sí misma. Por otra parte, al profesor Beard le parece adecuado aplicar una regla que rige la jurisprudencia estadounidense, a saber: el acusado debe ser considerado inocente hasta que se presenten en su contra pruebas objetivas que no dejen lugar a duda razonable. Por último, el historiador escribe que:

Es casi, si no del todo, imposible probar la falsedad en tal caso, es decir, que el Sr. Trotsky no haya entablado las relaciones conspirativas que se le imputan. Naturalmente, como viejo revolucionario experimentado en este arte, no conservaría registros comprometedores de sus operaciones, si es que hubiera participado en ellas. Por otra parte, nadie en el mundo podría demostrar que no se hubiera involucrado en una conspiración, a menos que tuviera un guardia vigilándolo durante todo el período que abarcan los cargos. En mi opinión, no le corresponde al Sr. Trotsky hacer lo imposible (es decir, probar la falsedad mediante pruebas positivas), sino que les corresponde a sus acusadores proporcionar algo más que confesiones, proporcionar evidencias que corroboren actos específicos y manifiestos.

Como ya se ha dicho, las conclusiones alcanzadas son extremadamente importantes por sí mismas, ya que contienen una evaluación demoledora de la justicia de Moscú. Si las confesiones no confirmadas de dudoso carácter “voluntario” son insuficientes para acusarme a mí, también son insuficientes para acusar a todos los demás. Esto significa, según el profesor Beard, que decenas de personas inocentes, o cuya culpabilidad no se había demostrado, fueron fusiladas en Moscú. Los señores verdugos deberán enfrentar esta consideración hecha por un investigador excepcionalmente concienzudo sobre la base de un estudio cuidadoso del tema.

Sin embargo, debo decir que en mi opinión la decisión formal del profesor Beard (a saber, su negativa a participar en la investigación) no se deriva en absoluto de sus conclusiones materiales. De hecho, la opinión pública desea ante todo resolver el enigma: ¿la acusación se comprobó o no? Es precisamente esta cuestión la que desea resolver la comisión. El profesor Beard declara que él, personalmente, ya ha llegado a la conclusión de que la acusación no se ha comprobado, y que es por eso que no participa de la comisión. Me parece que una decisión correcta sería la siguiente: “Participo de la comisión con el fin de probar la exactitud de mis conclusiones”. Queda absolutamente claro que la decisión colectiva de la comisión, en la que se encuentran representantes de las diversas ramas del trabajo intelectual, tendrán mucho más peso en la opinión pública que las conclusiones de una sola persona, incluso una de gran autoridad.

Las conclusiones del profesor Beard, a pesar de toda su importancia, son sin embargo incompletas, incluso en su esencia material. La cuestión no consiste simplemente en saber si la acusación contra mí ha sido comprobada. En Moscú han fusilado a decenas de personas. Decenas más aguardan su ejecución. Están bajo sospecha cientos y miles de personas, acusadas indirectamente o calumniadas, no sólo en la URSS sino también en el resto del mundo. Todo esto sobre la base de “confesiones”, que el

profesor Beard es capaz de comparar con las confesiones de las víctimas de la Inquisición. La pregunta fundamental, en consecuencia, se debe formular de la siguiente manera: ¿quién organiza estos juicios inquisitoriales, estas cruzadas de la calumnia, por qué y con qué propósito? Cientos de miles de hombres en todo el mundo están firmemente convencidos, y millones sospechan, que los juicios descansan sobre falsificaciones sistemáticas dictadas por objetivos políticos definidos. Es precisamente esta acusación contra la camarilla gobernante de Moscú la que espero poder demostrar ante la comisión. En consecuencia, se trata no sólo de un hecho de carácter “negativo” (es decir, que Trotsky *no* ha participado en un complot) sino también de un hecho positivo, es decir, que Stalin *sí* organizó la farsa más grande de la historia de la humanidad.

Sin embargo, incluso con respecto a los “hechos negativos”, no puedo aceptar el juicio exageradamente categórico del profesor Beard. Él supone que, por ser un revolucionario experimentado, yo no conservaría documentos comprometedores. Esto es absolutamente correcto. Pero tampoco les escribiría cartas a los conspiradores de la manera menos prudente y más comprometedora. No revelaría descuidadamente los planes más secretos a jóvenes desconocidos, ni les encargaría desde nuestro primer encuentro graves misiones terroristas. Ya que el profesor Beard me concede cierta credibilidad como conspirador, yo, sobre la base de esa misma credibilidad, puedo desacreditar totalmente las “confesiones”, en las que se me presenta como un conspirador de opereta, ante todo interesado en suministrarle el mayor número posible de testigos contra mí al futuro fiscal. Lo mismo vale para los otros acusados, especialmente Zinóviev y Kámenev. Sin ton ni son, amplían el círculo de los iniciados. Su falta de prudencia tan patente tiene un carácter deliberadamente calculado. No obstante, no hay una pizca de evidencia en manos de la fiscalía. Todo el asunto se basa en conversaciones, o más precisamente, en los recuerdos de supuestas conversaciones. La falta de pruebas (nunca dejaré de repetirlo) no sólo aniquila los cargos, sino que también constituye una terrible prueba contra los mismos acusadores.

Sin embargo, también tengo pruebas más directas, y, además, bastante positivas del “hecho negativo”. No es algo tan inusual en la jurisprudencia. Naturalmente, es difícil demostrar que en ocho años de exilio no haya tenido reuniones secretas (con cualquiera, en cualquier lugar) dedicadas a una conspiración contra las autoridades soviéticas, pero eso no es lo importante. Los testigos más importantes de la acusación, los propios acusados, se ven obligados a indicar cuándo y dónde se reunieron conmigo. En todos estos casos, gracias a las circunstancias de mi modo de vida (la vigilancia policial, la presencia constante de una guardia compuesta de amigos, cartas diarias, etc.), puedo demostrar con certeza irrefutable que no estaba ni podría haber estado en los lugares nombrados en los momentos indicados. En el lenguaje jurídico, semejante prueba positiva de un hecho negativo se llama una coartada. Además, es absolutamente indiscutible que no habría mantenido registros de mis crímenes entre mis archivos si los hubiera cometido. Pero mis archivos son importantes para la investigación, no por lo que falta, sino por lo que contienen. El conocimiento positivo del desarrollo diario de mi pensamiento y mis actos a lo largo de un período de nueve años (un año de destierro y ocho del exilio) es completamente suficiente para demostrar un hecho “negativo”; a saber, que no pude haber cometido actos contrarios a mis convicciones, a mis intereses, a todo mi carácter.

### *Un examen “puramente jurídico”*

Los agentes del gobierno de Moscú saben muy bien que sus veredictos no pueden sostenerse sin el apoyo de la opinión experta autorizada. Para ello, el abogado inglés Pritt fue invitado secretamente al primer juicio, y otro abogado inglés, Dudley Collard, al

segundo. En París, tres abogados (desconocidos, aunque muy fieles a la GPU) trataron de utilizar para el mismo propósito el renombre de la Asociación Jurídica Internacional. Mediante un acuerdo con la embajada soviética, el oscuro abogado francés Rosenmark, actuando bajo la cobertura de la Liga por los Derechos del Hombre, emitió una opinión experta no menos benevolente que ignorante. En México, los “Amigos de la Unión Soviética” le han propuesto al “Frente de Abogados Socialistas” (de modo para nada casual) que lleve a cabo una investigación jurídica de los Procesos de Moscú. Parece que se están preparando iniciativas similares en los Estados Unidos. El Comisariado del Pueblo de Justicia en Moscú ha publicado en idiomas extranjeros el informe “textual” del juicio a los diecisiete (Piatakov, Rádek, etc.), para facilitar la obtención por parte de juristas reconocidos de la certificación de que las víctimas de la Inquisición fueron fusiladas en total conformidad con las normas establecidas por los inquisidores.

De hecho, la certificación de un reconocimiento meramente formal de reglas externas y del ritual de la jurisprudencia tiene una importancia cercana a cero. La esencia del asunto está en las condiciones materiales de la preparación y realización del juicio. Por supuesto, incluso si uno ignora por un momento los factores decisivos que se encuentran fuera del tribunal, uno no puede dejar de reconocer que los Procesos de Moscú son una burla pura y simple a la justicia. La investigación, en el vigésimo aniversario de la revolución, se lleva a cabo en absoluto secreto. Toda la vieja generación de bolcheviques es juzgada por un tribunal militar integrado por tres funcionarios militares despersonalizados. Todo el proceso está dominado por un fiscal que ha sido toda la vida, y sigue siendo, enemigo político de los acusados. Se renuncia a la defensa, y el procedimiento está privado de todo vestigio de controversia. Las pruebas materiales no son presentadas ante el tribunal; se habla de ellas, pero no existen. Los testigos mencionados por el fiscal o por los demandados no son interrogados. Toda una serie de acusados que forman parte de la investigación judicial están ausentes del banquillo de los acusados, por razones desconocidas. Dos de los principales acusados que están en el extranjero ni siquiera son informados sobre el juicio, y, como los testigos que están fuera de Rusia, se ven privados de toda posibilidad de tomar medidas para revelar la verdad. El diálogo judicial está totalmente armado sobre la base de un juego preestablecido de preguntas y respuestas. El fiscal no le hace ni una sola pregunta concreta a ninguno de los acusados que podría ponerlo en aprietos y exponer las contradicciones materiales de su confesión. El juez que preside cubre servilmente la obra de la fiscalía. Es precisamente el carácter “textual” del registro lo que revela más claramente el malicioso encubrimiento de la fiscalía y los jueces. A esto hay que agregarle que apenas inspira confianza la autenticidad del registro en sí.

Pero por más importantes que sean en sí mismas estas consideraciones, al plantear, como vemos, muchos elementos para el análisis jurídico, son sin embargo de carácter secundario o terciario, ya que se refieren a la *forma* de la fabricación y no a su *esencia*. En teoría, se puede imaginar que si Stalin, Vishinsky y Yezhov son capaces, a lo largo de un período de cinco a diez años, de montar sus juicios con impunidad, alcanzarían una técnica tan acabada que todos los elementos de la jurisprudencia se encontrarían en consonancia formal entre sí y con las leyes existentes. Pero la perfección de la técnica jurídica de la fabricación no la acercará ni un milímetro más a la verdad.

En un juicio político de importancia tan excepcional, el jurista no puede divorciarse de las condiciones **políticas** de las que surgió el juicio y bajo las cuales se condujo la investigación preliminar; concretamente, la opresión totalitaria a la que, en definitiva, todos están sometidos: acusados, testigos, jueces, abogados, e incluso la propia fiscalía. Este es el *quid* de la cuestión: bajo un régimen despótico y sin controles que concentra en las mismas manos todos los medios de coerción política, económica, física

y moral, el proceso jurídico deja de serlo como tal. Es una teatralización jurídica, con los roles asignados de antemano. Los acusados aparecen en escena sólo luego de una serie de ensayos, que le da al director la seguridad total de antemano de que no sobrepasarán los límites de sus personajes. En este sentido, como en todos los demás, los procesos judiciales sólo representan la coagulación del régimen político de la URSS en su conjunto. En todas las audiencias, los oradores dicen sólo una cosa, siempre la misma, a instancias del orador principal, con total desprecio por lo que ellos mismos dijeron el día anterior. En los diarios, todos los artículos insisten en una directiva, siempre la misma, en el mismo idioma. En sintonía con la batuta del director de orquesta, los historiadores, los economistas (incluso los estadísticos) reordenan el pasado y el presente sin observación alguna por los hechos, los documentos, ni las ediciones anteriores de sus propios libros. En los jardines de infantes y en las escuelas, todos los niños glorifican con las mismas palabras a Vishinsky y maldicen a los acusados. Nadie actúa de esta manera por su propia voluntad, todo el mundo viola su propia voluntad. El carácter monolítico del proceso judicial, en el que los acusados intentan superarse entre sí en la repetición de las fórmulas del fiscal, no constituye por ende excepción alguna a la regla, sino sólo la expresión más repugnante del régimen totalitario inquisitorial. No es un tribunal el que vemos en acción, sino una obra en la que los protagonistas interpretan sus papeles a punta de pistola. La obra se podrá interpretar bien o mal, pero se trata de la técnica inquisitorial y no de la justicia. El examen “puramente jurídico” de los Procesos de Moscú se reduce esencialmente a la cuestión de si la fabricación se ejecutó bien o mal.

Para esclarecer aún más la cuestión (en la medida en que requiera de esclarecimiento) tomemos un nuevo ejemplo del ámbito de la ley constitucional. Luego de que Hitler tomó el poder, declaró contra toda expectativa, que no tenía intención alguna de cambiar las leyes fundamentales del estado. La mayoría de la gente probablemente haya olvidado que hasta el día de hoy en Alemania se mantiene intacta la Constitución de Weimar, pero en su marco jurídico Hitler ha introducido el contenido de la dictadura totalitaria. Imaginemos a un experto que, ajustándose los anteojos de estudioso y armándose de documentos oficiales, se proponga estudiar la estructura del estado alemán “desde un punto de vista puramente jurídico”. Luego de varias horas de esfuerzo intelectual, descubrirá que la Alemania de Hitler es una república democrática más clara que el agua (sufragio universal, un parlamento que le otorga plenos poderes al “Führer”, autoridades judiciales independientes, etc., etc.). Todo hombre sensato, sin embargo, gritará a viva voz que una “apreciación” jurídica de esta naturaleza es, en el mejor de los casos, una muestra de cretinismo jurídico.

La democracia se basa en la lucha irrestricta de clases, de partidos, de programas e ideas. Si se ahoga esta lucha, queda en su lugar sólo una cáscara vacía apta para enmascarar una dictadura fascista. La jurisprudencia contemporánea se basa en la lucha entre la acusación y la defensa, una lucha que se lleva a cabo según determinadas formas judiciales. Siempre que el conflicto entre las partes se vea sofocado por la violencia extrajudicial, las formas judiciales, fueran cuales fueran, se convierten en la mera cobertura de la inquisición. Una investigación genuina de los Procesos de Moscú no puede evitar abarcar todos sus aspectos. Utilizará, por supuesto, los informes “textuales” aunque no como elementos independientes sino como parte constituyente de un gran drama histórico, cuyos factores determinantes permanecen en el detrás de escena de la teatralización judicial.

### *Autobiografía*

En sus conclusiones finales del 28 de enero, Vishinsky dijo: “Trotsky y los trotskystas siempre han sido los agentes del capitalismo en el movimiento obrero”.

Vishinsky denunció “el rostro del trotskismo real y genuino; este viejo enemigo de obreros y campesinos, este viejo enemigo del socialismo, el leal servidor del capitalismo”. Pintó la historia del “trotskismo que pasó sus más de treinta años de existencia preparándose para su conversión final en un desprendimiento del fascismo, en uno de los departamentos de la policía fascista”.

Mientras que los publicistas extranjeros de la GPU (en las publicaciones como *Daily Worker*, *New Masses*, etc.) gastan sus energías en intentar explicar, con la ayuda de hipótesis y analogías históricas finamente hiladas, cómo un marxista revolucionario puede transformarse en fascista en la sexta década de su vida, Vishinsky aborda la cuestión de manera totalmente distinta: Trotsky **siempre** ha sido un agente del capitalismo y un enemigo de los obreros y campesinos; durante treinta y tantos años se ha estado preparando para convertirse en agente del fascismo. Vishinsky dice lo que dirán los publicistas del *New Masses*, aunque sólo más tarde. Es por eso que prefiero dirigirme a Vishinsky. A las afirmaciones categóricas del fiscal de la URSS, opongo los hechos igualmente categóricos de mi vida.

Vishinsky se equivoca cuando habla de mis treinta años de preparación para el fascismo. Los hechos, la aritmética, la cronología, así como la lógica, no son, en general, los puntos fuertes de esta acusación. De hecho, el mes pasado marcó los cuarenta años de mi participación incesante en el movimiento obrero bajo las banderas del marxismo.

A los dieciocho años, organicé en forma ilegal la “Liga obrera del Sur de Rusia”, que sumaba más de 200 trabajadores. Con la ayuda de un hectógrafo, editaba un periódico revolucionario, *Nashe Delo* [Nuestra Causa]. En el momento de mi primer exilio a Siberia (1900-1902), participé de la creación de la “Liga Siberiana de la Lucha por la Emancipación de la Clase Trabajadora”. Luego de mi huida al extranjero, me uní a la organización socialdemócrata *Iskra*, encabezada por Plejánov, Lenin y otros. En 1905, asumí tareas dirigentes en el primer Sóviet de Diputados Obreros de Petersburgo.

Pasé cuatro años y medio en la cárcel, fui exiliado dos veces a Siberia, en donde pasé alrededor de dos años y medio. Me escapé dos veces de Siberia. Durante dos períodos, pasé alrededor de doce años en el exilio bajo el zarismo. En 1915, en Alemania, fui condenado a prisión en rebeldía por actividades contra la guerra.

Fui expulsado de Francia por el mismo “crimen”, detenido en España, e internado por el gobierno británico en un campo de concentración canadiense. Fue de esta manera que realicé mi función de “agente del capitalismo”.

El cuento de los historiadores estalinistas de que fui menchevique hasta 1917 es una de sus acostumbradas falsificaciones. Desde el día en que el bolchevismo y el menchevismo se definieron política y organizativamente (1904), permanecí formalmente por fuera de ambas fracciones, pero tal como lo demuestran las tres revoluciones rusas, mi línea política, a pesar de conflictos y polémicas, coincidió en todos sus aspectos fundamentales con la línea de Lenin.

El desacuerdo más importante entre Lenin y yo en aquellos años era mi esperanza de que, a través de la unificación con los mencheviques, la mayoría de estos últimos podrían ser empujados al camino de la revolución. Sobre esta candente cuestión, Lenin tenía toda la razón. Sin embargo, hay que recordar que en 1917 las tendencias hacia la “unificación” eran muy fuertes entre los bolcheviques. El 1 de noviembre de 1917, en la reunión de Comité del Partido de Petrogrado, Lenin señaló al respecto: “Trotsky ha dicho hace ya bastante tiempo que el acuerdo era imposible. Trotsky lo ha comprendido y, desde entonces, no ha habido mejor bolchevique que él”.

Desde fines de 1904, defendí la visión de que la revolución rusa sólo podía desembocar en la **dictadura del proletariado**, que a su vez debe llevar a la

transformación socialista de la sociedad, tras el desarrollo victorioso de la revolución mundial.

Una minoría de mis adversarios actuales consideraba fantástica esta perspectiva hasta abril de 1917, y la catalogaron hostilmente de “trotskysmo”, oponiéndole el programa de la república democrático-burguesa. En cuanto a la mayoría aplastante de la burocracia actual, no respaldaron el poder soviético hasta después del final victorioso de la guerra civil.

Durante mis años de exilio, participé del movimiento obrero de Austria, Suiza, Francia y los Estados Unidos. Recuerdo con gratitud mis años en el exilio; me dieron la posibilidad de acercarme a la vida de la clase obrera mundial y de hacer que el internacionalismo pase de ser un concepto abstracto para convertirse en la fuerza motora del resto de mi vida.

Durante la guerra, primero en Suiza y luego en Francia, hice propaganda contra el chovinismo que consumía la II Internacional. Durante más de dos años publiqué en París, bajo la censura militar, un diario ruso, en el espíritu del internacionalismo revolucionario. En esta labor estuve en contacto estrecho con los elementos internacionalistas de Francia, y participé, junto con sus representantes, de la conferencia internacional de los opositores al chovinismo en Zimmerwald (1915). Seguí haciendo el mismo trabajo durante mi estadía de dos meses en los Estados Unidos.

Al llegar a Petrogrado (el 5 de mayo de 1917) del campo de concentración canadiense en donde les había enseñado las ideas de Liebknecht y Luxemburg a los marineros alemanes encarcelados, participé directamente de la preparación y organización de la revolución de octubre, en particular durante los cuatro meses decisivos en que Lenin se vio obligado a ocultarse en Finlandia.

En 1918, en un artículo en el que su tarea consistía en limitar lo que había sido mi papel en la revolución de octubre, Stalin sin embargo se vio obligado a escribir:

Todo el trabajo de organización práctica de la insurrección se efectuó bajo la dirección inmediata de Trotsky, presidente del Sóviet de Petrogrado. Puede decirse con seguridad que la adhesión de la guarnición al sóviet y la hábil organización del trabajo del Comité Militar Revolucionario se los debe el partido, ante todo y, sobre todo, al camarada Trotsky (*Pravda* N° 241, 6 de noviembre de 1918).

Esto no le impidió a Stalin escribir seis años más tarde:

El camarada Trotsky, hombre relativamente nuevo para nuestro partido, durante el período de octubre no jugó ni pudo jugar ningún papel particular ni en el partido ni en la insurrección de octubre (*J. Stalin, Trotskysmo o leninismo*, pp.68/9).

En la actualidad, la escuela de Stalin, con la ayuda de sus propios métodos científicos, con los que son educados tanto el tribunal como la fiscalía, considera incuestionable que no dirigí la revolución de octubre, sino que me opuse a ella. Sin embargo, estas falsificaciones históricas no tienen nada que ver con mi autobiografía, sino con la biografía de Stalin.

Luego de la revolución de octubre, fui funcionario durante cerca de nueve años. Participé directamente en la construcción del estado soviético, en la diplomacia revolucionaria, el Ejército Rojo, la organización económica y la Internacional Comunista. Durante tres años, comandé directamente la guerra civil. Para esta ardua tarea, me vi obligado a recurrir a medidas drásticas.

Por ellas asumo plena responsabilidad ante la clase obrera mundial y ante la historia. La justificación de las medidas rigurosas se hallaba en su necesidad histórica y en su carácter progresivo, en su correspondencia con los intereses fundamentales de la clase obrera. A todas las medidas represivas dictadas por las condiciones de la guerra civil las he llamado por su nombre, y las he expuesto públicamente ante las masas trabajadoras.

No tengo nada que ocultarle al pueblo, tampoco tengo nada que ocultarle hoy a la comisión.

Cuando en ciertos círculos del partido, no sin la participación solapada de Stalin, surgió una oposición a los métodos que empleaba para dirigir la guerra civil, Lenin, en julio de 1919, por iniciativa propia y de forma totalmente inesperada por mí, me entregó una hoja de papel en blanco, sobre la que había escrito en la parte inferior:

¡Camaradas! Conociendo el carácter estricto de las órdenes dadas por el camarada Trotsky, estoy tan convencido, absolutamente convencido que la orden dada por el camarada Trotsky es correcta, adecuada y esencial para el bien de la causa, que la avalo totalmente.

El papel no llevaba fecha. En el caso de ser necesario, yo mismo debía agregarla. Es conocida la precaución de Lenin en todo lo referente a sus relaciones con los trabajadores. Sin embargo, consideraba posible firmar por adelantado una orden mía, por más que de estas órdenes a menudo dependiera la suerte de un gran número de hombres. Lenin no temía que abusara de mi poder. Agregaré que no usé ni una sola vez esta carta blanca que me dio Lenin. Pero este documento es testimonio de la confianza excepcional de un hombre a quien considero el modelo más elevado de la moral revolucionaria.

Participé directamente de la redacción de los documentos programáticos y las tesis tácticas de la III Internacional<sup>1</sup>. Lenin y yo compartíamos los informes principales sobre la situación internacional ante los congresos. Yo escribí los manifiestos programáticos de los primeros cinco congresos. Dejo a los fiscales de Stalin la tarea de explicar qué lugar ocupaba esta actividad en mi camino hacia el fascismo. En lo que a mí respecta, todavía sostengo firmemente los principios que, codo a codo con Lenin, propuse como base de la Internacional Comunista.

Rompí con la burocracia gobernante cuando, debido a causas históricas que no puedo abordar adecuadamente aquí, ésta se transformó en una casta conservadora y privilegiada. Las razones de la ruptura están escritas y figuran, en cada uno de sus pasos, en documentos oficiales, libros y artículos accesibles para su verificación general.

He defendido la democracia soviética contra el absolutismo burocrático; la mejora del nivel de vida de las masas contra los privilegios excesivos de la cumbre del poder, la industrialización y la colectivización sistemáticas a favor de los explotados, y, por último, la política internacional en el espíritu del internacionalismo revolucionario contra el conservadurismo nacionalista. En mi último libro, *La revolución traicionada*, intenté explicar teóricamente por qué el estado soviético aislado, sobre las bases de una economía atrasada, ha construido la pirámide monstruosa de la burocracia, que fue casi automáticamente coronada con un líder “infalible” y más allá de todo control.

A medida que ahogaba al partido por medio del aparato policial y aplastaba la oposición, la camarilla gobernante me desterró a Asia Central a principios de 1928. Al negarme a interrumpir mi actividad política en el exilio, me deportaron a Turquía a principios de 1929. Allí comencé a publicar el *Boletín de la Oposición* sobre la base del mismo programa que había defendido en Rusia, y entré en contacto con compañeros de ideas de todas partes del mundo, siendo aún muy pocos en aquel entonces.

El 20 de febrero de 1932, la burocracia soviética me privó, a mí y a los miembros de mi familia que se hallaban en el extranjero, de la ciudadanía soviética. Mi hija Zinaida, que estaba temporalmente en el exterior para recibir un tratamiento médico, se vio privada de la posibilidad de volver a la URSS para reunirse con su esposo e hijos. Se suicidó el 5 de enero de 1933.

---

<sup>1</sup> *Los cinco primeros años de la Internacional Comunista*, Trotsky, Obras Escogidas de León Trotsky en español – Edicions Internacionals Sedov.

Les presento una lista de mis libros y folletos más importantes, todos o casi todos ellos escritos durante mi último período de exilio y deportación. Según los cálculos de mis jóvenes colaboradores, quienes en toda mi obra me han aportado y me están aportando una ayuda dedicada e insustituible, he escrito 5.000 páginas durante mi período en el extranjero, sin contar mis artículos y cartas, que en su conjunto sumarían varios miles de páginas más. ¿Se me permite añadir que no escribo con facilidad? Realizo numerosas verificaciones y correcciones.

Mi obra literaria y mi correspondencia, por lo tanto, han constituido el contenido principal de mi vida en los últimos nueve años. La línea política de mis libros, artículos y cartas habla por sí misma. Las citas extraídas de mis obras y presentadas por Vishinsky representan, tal como demostraré, una falsificación burda; es decir, un elemento necesario de toda la fabricación judicial.

En el período de tiempo que va de 1923 a 1933, con respecto al estado soviético, su partido dirigente y la Internacional Comunista, sostuve la opinión expresada en aquellas palabras grabadas: **reforma, no revolución**. Esta posición estaba alimentada por la esperanza de que, con una evolución favorable en Europa, la Oposición de Izquierda podría regenerar el Partido Bolchevique por medios pacíficos, reformar democráticamente el estado soviético y encarrilar nuevamente a la Internacional Comunista en el camino del marxismo. Sólo la victoria de Hitler, preparada por la política fatal del Kremlin, y la total incapacidad de la Internacional Comunista de extraer lección alguna de la trágica experiencia de Alemania, me convencieron a mí y a mis compañeros de ideas de que el viejo Partido Bolchevique y la III Internacional habían muerto para siempre en lo que respecta a la causa del socialismo. Así desapareció el único medio jurídico con el que esperaba poder llevar a cabo una reforma pacífica y democrática del estado soviético. Desde fines de 1933, me he convencido cada vez más de que para que las masas trabajadoras de la URSS y la base social fundada por la revolución de octubre se emancipen del control de la nueva casta parasitaria es inevitable históricamente una revolución **política**. Naturalmente, un problema de tan tremenda magnitud provocó una lucha ideológica apasionada a escala internacional.

La degeneración política de la Comintern, totalmente maniatada por la burocracia soviética, llevó a la necesidad de lanzar la consigna de la IV Internacional y de redactar las bases de su programa. Los libros, artículos y boletines de discusión relacionados se encuentran a disposición de la comisión, y constituyen la mejor prueba de que no se trata de un “camuflaje”, sino de una lucha ideológica intensa y apasionada basada en las tradiciones de [los primeros congresos de la Internacional Comunista](#). He estado en contacto continuo con docenas de viejos amigos y cientos de jóvenes de todas partes del mundo, y puedo afirmar con toda seguridad y orgullo que precisamente de esta juventud surgirán los luchadores proletarios más firmes y confiables de la nueva época que se avecina.

Renunciar a la esperanza de una reforma **pacífica** del estado soviético no significa, sin embargo, renunciar a la **defensa** del estado soviético. Como se demuestra especialmente en la colección de extractos de mis artículos a lo largo de los últimos diez años, que recientemente llegó a Nueva York, he luchado invariable e implacablemente contra toda vacilación sobre la cuestión de la defensa de la URSS. He roto más de una vez con mis amigos por esta cuestión. En mi libro *La revolución traicionada*, demostré teóricamente la tesis de que la guerra no sólo amenaza a la burocracia soviética, sino también a la nueva base social de la URSS, que representa un enorme paso adelante en el desarrollo de la humanidad. A partir de esta conclusión, se desprende el deber absoluto de todo revolucionario de defender la URSS contra el imperialismo, **a pesar** de la burocracia soviética.

Mis escritos del mismo período proporcionan un retrato inequívoco de mi actitud hacia el fascismo. Desde el primer período de mi exilio en el extranjero, di la voz de alarma sobre la cuestión de la creciente ola fascista en Alemania. [La Comintern me acusó de “sobrestimar” al fascismo y “entrar en pánico” ante él. Exigí el frente único de todas las organizaciones de la clase obrera. A esta perspectiva, la Comintern opuso la teoría idiota del “socialfascismo”.](#) Exigí la organización sistemática de milicias obreras. La Comintern respondió alardeando sobre sus victorias futuras. Señalé que la URSS se vería gravemente amenazada en el caso de una victoria de Hitler. El conocido escritor, Osietzky publicó mis artículos en su revista y demostró una gran simpatía por ellos en sus observaciones. Todo fue en vano. La burocracia soviética usurpó la autoridad de la revolución de octubre para convertirla en nada más que un obstáculo para el triunfo de la revolución en otros países. ¡Sin la política de Stalin no habríamos tenido la victoria de Hitler! Los Procesos de Moscú, en un grado considerable, nacieron de la necesidad del Kremlin de obligar al mundo a olvidar su política criminal en Alemania. “Si se demuestra que Trotsky es agente del fascismo, ¿quién, entonces, considerará el programa y las tácticas de la [IV Internacional?](#)”. Tal fue el razonamiento de Stalin.

Es bien conocido que durante la guerra se declaró a todos los internacionalistas como agentes del gobierno enemigo. Tal fue el caso de [Rosa Luxemburg](#), Karl Liebknecht, Otto Rühle y otros en Alemania, de mis amigos franceses (Monatte, Rosmer, Lorient, etc.), de Eugene Debs y otros en los Estados Unidos y, finalmente, fue el de Lenin y el mío en Rusia. [El gobierno británico me encarceló en un campo de concentración en marzo de 1917](#) bajo el cargo, inspirado por la Ojraza zarista, de que, bajo un acuerdo con el alto mando alemán, yo intentaba derrocar al gobierno provisional de Miliukov-Kerensky. Hoy esta acusación parece un plagio de Stalin y Vishinsky. En realidad, son Stalin y Vishinsky quienes están plagiando el sistema de contraespionaje zarista y el servicio de inteligencia británico.

El 16 de abril de [1917](#), cuando estaba en el campo de concentración con los marineros alemanes, Lenin escribió en *Pravda*:

¿Puede concederse crédito... a la noticia de que Trotsky, presidente del Sóviet de los Diputados Obreros de Petrogrado en 1905, un revolucionario que ha consagrado tantos años al servicio desinteresado de la revolución; que un hombre como éste se halle complicado para nada en un plan subvencionado por el gobierno germano? ¡Es una calumnia descarada, inaudita y villana que se lanza contra un revolucionario! (*Pravda*, N° 34).

“Qué bien suenan ahora estas palabras”, escribí el 21 de octubre de 1927 (¡repito, en 1927!), “en el preciso momento en que se cubre de infames calumnias a la Oposición, y cuyas calumnias no se diferencian nada de las lanzadas en 1917 contra los bolcheviques”.

Por ende, hace diez años (es decir, mucho antes de la creación de los centros “unificados” y “paralelos” y antes del “vuelo” de Piatakov a Oslo) Stalin ya lanzaba contra la Oposición todas las insinuaciones y calumnias que Vishinsky convirtió más tarde en acusación. Sin embargo, si en 1917 Lenin consideraba que mi pasado revolucionario de veinte años era en sí mismo refutación suficiente de estas sucias insinuaciones, me atrevo a pensar que los veinte años que han transcurrido desde entonces (en sí mismos de una importancia suficiente) me otorgan el derecho a citar mi autobiografía como uno de los argumentos más importantes contra la acusación de Moscú.

## *Un interrogatorio “puramente judicial” [Mi situación jurídica]*

La necesidad misma de tener que “justificarse” contra el cargo de estar en connivencia con Hitler y el Mikado indica la profundidad de la reacción que ha conquistado hoy en día gran parte de nuestro planeta, y la Unión Soviética en particular. Pero ninguno de nosotros puede saltar etapas históricamente condicionadas. Pongo mi tiempo y mi energía a disposición de la comisión con entera voluntad. Es superfluo señalar que no guardo ni puedo guardar secretos ante la comisión. La propia comisión comprenderá la necesidad de proceder cautelosamente con respecto a terceros, en particular con ciudadanos de territorios fascistas y de la Unión Soviética. Estoy dispuesto a contestar **todas** las preguntas y poner a disposición de la comisión toda mi correspondencia, tanto personal como política.

Al mismo tiempo, me parece necesario declarar de antemano que no me considero en absoluto un “acusado” ante el tribunal de la opinión pública. Ni siquiera existe una base formal para semejante caracterización. Las autoridades de Moscú no llegaron a acusarme ni en uno solo de los juicios. Y, desde ya, no es casualidad. Para acusarme habrían tenido que convocarme ante el tribunal, o exigir mi extradición. Para ello, habrían tenido que anunciar la fecha del juicio y haber publicado la acusación al menos algunas semanas antes de la apertura del proceso judicial. Pero Moscú no pudo siquiera llegar a eso. Todo su plan consistía en tomar por sorpresa a la opinión pública, y tener preparados de antemano a los Pritt y Duranty como comentaristas y reporteros. Sólo podrían haber pedido mi extradición mediante el planteo de la cuestión ante un tribunal francés, noruego o mexicano, ante los ojos de la prensa mundial. ¡Pero eso habría implicado un fracaso cruel para el Kremlin! Por esta misma razón, los dos juicios no representaron una acusación contra mí y contra mi hijo, **sino que fueron sólo una calumnia contra nosotros, llevada a cabo mediante un proceso legal, sin notificación, sin citación y a nuestras espaldas.**

El veredicto del último juicio establece que Trotsky y Sedov, “al haber sido hallados culpables... de dirigir personalmente las actividades de traición... en el caso de ser descubiertos en el territorio de la URSS, serán sujetos a la detención y al juicio inmediatos”. Dejo de lado la cuestión de los medios técnicos por los cuales Stalin espera “descubrirnos” a mi hijo y a mí en territorio soviético (al parecer, sería por el mismo medio que le permitió a la GPU la noche del 7 de noviembre de 1936 “descubrir” una parte de mis archivos en un instituto histórico de París y transportarlos a Moscú en voluminosas valijas diplomáticas). El hecho que más llama la atención, sobre todos los demás, es que el veredicto, luego de hallarnos “culpables” a pesar de no haber sido acusados ni interrogados promete entregarnos al tribunal para ser procesados, en el caso de ser descubiertos. De esta manera, mi hijo y yo ya hemos sido “condenados”, pero aún no procesados. El objetivo de esta formulación sin sentido, aunque no casual, es el de armar a la GPU con la posibilidad de fusilarnos al “descubrirnos”, sin proceso judicial alguno. Stalin no puede darse el lujo de un juicio público contra nosotros, ni siquiera en la URSS.

Los más cínicos de los agentes de Moscú, incluido el diplomático soviético Troyanovsky, plantean el siguiente argumento: “Los criminales no pueden elegir sus propios jueces”. En su significado general, esta idea es correcta. Sólo hace falta determinar de qué lado de la línea divisoria se hallan los criminales. Si se acepta la visión de que los verdaderos criminales son los organizadores de los Procesos de Moscú (y es la opinión de círculos cada vez más amplios), ¿se les puede permitir constituirse en jueces de su propio caso? Por esta sola razón, la Comisión de Investigación se coloca por encima de ambas partes.

## *Tres categorías de pruebas*

El territorio cubierto por los Procesos de Moscú es inmenso. Si asumiera la tarea de refutar ante ustedes todas las falsas acusaciones lanzadas contra mí, aunque sea solamente las que figuran en los informes oficiales de los dos juicios de Moscú más importantes, me vería obligado a emplear demasiado tiempo. Basta con recordar que mi nombre figura en casi todas las páginas, y más de una vez. Espero tener la oportunidad de hablar más a fondo ante la Comisión en Pleno. Ahora, me veo obligado a imponerme considerables limitaciones. Por el momento, debo dejar de lado toda una serie de temas, siendo cada uno de ellos importantes para la refutación de los cargos. Para otra serie de temas, siendo aún más importantes, debo limitarme a un breve resumen, destacando únicamente el esquema general de las conclusiones que espero poder presentar ante la Comisión en un futuro. Sin embargo, intentaré exponer los puntos cruciales de los procesos soviéticos, de naturaleza tanto ética como empírica, y de aclararlos lo más posible. Estos puntos cruciales se dividen en tres planos:

I Los apologistas extranjeros de la GPU repiten monótonamente el mismo argumento: “Es imposible admitir que personas que son políticos veteranos y responsables se hubieran acusado de crímenes que nunca cometieron”. Pero estos caballeros se niegan obstinadamente a aplicar el mismo criterio de sentido común, no a las confesiones, sino a los propios crímenes. Sin embargo, es mucho más aplicable a estos últimos.

Mi punto de partida es que los acusados eran individuos responsables (es decir, normales) y, en consecuencia, no pudieron haber perpetrado crímenes absurdos contra sus ideas, todo su pasado y sus intereses actuales.

En la planificación de un crimen, cada uno de los acusados tenía lo que se puede definir desde el punto de vista jurídico como libertad de elección. Podía cometer el crimen, o abstenerse de hacerlo. Podía considerar si el crimen le convenía, si correspondía a sus objetivos, si los medios empleados eran razonables, etc. En una palabra, procedió como una persona libre y responsable.

La situación, sin embargo, cambia radicalmente cuando el criminal real o fabricado cae en manos de la GPU, para quienes, por razones políticas, hace falta obtener a toda costa un testimonio determinado. Aquí, el “criminal” deja de ser él mismo. No es él quien decide, sino que todo está decidido por él.

Por eso, antes de abordar la cuestión de si el acusado actuó según las leyes del sentido común durante los juicios, se debe plantear una pregunta preliminar: ¿es posible que los acusados hubieran cometido los crímenes increíbles que confesaron?

¿El asesinato de Kírov benefició a la Oposición? Y si no la benefició, ¿no benefició a la burocracia atribuirle el asesinato de Kírov a la Oposición, cualquiera fuera el costo?

¿Era beneficioso para la Oposición cometer actos de sabotaje, provocar explosiones en minas y organizar descarrilamientos de ferrocarriles? Y si no lo fue, ¿no benefició a la burocracia cargar sobre la Oposición la responsabilidad por los errores y accidentes en la industria?

¿Era beneficioso para la Oposición entablar una alianza con Hitler y el Mikado? Y si no, ¿no benefició a la burocracia obtener de la Oposición la confesión de haber pactado una alianza con Hitler y el Mikado?

*Qui prodest?* Basta con formular esta pregunta en forma clara y precisa para dilucidar los primeros esbozos de la respuesta.

II En el último juicio, como en todos los anteriores, la única base de los cargos son los monólogos estandarizados de los acusados, quienes, al repetir los pensamientos y las expresiones del fiscal, se superan entre sí en la confesión, e invariablemente me nombran a mí como el organizador principal del complot. ¿Cómo se explica este hecho?

En sus conclusiones finales, Vishinsky intenta esta vez justificar la ausencia de pruebas objetivas mediante la consideración de que los conspiradores no tenían carnés de afiliación al partido, no llevaban registros, etc., etc. Estos argumentos resultan doblemente miserables en suelo ruso, donde los complots y los juicios se extienden a lo largo de muchas décadas. Los conspiradores escriben cartas pseudoconvencionales, pero la policía puede incautar esas cartas en un allanamiento, y pasarían a constituir pruebas serias. Los conspiradores recurren con bastante frecuencia a la tinta química, pero la policía zarista ha incautado este tipo de cartas cientos de veces para presentarlas ante los tribunales. Entre los conspiradores hay provocadores que le dan a la policía información concreta sobre el avance del complot, y posibilitan la incautación de documentos, laboratorios, e incluso el arresto de los mismos conspiradores en la escena del crimen. No encontramos nada de eso en los juicios de Stalin-Vishinsky. A pesar de la duración de cinco años del más extravagante de los complots, con ramificaciones en todo el país y conexiones que cruzan las fronteras occidental y oriental, a pesar de los innumerables allanamientos e incautaciones e incluso los robos de archivos, la GPU no ha sido capaz de presentar ante el tribunal una sola evidencia concreta. Los acusados se refieren sólo a sus conversaciones reales o fabricadas sobre el complot. La investigación judicial es una conversación sobre conversaciones. El “complot” no tiene consistencia material.

Por otra parte, la historia, tanto de la lucha revolucionaria como contrarrevolucionaria, no conoce ningún caso en el que decenas de conspiradores experimentados, durante un período de años, hubieran cometido crímenes sin precedentes, y que luego de su detención, a pesar de la falta de pruebas, hubieran confesado sin excepción, traicionándose entre sí y acusando furiosamente a su “líder” ausente. ¿Cómo es posible que los mismos criminales que ayer asesinaron a dirigentes, destrozaron la industria, prepararon la guerra y el desmembramiento del país, puedan cantar hoy tan dócilmente la canción que quiere escuchar la fiscalía?

Estas dos características fundamentales de los Procesos de Moscú (la **ausencia de pruebas** y el **carácter epidémico de las confesiones**) no pueden sino despertar sospechas en todo hombre pensante. **La verificación objetiva de las confesiones**, por lo tanto, asume así una importancia aún mayor. Sin embargo, el tribunal no sólo no realizó esta verificación, sino que, por el contrario, la evitó por todos los medios. Debemos asumir nosotros mismos esta verificación. Desde luego, no es posible en todos los casos. Pero no hay necesidad de ello. Será más que suficiente para nosotros, como punto de partida, demostrar que en muchos casos extremadamente importantes las confesiones se hallan en contradicción absoluta con los hechos objetivos. Cuanto más estandarizadas sean las confesiones, más desacreditadas resultarán a partir de la revelación de que algunas de ellas son falsas.

El número de casos en que el testimonio de los acusados (sus denuncias contra sí mismos y otros) se desmorona cuando se contrasta con los hechos es muy grande. Eso ya ha quedado suficientemente claro aquí durante la investigación. La experiencia de los Procesos de Moscú demuestra que una fabricación a escala tan colosal es demasiado, incluso para el aparato policial más poderoso del mundo. ¡Hay demasiadas personas y circunstancias, características y fechas, demasiados intereses y documentos, que no encajan en el marco del libreto preparado de antemano! El calendario mantiene obstinadamente sus prerrogativas, y las estaciones de Noruega no se inclinan ni siquiera ante Vishinsky. Si se aborda la cuestión en su aspecto artístico, semejante tarea (la

concordancia dramática de cientos de personas y circunstancias innumerables) habría sido demasiado incluso para Shakespeare. Pero la GPU no tiene “shakespeares” a su disposición. En la medida en que se trata de “acontecimientos” que transcurrieron dentro en la URSS, la apariencia externa de concordancia se mantiene mediante la violencia inquisitorial. Todos (los acusados, testigos y expertos) corean su confirmación de hechos materialmente imposibles. Pero la situación cambia abruptamente cuando hace falta extender los hilos al extranjero. Sin embargo, sin conexiones en el extranjero que lleguen hasta mí, el “enemigo público número uno”, los juicios perderían la mayor parte de su importancia política. Es por eso que la GPU se vio obligada a arriesgar teorías peligrosas y muy desafortunadas con Holzman, Olberg, David, Berman-Yurin, Romm y Piatakov.

La selección de los objetos de análisis y su refutación se desprenden sólo a partir de los “hechos” que alega la fiscalía contra mi hijo y contra mí. Por ende, la refutación de la afirmación de Holzman sobre la visita que me habría hecho en Copenhague, la refutación del testimonio de Romm sobre su reunión conmigo en el Bois de Boulogne, y la refutación del relato de Piatakov sobre su vuelo a Oslo, no sólo son importantes en sí mismas, ya que tiran abajo los cargos principales contra mi hijo y contra mí, sino porque también permiten echar un vistazo detrás de la escena de la jurisprudencia de Moscú en su totalidad, y echar luz sobre los métodos que allí se emplean. Esas son las primeras dos etapas de mi análisis. Si logramos demostrar que, por una parte, los supuestos “crímenes” se contradicen con la psicología y los intereses de los acusados, y que, por otra parte (al menos en varios casos típicos), las confesiones se contradicen con hechos precisamente establecidos, realizaríamos al mismo tiempo una tarea muy grande para la refutación de la acusación en su conjunto.

III Sin duda, aun así, queda un número no desdeñable de preguntas que exigen respuestas. Las principales entre ellas son: ¿por qué, entonces, los acusados, luego de veinticinco, treinta o más años de trabajo revolucionario, acordaron asumir acusaciones tan monstruosas y degradantes? ¿Cómo lo logró la GPU? ¿Por qué ni uno solo de los acusados clamó abiertamente ante el tribunal contra semejante fabricación?, etc., etc. Por la naturaleza del caso, no tengo obligación de responder a estas preguntas. Aquí no podemos interrogar a Yagoda (quien ahora está siendo interrogado él mismo por Yezhov), ni a Yezhov, ni a Vishinsky, ni a Stalin, y menos a sus víctimas, la mayoría de las cuales, de hecho, ya han sido fusiladas. Es por eso que la comisión no podrá desvelar totalmente la técnica inquisitorial de los Procesos de Moscú. Pero los principales motores ya son evidentes. Los acusados no son ni trotskystas, ni opositoristas, ni luchadores, sino dóciles capituladores. La GPU los había educado durante años para estos juicios. Por eso me parece muy importante para la comprensión de la mecánica de las confesiones exponer la psicología de los capituladores como grupo político, y ofrecer una caracterización personalizada de los acusados más importantes de los dos juicios. No pienso hacer improvisaciones psicológicas arbitrarias, construidas después del hecho en los intereses de la defensa, sino caracterizaciones objetivas basadas en documentos irrefutables basados en varios momentos del período que nos interesa. No me faltan materiales de este tipo. Por el contrario, mis expedientes están llenos de hechos y citas. Es por eso que elegí un ejemplo, el más claro y más típico, a saber: Rádek.

Desde el 14 de junio de 1929, ya escribía acerca de la influencia que ejercían las poderosas tendencias termidorianas en la propia Oposición:

Tenemos toda una serie de ejemplos de bolcheviques de la vieja guardia que, después de bregar por mantenerse fieles a la tradición del partido y a la suya propia, quemaron sus últimas fuerzas en la Oposición: algunos en 1925, otros en 1927 y en 1929. Pero todos se fueron: sus nervios no podían soportarlo. Rádek es ahora el ideólogo apresurado y ruidoso de esa clase de elementos (*Boletín de la Oposición*, N° 1-2, julio de 1929).

Fue nada menos que Rádek quien suministró en el último juicio la “filosofía” de las “actividades criminales” de los “trotskystas”. Según el testimonio de muchos periodistas extranjeros, el testimonio de Rádek parecía ser el menos artificial del juicio, el que menos se construía sobre un modelo, el más merecedor de confianza. Por ello cobra mayor importancia demostrar que quien se sentó en el banquillo de acusados no fue el verdadero Rádek, tal como lo habían moldeado su naturaleza y su pasado político, sino un “robot” salido del laboratorio de la GPU. Si logro demostrar esto con plena convicción, entonces el papel de los otros acusados en estos juicios también se esclarecerá considerablemente. Eso no significa, obviamente, que descarte el análisis de cada personalidad individual. Por el contrario, espero que la comisión me dé la oportunidad de realizar esta tarea en la próxima etapa de su labor. Pero ahora, debido a las limitaciones impuestas por el tiempo, me veo obligado a concentrar la atención solamente en las circunstancias más importantes y en las figuras más típicas. El trabajo de la comisión, espero yo, sólo puede beneficiarse de esto.

### *La serie matemática de los montajes*

I. Se puede establecer irrefutablemente, sobre la base de fuentes oficiales, que los preparativos para el asesinato de Kírov se hicieron con el conocimiento de la GPU. El jefe de la sección de Leningrado de la GPU, Medved, y once agentes más de la GPU, fueron condenados a prisión porque “poseían información relativa a los preparativos para el atentado contra S.M. Kírov... y no tomaron las medidas necesarias”. Uno se imaginaría que los agentes de policía que “sabían” deberían haber figurado como testigos en todos los juicios posteriores. Pero nunca más volvimos a escuchar de Medved y sus colaboradores; “sabían” demasiado. El asesinato de Kírov sirve como base de todos los juicios posteriores. Sin embargo, en la base del asesinato de Kírov hay una provocación colosal de la GPU, confirmada por el veredicto del tribunal militar el 29 de diciembre de 1934. La tarea de los organizadores de la provocación consistió en implicar a la Oposición, y especialmente a mí, en un acto terrorista (por medio del cónsul letón, Bisseneks, un agente provocador empleado por la GPU, que también ha desaparecido sin dejar rastros). La bala disparada por Nikolayev apenas era parte del programa, sino más bien uno de los costos secundarios de la amalgama.

Esta cuestión fue analizada en mi folleto *El asesinato de Kírov y la burocracia de Stalin*, escrito a principios de 1935. Ni las autoridades soviéticas ni sus agentes extranjeros intentaron siquiera responder mis argumentos, que se basaban exclusivamente en documentos oficiales de Moscú.

II. Como hemos demostrado ante la comisión, se llevaron a cabo siete juicios en la URSS, con el asesinato de Kírov como punto de partida: (a) el juicio a Nikolayev y otros, del 28 al 29 de diciembre de 1934; (b) el juicio a Zinóviev-Kámenev, del 15 al 16 de enero de 1935; (c) el juicio a Medved y otros, el 23 de enero de 1935; (d) el juicio a Kámenev y otros, en julio de 1935; (e) el juicio a Zinóviev-Kámenev, en agosto de 1936; (f) el juicio de Novosibirsk, del 19 al 22 de noviembre de 1936; (g) el juicio a Piatakov-Rádek, del 23 al 30 de enero de 1937. Estos juicios constituyen siete variaciones del mismo tema. Entre las distintas variaciones apenas existe una conexión perceptible. Cada una contradice a las demás en sus aspectos fundamentales y en sus detalles. En cada juicio, personas diferentes organizan el asesinato de Kírov, por distintos medios y con distintos objetivos políticos. La mera comparación de los documentos oficiales soviéticos es prueba suficiente de que al menos seis de estos siete juicios deben ser fabricaciones. De hecho, los siete son fabricaciones.

III. El juicio de Zinóviev-Kámenev (agosto de 1936) ya ha inspirado voluminosos escritos que contienen una serie de argumentos extremadamente importantes, testimonios y consideraciones de peso en apoyo a la idea de que el juicio constituye un montaje malicioso por parte de la GPU. Menciono aquí los siguientes libros:

León Sedov: *El libro rojo sobre el proceso de Moscú*.

León Sedov: *Carta al Comité Central de la Liga de los Derechos del Hombre*.

Max Shachtman: *Detrás de los procesos de Moscú*.

Francis Heisler: *Los primeros dos juicios de Moscú*.

Victor Serge: *El destino de una revolución, URSS, 1917-1937*.

Victor Serge: *16 fusilados. ¿Hacia dónde va la revolución rusa?*

Friedrich Adler: *El juicio por brujería en Moscú*.<sup>2</sup>

Ninguno de estos libros, que son el producto de un estudio serio y concienzudo, ha recibido hasta el momento una evaluación crítica; sin contar los epítetos de la prensa de la Comintern, que hace mucho tiempo no toma en serio ninguna persona respetable. Los argumentos fundamentales de estos libros también son mis argumentos.

IV. Ya en 1926 la camarilla de Stalin intentó acusar a varios grupos opositores de propaganda “antisoviética”, contactos con las guardias blancas, tendencias capitalistas, espionaje, objetivos terroristas y, por último, la preparación de la insurrección armada. Todos estos intentos, que se asemejan a borradores, han dejado sus huellas en los decretos oficiales, en artículos periodísticos, en los documentos de la Oposición. Si organizáramos cronológicamente estos borradores y experimentos de montajes, obtendríamos algo semejante a una **progresión geométrica de falsas acusaciones**, cuyas palabras finales son las acusaciones de los últimos juicios. Así descubrimos la “**ley de los montajes**”, y el misterio de la supuesta conspiración trotskysta se desvanece en el aire.

V. Lo mismo ocurre con las declaraciones inverosímiles de los acusados, que a primera vista contradicen todas las leyes de la psicología humana. Las **retractaciones ritualistas por parte de los opositores** se remontan a 1924, y especialmente a fines de 1927. Si cotejamos los textos de estas retractaciones sobre la base de la prensa soviética (a menudo retractaciones consecutivas por parte de las mismas personas) obtenemos una segunda progresión geométrica, cuyas últimas palabras son las horribles confesiones de Zinóviev, Kámenev, Piatakov, Rádek y otros en los procesos judiciales. Un análisis político y psicológico de este material accesible e irrefutable revela total y definitivamente el mecanismo inquisitorial de las retractaciones.

VI. A la serie matemática de los montajes y la serie matemática de las retractaciones les corresponde una **tercera serie matemática**: la de las advertencias y predicciones. El autor de estas líneas y sus compañeros más cercanos siguieron con atención las intrigas y provocaciones de la GPU, y con anterioridad, sobre la base de hechos y síntomas particulares, advirtieron una y otra vez, tanto a través de cartas como en la prensa, contra los planes provocadores de Stalin y contra las amalgamas que se preparaban. La expresión misma, “amalgama estalinista”, la empleamos nosotros casi ocho años antes del asesinato de Kírov y los juicios espectaculares que le siguieron. Las pruebas documentales pertinentes han sido puestas a disposición de la Comisión de Investigación. Muestran, sin discusión posible, que de lo que se trata no es de una conspiración trotskysta subterránea desenterrada asombrosamente y por primera vez en 1936, sino de una conspiración sistemática de la GPU contra la Oposición, con el fin de imputarle cargos de sabotaje, espionaje, asesinatos y la preparación de insurrecciones.

---

<sup>2</sup> *Libro rojo sobre el proceso de Moscú*, León Sedov, escritos – Edicions Internacionals Sedov; *Lettre au Comité Central de la Ligue des Droits de l'Homme et à la Ligue*. Behind *The Moscow Trials*, Nueva York, Pioneer Publishers, 1936. Victor Serge, *El destino de una revolución*, Barcelona, Libros de la frontera, 2010; Victor Serge, *16 fusilados en Moscú*, Buenos Aires, Bases, 1954.

VII. Todas las “retractaciones” arrancadas a decenas de miles de opositores desde 1924 contenían necesariamente una calumnia en mi contra. A todos aquellos que deseaban volver al partido, escribieron los exiliados en el *Boletín de la Oposición* (N 7, noviembre-diciembre de 1929), se les ordenó que “nos den la cabeza de Trotsky”. Conforme a la ley ya señalada de las series matemáticas, los hilos de todos los crímenes de terrorismo, traición y sabotaje denunciados en los juicios de 1936-1937 llegan invariablemente hasta mi hijo y hasta mí. Pero toda nuestra actividad durante los últimos ocho años fue, como es bien sabido, realizada en el extranjero. Aquí la comisión dispone, como ya hemos visto, de una gran ventaja. En el extranjero, la GPU no llegaba a alcanzarme, ya que siempre estaba rodeado de un círculo de amigos leales. El 7 de noviembre de 1936, la GPU robó **una parte** de mis archivos en París, pero hasta ahora no han podido hacer uso alguno de ellos. La comisión tiene a su disposición **todos** mis archivos, los testimonios de mis amigos y conocidos, para no hablar de mis propias declaraciones. La comisión está en condiciones de comparar mi correspondencia privada con mis artículos y libros y, de esta manera, determinar si mi actividad tiene el más mínimo matiz de doble juego.

VIII. Pero eso no es todo. Las directivas de la conspiración supuestamente provenían del extranjero (Francia, Copenhague, Noruega). Gracias a una combinación excepcionalmente afortunada de circunstancias, la comisión tiene plena oportunidad de determinar si alguno de los supuestos conspiradores (Holzman, Berman-Yurin, Fritz David, Vladimir Romm y Piatakov) me visitaron en los momentos y lugares especificados. Si bien el tribunal de Moscú no ha movido un dedo para probar (mediante preguntas con respecto a pasaportes, visas, hoteles, etc.) que estas reuniones y entrevistas realmente tuvieron lugar, somos capaces de resolver aquí un problema mucho más difícil: demostrar mediante documentos, declaraciones de testigos, circunstancias de tiempo y lugar, que estas reuniones y entrevistas no ocurrieron ni pudieron haber ocurrido. Para emplear la terminología jurídica: en todos los casos importantes en donde se especifican fechas exactas soy capaz de establecer una coartada indestructible.

IX. Si el criminal no está mentalmente perturbado, sino que es una persona responsable e incluso un viejo político con experiencia, entonces su crimen, por más monstruoso que sea, debe encajar en alguna medida con sus objetivos específicos. Sin embargo, en los Procesos de Moscú no hay tal concordancia de objetivos y métodos. El fiscal del estado atribuye en cada juicio objetivos distintos a los mismos acusados (en un momento se trata de una descarnada “lucha por el poder” bajo el régimen soviético, y luego de una lucha por la “restauración del capitalismo”). También en esta cuestión, los acusados siguen dócilmente las pautas de la acusación. Los métodos a los que recurren los acusados son absurdos desde el punto de vista de sus presuntos objetivos; sin duda, parecen haber sido especialmente fabricados para suministrarle a la burocracia el mejor pretexto posible para exterminar todo tipo de oposición.

Las conclusiones que se derivan de las etapas iniciales de esta investigación son, en mi opinión, las siguientes:

1.- A pesar de largos años de lucha contra la Oposición, a pesar de decenas de miles de allanamientos, arrestos, destierros, encarcelamientos y cientos de ejecuciones, las autoridades judiciales soviéticas no cuentan siquiera con un solo hecho sustancial, ni un ápice de pruebas materiales para confirmar la veracidad de las acusaciones. Este hecho constituye **la prueba más condenatoria contra Stalin**.

2.- Incluso si aceptáramos hipotéticamente que todos o algunos de los acusados realmente cometieron los crímenes monstruosos que se les atribuyen, sus referencias estereotipadas a mí como principal organizador del complot no tienen ningún peso. Gente moralmente descompuesta que es capaz de preparar descarrilamientos de ferrocarriles, de

envenenar a trabajadores, de entablar relaciones con la Gestapo, etc., hubiera intentado, naturalmente, congraciarse con la burocracia por medio de calumnias estandarizadas contra su principal adversario.

3.- El testimonio de los acusados (por lo menos el de aquellos cuya fisonomía política es ampliamente conocida), sin embargo, también es falso en las partes en donde exponen sus propias actividades criminales. No se trata de bandidos ni de criminales pervertidos ni de degenerados morales, sino de víctimas desafortunadas del sistema inquisitorial más horrible de todos los tiempos.

4.- Los procesos son una comedia judicial (por difícil que sea emplear la palabra “comedia” en este contexto), cuyas líneas han sido desarrolladas a lo largo de varios años sobre la base de un sinnúmero de experimentos por parte de los órganos de la GPU, bajo la supervisión directa y personal de Stalin.

5.- Los cargos contra los viejos revolucionarios (“trotskystas”), de desertión al fascismo, de alianza con Hitler y el Mikado, etc., fueron dictados por las mismas causas políticas que las acusaciones de los termidorianos franceses contra Robespierre y otros jacobinos ejecutados en la guillotina, quienes se habían convertido en “realistas” y “agentes de Pitt”. Causas históricas análogas producen consecuencias históricas análogas.

### ***La base política de la acusación: el terrorismo***

Si el terror es factible para un bando, ¿por qué se debería descartar para el otro? A pesar de toda su simetría seductora, este razonamiento es corrupto hasta la médula. Es absolutamente inadmisibles colocar el terror de una dictadura contra una oposición en el mismo plano que el terror de una oposición contra una dictadura. Para la camarilla gobernante, la preparación de asesinatos por medio de un tribunal o detrás de una emboscada se trata lisa y llanamente de una cuestión de técnica policial. En caso de fracasar, siempre podrán ser sacrificados algunos agentes de segundo rango. Para una oposición, el terror presupone la concentración de todas sus fuerzas en la preparación de actos terroristas, con la comprensión previa de que cada uno de estos actos, ya sean exitosos o no, evocará en respuesta la destrucción de decenas de sus mejores hombres. Una oposición no podría bajo ningún punto de vista permitirse un desperdicio tan demencial de sus fuerzas. Es precisamente por esta razón y no por otra que la Comintern no recurre a intentos terroristas en países con dictaduras fascistas. La Oposición tiene tan poca preferencia por la política del suicidio como la Comintern.

Según la acusación, que se basa sobre la ignorancia y la pereza mental, los “trotskystas” decidieron destruir al grupo gobernante con el fin de allanar de esta manera su camino al poder. El filisteo común, sobre todo si lleva la insignia de “Amigo de la URSS”, razona de la siguiente manera: “Los opositores no pueden sino luchar por el poder, y no pueden sino odiar al grupo gobernante. ¿Por qué, entonces, no recurrirían al terror?”. En otras palabras, para el filisteo, el asunto termina en donde de hecho apenas comienza. Los dirigentes de la Oposición no son ni advenedizos ni novatos. No se trata en absoluto de determinar si luchan por el poder. Toda tendencia política seria se propone conquistar el poder. La pregunta es la siguiente: ¿es posible que los opositores, educados en la enorme experiencia del movimiento revolucionario, hayan creído, incluso por un instante, que el terrorismo podría acercarlos al poder? La historia rusa, la teoría marxista, la psicología política responden: ¡no, no es posible!

En este punto, el problema del terrorismo exige una aclaración teórica e histórica, aunque sea breve. Desde el punto de vista del terror “antisoviético”, me veo obligado a darle a mi alegato un carácter autobiográfico. En 1902, apenas había llegado a Londres

desde Siberia, luego de casi cinco años de cárcel y exilio, enumeré a los revolucionarios que fueron torturados hasta la muerte, en un artículo dedicado a la conmemoración del bicentenario de la fortaleza de Schlüsselburg, una prisión de trabajos forzados. “Las sombras de estos mártires claman por venganza...”. Pero inmediatamente después, añadí: “No venganza personal, sino revolucionaria. No la ejecución de ministros, sino la ejecución de la autocracia”. Estas líneas se planteaban específicamente contra el terrorismo individual. Su autor tenía veintitrés años de edad. Desde los primeros días de su actividad revolucionaria, ya se oponía al terrorismo. De 1902 a 1905 presenté, en varias ciudades de Europa, ante estudiantes y emigrados rusos, decenas de informes políticos contra la ideología terrorista, que a principios de siglo se propagaba una vez más entre la juventud rusa.

A partir de los años ochenta del siglo pasado, dos generaciones de marxistas rusos fueron testigos directos de la era del terror, aprendieron de sus lecciones trágicas, y se inculcaron orgánicamente una disposición negativa hacia el aventurerismo heroico de individuos solitarios. Plejánov, el fundador del marxismo ruso; Lenin, el dirigente del bolchevismo; Mártoov, el representante más eminente del menchevismo, dedicaron todos miles de páginas y cientos de discursos a la lucha contra la táctica del terrorismo.

La inspiración ideológica que emanaba de estos marxistas experimentados alimentó durante mi adolescencia mi disposición hacia la alquimia revolucionaria de los círculos intelectuales cerrados. Para nosotros, los revolucionarios rusos, el problema del terrorismo era un asunto de vida o muerte tanto en el plano político como personal. Para nosotros, un terrorista no era un personaje de novela, sino una persona viva y conocida. En el exilio, vivimos durante años junto a los terroristas de la generación anterior. En las cárceles y bajo la custodia policial conocíamos a los terroristas de nuestro tiempo. Nos enviábamos mensajes de un lado a otro en la Fortaleza de Pedro y Pablo con los terroristas condenados a muerte. ¡Cuántas horas, cuántos días pasamos discutiendo apasionadamente! ¡Cuántas veces rompimos relaciones personales por la cuestión más candente de todas! La literatura rusa sobre el terrorismo, que se nutría de estos debates y los reflejaba, podría llenar una extensa biblioteca.

Las explosiones terroristas aisladas son inevitables cuando la opresión política traspasa ciertos límites. Estos actos son casi siempre de naturaleza sintomática. Pero la política que consagra el terror, elevándolo al plano de sistema, es muy diferente. “Por su misma esencia, la actividad terrorista”, escribí en 1909:

exige tal concentración de energía para el “gran momento”, tal sobrestimación del sentido del heroísmo individual y tal “hermetismo conspirativo” ... que excluye totalmente el trabajo de agitación y organización entre las masas ... En la lucha contra el terrorismo, la intelectualidad marxista defendió su derecho o su deber a permanecer en los barrios obreros en vez de colocar bombas debajo de los palacios zaristas y del Gran Ducado.

Es imposible engañar o burlar la historia. A la larga, la historia pone a todos en su lugar. La propiedad básica del terrorismo como sistema es la de destruir aquella organización que por medio de compuestos químicos intenta compensar su propia falta de fuerza política. Existen, por supuesto, condiciones históricas en las que el terror puede generar confusión en las filas gobernantes. Pero en ese caso, ¿quién es el que recoge los frutos? En cualquier caso, no es la organización terrorista en sí, ni tampoco son las masas a cuyas espaldas se desarrolla el duelo. Por lo tanto, el liberal burgués ruso, en su época, simpatizaba invariablemente con el terrorismo. La razón es simple. En 1909, escribí:

En la medida en que el terrorismo introduce la desmoralización y la desorganización en las filas del gobierno (al precio de desorganizar y desmoralizar las filas de los revolucionarios), es en esa medida que le hace el juego nada más y nada menos que a los propios liberales.

Exactamente la misma idea, expresada prácticamente con las mismas palabras, la encontramos un cuarto de siglo más tarde en relación con el asesinato de Kírov.

La existencia misma de actos individuales de terrorismo constituye la señal infalible del atraso político de un país y de la debilidad de sus fuerzas progresistas. La revolución de 1905, que reveló la enorme fuerza del proletariado, puso fin al romanticismo del combate aislado entre un puñado de intelectuales y el zarismo.

El terrorismo en Rusia está muerto... El terror ha emigrado lejos hacia el oriente... a las provincias de Punjab y Bengala... Puede ser que en otros países de oriente el terrorismo esté todavía destinado a experimentar un florecimiento. Pero en Rusia ya es parte del patrimonio de la historia.

En 1907 me encontré de nuevo en el exilio. El látigo de la contrarrevolución obraba salvajemente, y las colonias rusas en las ciudades europeas llegaron a ser muy numerosas. Todo el período de mi segunda emigración lo dediqué a escribir informes y artículos contra las actividades terroristas causadas por venganza y desesperación. En 1909 se reveló que a la cabeza de la organización terrorista de los llamados “social-revolucionarios” había un provocador policial, Azef. “En el callejón sin salida del terrorismo”, escribí, “la mano de la provocación domina con toda seguridad” (enero de 1910). El terrorismo nunca dejó de ser más que un “callejón sin salida” para mí.

Durante el mismo período, escribí: “La actitud irreconciliable de la socialdemocracia rusa hacia el terror burocratizado de la revolución como medio de lucha contra la burocracia terrorista del zarismo ha confluído con el estupor y la condena proveniente no sólo de los liberales rusos, sino también de los socialistas europeos”. Tanto los últimos como los primeros nos acusaron de “doctrinarismo”. Por nuestra parte, nosotros, los marxistas rusos, atribuimos esta simpatía por el terrorismo ruso al oportunismo de los dirigentes de la socialdemocracia europea que se habían acostumbrado a trasladar sus esperanzas desde las masas a las cumbres dominantes.

El que merodea alrededor de una cartera ministerial... así como aquellos que, esperando con una máquina infernal bajo una capa, acechan al propio ministro, deben igualmente **sobreestimar** al ministro, su personalidad y su puesto. Para ellos, el **sistema** en sí desaparece o se pierde de vista, y sólo queda el **individuo** investido de poder.

En la actualidad nos encontraremos, en relación con el asesinato de Kírov, una vez más con este pensamiento, que atraviesa décadas de mi actividad.

En 1911 surgieron ánimos terroristas entre ciertos grupos de trabajadores austríacos. A pedido de Friedrich Adler, editor de *Der Kampf*, la revista teórica mensual de la socialdemocracia austríaca, escribí en noviembre de 1911 un artículo sobre el terrorismo para esta publicación:

Que un atentado terrorista, incluso “afortunado”, provoque confusión entre la clase dirigente, depende de circunstancias políticas concretas. De todas formas, esta confusión siempre dura poco; el estado capitalista no se sostiene sobre los ministros del gobierno y no puede ser eliminado con ellos. Las clases a las que sirve siempre encontrarán quien los reemplace; la maquinaria seguirá intacta y continuará funcionando.

Pero el desorden que un atentado terrorista provoca entre las masas obreras es más profundo. Si basta armarse con un revólver para lograr el objetivo ¿para qué los efectos de la lucha de clases?

Si un dedal de pólvora y un poco de plomo bastan para atravesarle el cuello al enemigo y matarle, ¿para qué hace falta una organización de clase? Si tiene sentido aterrorizar a los más altos personajes mediante el estampido de las bombas, ¿es necesario un partido? ¿Para qué valen los mítines, la agitación entre las masas y las elecciones, si desde la galería del parlamento se puede divisar fácilmente el banco de los ministros?

A nuestro entender el terror individual es inadmisiblemente precisamente porque **devalúa el papel de las masas en su propia conciencia**, las hace resignarse a su

impotencia y volver la mirada hacia un héroe vengador y liberador que esperan llegará un día y cumplirá su misión.

Cinco años más tarde, en el fragor de la guerra imperialista, Friedrich Adler, quien me había impulsado a escribir este artículo, mató al ministro-presidente austríaco Stuerghk en un restaurante de Viena. El heroico escéptico y oportunista fue incapaz de encontrar otra salida para su indignación y desesperación. Mis simpatías, naturalmente, no estaban del lado del dignatario de los Habsburgo. Sin embargo, a la acción individualista de Friedrich Adler contrapuse la actividad de Karl Liebknecht, quien durante los tiempos de guerra salió a una plaza de Berlín a distribuir un manifiesto revolucionario entre los trabajadores.

El 28 de diciembre de 1934, cuatro semanas después del asesinato de Kírov, en un momento en el que el poder judicial estalinista aún no sabía en qué dirección apuntar el filo de su “justicia”, escribí en el *Boletín de la Oposición*:

Pero si los marxistas condenaron categóricamente el terrorismo individual... aun cuando los disparos estuvieran dirigidos contra los agentes del gobierno zarista y de la explotación capitalista, más implacablemente deben condenar y rechazar el aventurerismo criminal de los actos terroristas dirigidos contra los representantes burocráticos del primer estado obrero de la historia. Las motivaciones subjetivas de Nikolayev y sus guerrilleros nos son indiferentes.

El camino al infierno está empedrado con las mejores intenciones. En tanto que la burocracia soviética no ha sido removida por el proletariado, tarea que eventualmente tendrá que realizarse, cumple una función necesaria en defensa del estado obrero. Si el terrorismo tipo Nikolayev se extendiera bajo nuevas y desfavorables condiciones sólo podría servir a la contrarrevolución fascista. Sólo los farsantes políticos que se apoyan en los imbéciles pueden osar ligar a Nikolayev con la Oposición de Izquierda, aunque más no sea por intermedio del grupo de Zinóviev, tal como existía en 1926-1927. No fue la Oposición de Izquierda la que engendró la organización terrorista de la juventud comunista; fue la corrupción interna de la burocracia.

El terrorismo individual es, en esencia, burocratismo al revés. Los marxistas no descubrieron ayer esta ley. El burocratismo no tiene confianza en las masas y trata de sustituirlas [enero de 1935, número 41].

Estas líneas, como han tenido la oportunidad de constatar, no fueron escritas en forma *ad hoc*. Resumen la experiencia de toda una vida, que a su vez se alimentó de la experiencia de dos generaciones.

Ya en la época del zarismo un joven marxista que se pasaba a las filas del partido terrorista era una ocurrencia relativamente inusual, lo suficientemente inusual para que la gente señalara con el dedo. Pero en aquel momento al menos se desplegaba una lucha teórica incesante entre las dos tendencias; las publicaciones de los dos partidos desarrollaban una amarga polémica; las disputas públicas no cesaban ni un solo día. Ahora, en cambio, quieren hacernos creer que no son los revolucionarios jóvenes, sino los viejos dirigentes del marxismo ruso con una tradición acumulada de tres revoluciones, quienes de repente, sin críticas, sin debates, sin una sola palabra de explicación, volvieron la vista al terrorismo que siempre habían rechazado, como método de suicidio político. La posibilidad misma de semejante acusación indica hasta qué punto de degradación la burocracia estalinista ha llegado a arrastrar el pensamiento teórico y político oficial, por no hablar de la justicia soviética.

A las convicciones políticas conquistadas con la experiencia, selladas por la teoría, templadas en la candencia de la historia de la humanidad, los falsificadores contraponen testimonios inacabados, contradictorios y totalmente infundados sobre sospechosos insignificantes.

“Sí”, dijeron Stalin y sus agentes, “no podemos negar que Trotsky alertó con la misma insistencia contra el aventurerismo terrorista, no sólo en Rusia sino también en

otros países en distintas etapas de desarrollo político y en condiciones distintas. Pero hemos descubierto que en su vida hubo algunos casos que constituyen la excepción a la regla: en una carta conspiradora que le escribió a un tal Dreitzer [al que nadie conoce]; en una conversación con Holzman que fue llevado hasta Trotsky en Copenhague por su hijo [quien se encontraba en Berlín en aquel momento], en una conversación con Berman-Yurin y David [de los cuales nunca había escuchado hablar antes de los primeros informes de los procesos judiciales], en estos cuatro o cinco casos Trotsky les dio a sus seguidores [quienes eran en realidad mis opositores más implacables] instrucciones terroristas [sin hacer ningún intento, ya sea por justificarlas ni por ligarlas a la causa a la que he dedicado toda mi vida]. Si Trotsky había impartido sus puntos de vista programáticos sobre el terrorismo en forma oral y escrita a cientos de miles y millones en el transcurso de cuarenta años, fue sólo con el fin de engañarlos. Exponía sus verdaderos puntos de vista en la más estricta confidencialidad a los Berman y David”. Y entonces, ¡sucedió un milagro! Estas “instrucciones” inarticuladas que se basan exclusivamente en el pensamiento de algunos señores del tipo de Vishinsky fueron suficientes para lograr lo siguiente: que cientos de viejos marxistas (de forma automática, sin objeciones, sin pronunciar una sílaba) emprendieran el camino del terror. Tal es la base política del proceso de los dieciséis (Zinóviev y otros). En otras palabras, el juicio de los dieciséis carece por completo de base política.

### ***El asesinato de Kírov***

En los Procesos de Moscú, se habló mucho de grandes proyectos, planes y preparativos criminales. Pero todo esto se desarrolló a través de la conversación o, mejor dicho, a través de los recuerdos de conversaciones que supuestamente habían mantenido los acusados en el pasado. Como ya hemos dicho, el expediente del juicio no consiste en otra cosa que conversaciones sobre conversaciones. El único crimen real fue el asesinato de Kírov. Sin embargo, este crimen no fue cometido ni por opositores ni por capituladores presentados como opositores por la GPU, sino por uno o quizás dos o tres jóvenes comunistas que cayeron en una trampa tendida por los provocadores de la GPU. Independientemente de que los provocadores hubieran querido llegar hasta el punto del asesinato, la responsabilidad por el crimen recae en la GPU, que no pudo haber actuado en un asunto tan serio sin órdenes directas de Stalin.

¿En qué se basan estas afirmaciones? Todos los materiales necesarios para la respuesta se encuentran en los documentos oficiales de Moscú. Estos se analizan en mi folleto “El asesinato de Kírov y la burocracia soviética” (1935), en el *Libro Rojo* de León Sedov, y en otras obras. Aquí resumiré brevemente las conclusiones de este análisis:

1.- Zinóviev, Kámenev y los demás no podrían haber organizado el asesinato de Kírov, ya que este asesinato carecía absolutamente de sentido político. Kírov era un funcionario de segundo rango, sin ninguna importancia por sí solo. ¿Quién había oído hablar de Kírov antes de que fuera asesinado? Incluso si uno admitiera la idea absurda de que Zinóviev, Kámenev y los demás adoptaron el camino del terror individual, es imposible que no hubieran comprendido que el asesinato de Kírov, que no prometía ningún resultado político, provocaría represalias furiosas contra todos aquellos de quienes se sospechaba y desconfiaba, tornando más difícil toda actividad opositora futura, en especial el terrorismo. Los verdaderos terroristas hubieran comenzado por Stalin, naturalmente. Entre los acusados había miembros del comité central y del gobierno, quienes tenían libre acceso a todas partes. El asesinato de Stalin no les habría presentado

ninguna dificultad. Si los “capituladores” no cometieron este acto, fue sólo porque estaban al servicio de Stalin, y no luchando contra él ni intentando asesinarlo.

2.- El asesinato de Kírov dejó a la casta gobernante en un estado de confusión y pánico. Aunque la identidad de Nikolayev se estableció de inmediato, el primer anuncio del gobierno no vinculó el asesinato con la Oposición, sino con las guardias blancas que habrían entrado a la URSS a través de Polonia, Rumania y otros estados fronterizos. Fueron fusilados no menos de 104 “guardias blancos”, según las cifras oficiales. Durante un período de más de dos semanas, el gobierno consideró necesario, por medio de ejecuciones sumarias, desviar la atención pública en otra dirección y borrar ciertas pistas. La versión de la guardia blanca se descartó recién a los dieciséis días. Aún no se ha ofrecido ninguna explicación oficial del primer período de pánico gubernamental signado por más de un centenar de cadáveres.

3.- En la prensa soviética no se dijo nada en absoluto acerca de cómo y bajo qué circunstancias Nikolayev asesinó a Kírov, ni sobre el cargo que ocupaba Nikolayev, ni sobre sus relaciones con Kírov, etc. Todos los hechos concretos, ya sean los que respectan a la política o a los hechos puramente externos del asesinato, permanecen bajo un manto de oscuridad. La GPU no puede decir lo que pasó sin revelar su iniciativa en la organización del asesinato de Kírov.

4.- Por más que Nikolayev y los trece hombres ejecutados hayan dicho todo lo que se les pidió (y supongo que Nikolayev y sus compañeros fueron sometidos a la tortura física), no tuvieron ni una palabra que decir sobre la participación de Zinóviev, Bakayev, Kámenev, ni sobre ningún otro “trotskysta” en el asesinato. La GPU, obviamente, no los interrogó ni una sola vez en este sentido. Todas las circunstancias del caso aún estaban demasiado frescas, el papel de la provocación aún era demasiado obvio, y la GPU estaba menos preocupada por descubrir los rastros de la Oposición que por cubrir sus propias huellas.

5.- Si bien el juicio Rádek-Piatakov, que involucró directamente a los gobiernos de estados extranjeros, se desarrolló públicamente, el juicio del joven comunista Nikolayev, que mató a Kírov, se realizó entre el 28 y el 29 de diciembre de 1934, a puertas cerradas. ¿Por qué? Al parecer, no fue por razones diplomáticas, sino por razones internas; la GPU no podía hacer una exhibición pública de su propio trabajo. Era necesario, en primer lugar, exterminar disimuladamente a los participantes directos en el asesinato y a aquellos que estaban estrechamente relacionados con ellos; limpiar cuidadosamente las manos de la GPU, para luego lanzarse sobre la Oposición.

6.- El asesinato de Kírov suscitó tanta alarma dentro de la propia burocracia que Stalin, sobre quien tenía que caer la sombra de la sospecha entre los círculos de iniciados, se vio obligado a encontrar un chivo expiatorio. El 23 de enero de 1935, se llevó a cabo el juicio a doce altos funcionarios del departamento de Leningrado de la GPU, encabezado por Medved. La acusación admitió que Medved y sus colaboradores tenían “información acerca de la preparación del asesinato de Kírov”. El veredicto declaró que “no tomaron ninguna medida para la exposición y la prevención oportunas” de la obra del grupo terrorista, “aunque tenían todas las posibilidades de hacerlo”. Más franqueza no se puede pedir. Todos los acusados fueron condenados a entre dos y diez años de trabajos forzados. Está claro que la GPU, a través de sus provocadores, usó la cabeza de Kírov para involucrar a la Oposición en el asunto y luego exponer la conspiración. Nikolayev, sin embargo, disparó su tiro sin esperar el permiso de Medved, y con ello comprometió cruelmente la amalgama. Stalin utilizó a Medved como chivo expiatorio.

7.- Nuestro análisis halla su confirmación completa en el papel del cónsul letón, Bisseneks, un agente obvio de la GPU. El cónsul, según la confesión de Nikolayev, estaba en contacto directo con él, le dio 5.000 rublos para perpetrar su acción terrorista y, sin

ningún motivo, le pidió a Nikolayev una carta para Trotsky. Vishinsky, a fin de vincular mi nombre al menos indirectamente con el caso de Kírov, agregó este episodio asombroso a la acusación (enero de 1935), revelando completamente el papel provocador del cónsul. El nombre del cónsul se hizo público, sin embargo, sólo ante la insistencia directa del cuerpo diplomático. A partir de entonces, desapareció de escena sin dejar rastro. En los juicios posteriores, Bisseneks ni siquiera fue mencionado, a pesar de haber estado en contacto directo con el asesino y haber financiado el asesinato. Todos los demás “organizadores” del acto terrorista contra Kírov (Bakayev, Kámenev, Zinóviev, Mrachkovsky, etc.) no sabían nada del cónsul Bisseneks ni mencionaron en ningún momento su nombre. ¡Es difícil imaginar una provocación más cruda, más confusa, y más descarada!

8.- Sólo después de ser eliminados los verdaderos terroristas, sus amigos y cómplices (que sin duda incluían a los agentes de la GPU involucrados en la conspiración), Stalin consideró posible perseguir seriamente a la Oposición. La GPU arrestó a los dirigentes del ex grupo de zinovievistas y los dividió en dos grupos. La agencia TASS, dijo el 22 de diciembre que no había “fundamentos suficientes para entregar al tribunal” a las siete personalidades dirigentes, exmiembros del comité central. Los miembros menos destacados del grupo, de acuerdo con la técnica tradicional de la GPU, quedaron bajo la espada de Damocles. Bajo amenaza de muerte, algunos de ellos declararon contra Zinóviev, Kámenev y los demás. El testimonio, es cierto, no se trató de terrorismo, sino de la “actividad contrarrevolucionaria” en general (la insatisfacción, la crítica de las políticas de Stalin, etc.). Pero este testimonio fue suficiente para obligar a Zinóviev, Kámenev y los demás a confesar su responsabilidad “moral” por el acto terrorista. A este precio, Zinóviev y Kámenev evitaron (¡temporalmente!) la acusación de participación directa en el asesinato de Kírov.

9.- El 26 de enero de 1935 les escribí a unos amigos de los Estados Unidos (la carta fue publicada en el *Boletín de la Oposición* número 42, en febrero de 1935): “...la estrategia desplegada alrededor del cadáver de Kírov no le trajo a Stalin grandes laureles. Pero precisamente por esta razón no puede detenerse ni retroceder. **Stalin está obligado a ocultar las amalgamas fracasadas tras otras nuevas, más amplias... y más logradas.** Nos tienen que encontrar bien armados”. Los juicios de 1936-1937 confirmaron esta advertencia.

### *¿Quién redactó la lista de “víctimas” del terrorismo? (el “caso” Molotov)*

El juicio de Zinóviev-Kámenev (agosto de 1936) fue totalmente construido sobre la base del terror. La tarea del denominado “centro” consistía en destruir al gobierno a través del asesinato de los “dirigentes”, y tomar el poder. Con la cuidadosa comparación de los dos juicios, el de Zinóviev-Kámenev y el de Piatakov-Rádek, no es difícil convencerse de que la lista de dirigentes que estaban condenados al exterminio fuera elaborada, no por los terroristas, sino por sus supuestas víctimas; es decir, sobre todo por Stalin. Su autoría personal surge de manera muy reveladora en el caso de Molotov. Según la acusación en el caso de Zinóviev y otros, “el centro terrorista unificado trotskysta-zinovievista, luego de matar al camarada Kírov, no se limitó solamente a organizar el asesinato del camarada Stalin. El centro terrorista trotskysta-zinovievista trabajó simultáneamente para organizar el asesinato de otros dirigentes del partido, a saber, los camaradas Vorochilov, Zhdánov, Kaganovich, Kossior, Orjonikidze y Postyshev”. El nombre de Molotov ni figura en esta lista. La lista de las víctimas seleccionadas por los trotskystas variaba en boca de varios acusados en varias etapas de la investigación

preliminar y el juicio. Pero en un punto se mantuvo inalterada; ninguno de los acusados nombró a Molotov. Según la declaración de Reingold durante la investigación preliminar, “las instrucciones principales de Zinóviev eran las siguientes: el golpe debe ser infligido contra Stalin, Kaganovich y Kírov”. En la sesión de la tarde del 19 de agosto de 1936, el mismo Reingold declaró: “Es por eso que los únicos métodos de lucha disponibles son los actos terroristas contra Stalin y sus compañeros de armas más cercanos, Kírov, Vorochilov, Kaganovich, Orjonikidze, Postyshev, Kossior y los demás”. Molotov no figura entre los “compañeros de armas más cercanos”. Mrachkovsky declaró: “...Teníamos que matar a Stalin, Vorochilov y Kaganovich. Había que matar primero a Stalin”. Una vez más, Molotov no es mencionado.

La cuestión no difiere con mis “directivas terroristas”. “...El grupo de Dreitzer ... recibió instrucciones de asesinar a Vorochilov directamente de Trotsky”, dice la acusación. Según Mrachkovsky, en el otoño de 1932, Trotsky “destacó una vez más la necesidad de matar a Stalin, Vorochilov y Kírov”. En diciembre de 1934, Mrachkovsky, a través de Dreitzer, recibió una carta de Trotsky pidiéndole que “acelere el asesinato de Stalin y Vorochilov”. Dreitzer declara lo mismo. Berman-Yurin afirma: “Trotsky también dijo que además de Stalin, era necesario asesinar a Kaganovich y Vorochilov”. Así, en el transcurso de unos tres años les di instrucciones para asesinar a Stalin, Vorochilov, Kaganovich y Kírov. No se mencionó a Molotov. Esta circunstancia es tanto más notable debido a que durante los últimos años de mi participación en el buró político, ni Kírov ni Kaganovich eran miembros de aquel organismo, y nadie los consideraba figuras políticas, mientras que Molotov ocupaba el primer lugar después de Stalin en el grupo dirigente. Pero Molotov no sólo es miembro del buró político, también es jefe del gobierno. Su firma, junto con la de Stalin, adorna los decretos gubernamentales más importantes. A pesar de todo ello, los terroristas del “centro unificado”, como hemos visto, ignoran obstinadamente la existencia de Molotov. Sin embargo, y esto es lo más sorprendente, el fiscal Vishinsky no sólo no muestra sorpresa por esta omisión, sino que, por el contrario, la considera bastante lógica. Por ende, en la sesión de la mañana del 19 de agosto, Vishinsky le preguntó a Zinóviev, con respecto a los preparativos para los actos terroristas:

¿Contra quién?

*Zinóviev*: Contra los dirigentes.

*Vishinsky*: Es decir, ¿contra los camaradas Stalin, Vorochilov y Kaganovich?

Las palabras “es decir” no dejan lugar a dudas: el fiscal excluye oficialmente al jefe de gobierno de las filas de los dirigentes del partido y del país. Por último, en su elaboración del balance de las audiencias, el mismo fiscal, en sus conclusiones finales trueno contra los “trotskystas”, “quienes alzaron la mano contra los dirigentes de nuestro partido, contra los camaradas Stalin, Vorochilov, Zhdánov, Kaganovich, Orjonikidze, Kossior y Postyshev, contra nuestros líderes, los dirigentes del estado soviético” (sesión del 22 de agosto). La palabra “dirigentes” se repite tres veces, pero una vez más, no se menciona a Molotov.

Por ende, es claramente indiscutible que en el momento de la larga preparación del juicio al “centro unificado” debieron haber existido ciertas razones importantes para excluirlo a Molotov de la lista de “dirigentes”. Los no iniciados en los secretos de los jefes de gobierno no llegan a entender en absoluto por qué los terroristas consideraron necesario matar a Kírov, Postyshev, Kossior, Zhdánov (“dirigentes” a escala provincial) e ignorar a Molotov, quien, como se suele reconocer, le lleva una cabeza, cuando no dos, a estos candidatos para el asesinato. En el *Libro Rojo*, dedicado al juicio de Zinóviev-Kámenev, Sedov ya llamó la atención sobre el ostracismo de Molotov. Sedov escribe:

Entre los dirigentes mencionados por Stalin como aquellos a quienes los terroristas supuestamente planeaban matar se incluyeron no sólo los dirigentes de primer rango, sino también a los Zhdánov, Kossior y Postyshev. Pero no se incluye a Molotov. En estas cuestiones, Stalin nunca comete un error...

¿Dónde se halla el secreto? En relación con la renuncia a las políticas del “tercer período”, circulaban rumores persistentes y tenaces sobre supuestos roces entre Stalin y Molotov. Estos rumores hallaron un reflejo indirecto pero inequívoco en la prensa soviética; Molotov no fue citado, exaltado, ni fotografiado, y a veces ni siquiera era mencionado. El *Boletín de la Oposición* comentó más de una vez sobre este hecho. En todo caso, es indiscutible que en agosto de 1936 el principal compañero de armas de Stalin en la lucha contra todos los grupos opositores fue expulsado en forma pública y abrupta de las filas de los dirigentes del estado. Por ende, es imposible evitar sacar la conclusión de que las confesiones de los acusados, así como mis “directivas”, fueron destinadas a ayudar a resolver una tarea episódica específica: elevar a Kaganovich, Zhdánov y otros a la categoría de “dirigentes”, y desacreditar al antiguo “dirigente”, Molotov.

¿Tal vez, sin embargo, el asunto se explique simplemente por el hecho de que en el momento del juicio a Zinóviev, las autoridades judiciales aún no tenían a su disposición las pruebas de los atentados contra Molotov? Esa hipótesis no resiste la menor crítica. La “evidencia” en estos juicios, como se ha dicho, en general no existe; el veredicto del 23 de agosto de 1936 menciona atentados (contra Postyshev y Kossior) sobre los que no se dice ni una palabra en el expediente judicial. Esta consideración, sin embargo, que en sí misma no carece de importancia, se ve totalmente eclipsada cuando se la compara con el hecho de que los acusados (y sobre todo los miembros del “centro”) en sus confesiones no hablan tanto de atentados sino más bien de planes de atentados. Se trataba exclusivamente de quiénes los conspiradores consideraban necesario asesinar. La composición de la lista de víctimas no dependía, por ende, de los materiales de la investigación preliminar, sino de una valoración política de las figuras principales. Tanto más sorprendente es el hecho de que en los planes del “centro”, así como en mis “directivas”, estaban todos los candidatos posibles e imposibles para el martirio... a excepción de Molotov. Sin embargo, nadie lo consideró nunca a Molotov una figura decorativa como Kalinin. Por el contrario, si uno se pregunta quién podría reemplazar a Stalin, es imposible evitar responder que Molotov tiene posibilidades incomparablemente mayores que todos los demás.

¿Tal vez, sin embargo, los terroristas, sobre la base de rumores de discordias entre los dirigentes del estado, simplemente habían decidido dejarlo a Molotov? Como veremos, esta hipótesis tampoco pasará la prueba del análisis. De hecho, no fueron los “terroristas” quienes lo pasaron por alto a Molotov, sino que fue Stalin quien deseaba dar la impresión de que los terroristas lo habían pasado por alto para así quebrar definitivamente a su oponente. Los hechos indican que el plan de Stalin fue coronado con un éxito total. Incluso antes del juicio de agosto se observaba una reconciliación entre Stalin y Molotov. Esto se reflejó inmediatamente en las páginas de la prensa soviética que, ante una señal de las cúpulas, se dedicaron a restaurar la autoridad de Molotov. Se podría, sobre la base del *Pravda*, componer una imagen muy clara y convincente de la rehabilitación gradual de Molotov en el transcurso del año 1936. En un comentario sobre este hecho, el *Boletín de la Oposición* (número 50, mayo de 1936) decía:

Luego de la liquidación del “tercer período”, Molotov, como se sabe, cayó en semidesgracia. Pero finalmente se las arregló para volver a las filas. Durante las últimas semanas, se han pronunciado varios panegíricos de Stalin... A modo de compensación... su nombre ocupa el segundo lugar, y se lo llama el “camarada de armas” más cercano.

En esta cuestión, como en muchas otras, la comparación de las publicaciones oficiales de la burocracia con el *Boletín de la Oposición* resuelve muchos enigmas.

El juicio de Zinóviev-Kámenev reflejó el período que precedió a la reconciliación; ¡era imposible cambiar todos los materiales de la investigación preliminar con tan corto aviso! Además, Stalin no estaba apurado en otorgar una amnistía completa; Molotov tenía que recibir una lección efectiva. Es por eso que en agosto Vishinsky aún se veía obligado a adherir a la antigua directiva. Por otro lado, la preparación del juicio Piatakov-Rádek se llevó a cabo sólo después de la reconciliación. En conformidad con ella, la lista de víctimas también se cambia, no sólo en cuanto al futuro sino también al pasado. En su testimonio del 24 de enero, Rádek, en referencia a su entrevista con Mrachkovsky en 1932, declaró que “no tenía la menor duda de que los actos debían dirigirse contra Stalin y sus colegas inmediatos, contra Kírov, Molotov, Vorochilov y Kaganovich”. Según la declaración del testigo Loginov, en la sesión de la mañana del 25 de enero, Piatakov, a principios del verano de 1935, “dijo que el centro paralelo trotskysta... debe hacer definitivamente los preparativos para los actos terroristas contra Stalin, Molotov, Vorochilov y Kaganovich”. Naturalmente, Piatakov no deja de confirmar la declaración de Loginov. Los acusados del último juicio, en contraposición a los miembros de “centro” unificado, por ende, no sólo nombran a Molotov entre las víctimas planificadas, sino que también le conceden el primer lugar después de Stalin.

Entonces, ¿quién redactó la lista de las víctimas propuestas? ¿Los terroristas o la GPU? La respuesta es clara: ¡Stalin, a través de la GPU! La hipótesis que mencioné anteriormente, de que los “trotskystas” eran conscientes de la fricción entre Stalin y Molotov y evitaron a Molotov por razones políticas, podría adquirir una semblanza de veracidad únicamente en el caso de que los “trotskystas” se hubieran involucrado en la preparación de actos terroristas contra Molotov sólo después de su reconciliación con Stalin. Pero los “trotskystas”, al parecer, ya deseaban matar a Molotov en 1932: simplemente se habían “olvidado” de mencionarlo en agosto de 1936, y el fiscal “se olvidó” de recordárselos.

Pero no bien Molotov obtuvo la amnistía política de Stalin, volvieron inmediatamente los recuerdos tanto del fiscal como de los acusados. Y es por eso que somos testigos de un milagro; a pesar de que el mismo Mrachkovsky había hablado en su testimonio de la preparación de actos terroristas sólo contra Stalin, Kírov, Vorochilov, Kaganovich y Rádek, sobre la base de una conversación con Mrachkovsky en 1932, incluyó retrospectivamente en esta lista el nombre de Molotov. Piatakov habló, supuestamente con Loginov, sobre la preparación de atentados contra Molotov a principios del verano de 1935; es decir, más de un año antes del juicio a Zinóviev. Por último, los acusados Muralov, Shestov y Arnold se refirieron al “verdadero” atentado contra Molotov, que tuvo lugar en el año 1934... ¡más de dos años antes del juicio al “centro unificado”! Las conclusiones son absolutamente claras: los acusados tenían tan poca libertad de elegir las “víctimas” como para todo lo demás. La lista de los elegidos como objetivos de los terroristas era, en realidad, una lista de dirigentes oficialmente recomendada para las masas. Fue modificada conforme a los arreglos en las cúpulas. Sólo faltaba que los acusados, así como el fiscal Vishinsky, se adaptaran a las instrucciones totalitarias.

Queda una objeción posible: pero, ¿toda esta maquinación no parece demasiado burda? A eso debemos responder: no más burda que todas las demás maquinaciones de estos juicios infames. El director de escena no apela ni a la razón ni a la crítica. Su objetivo es el de aplastar a la autoridad de la razón mediante la magnitud de la fabricación, firmada y sellada por el pelotón de fusilamiento.

## ***La base política de la acusación: “sabotaje”***

La parte más burda de la fabricación judicial, tanto en su diseño como en su ejecución, es el cargo de sabotaje contra los “trotskystas”. Este aspecto del juicio, que constituye uno de los elementos más importantes de toda la amalgama, no ha convencido a nadie (si se omite a los señores como Duranty y compañía). El mundo se enteró, a partir de la acusación y los procesamientos, de que toda la industria soviética estaba prácticamente bajo el control de “un puñado de trotskystas”. Las cosas no eran para nada mejores en lo que respecta al transporte. Pero, ¿en qué consistían realmente los actos de sabotaje trotskystas? En las confesiones de Piatakov, corroboradas por los testimonios de sus antiguos subordinados, quienes se sentaban junto a él en el banquillo de los prisioneros, se reveló que: (a) los planes para las nuevas fábricas se elaboraban muy lentamente y se revisaban una y otra vez, (b) la construcción de fábricas tomaba demasiado tiempo, y provocaba el congelamiento de sumas colosales; (c) las empresas se ponían en marcha en un estado incompleto y, en consecuencia, se arruinaban rápidamente; (d) había desequilibrios entre las diversas secciones de las nuevas plantas, con el resultado de que la capacidad productiva de las fábricas se reducía al extremo, (e) las plantas acumulaban reservas superfluas de materias primas e insumos, transformando así el capital vivo en capital muerto, (f) los insumos se derrochaban descontroladamente, etc. Todos estos fenómenos, conocidos hace mucho como las enfermedades crónicas de la vida económica soviética, se presentan ahora como el fruto de una conspiración maliciosa dirigida por Piatakov; por supuesto, bajo órdenes mías.

Sin embargo, sigue siendo absolutamente incomprensible el rol que tuvieron, mientras ocurría todo esto, los órganos estatales de la industria y las finanzas y de las autoridades contables, por no hablar del partido, que tiene sus núcleos en todas las instituciones y empresas. Si creemos en la acusación, el liderazgo de la economía no estaba en manos del “líder genial e infalible” ni en manos de sus colaboradores más cercanos, los miembros del buró político y del gobierno, sino en manos de un hombre aislado, con ya nueve años en el destierro y el exilio. ¿Cómo se puede entender esto? Según un despacho de Moscú para el *New York Times* (25 de marzo de 1937), el nuevo jefe de la industria pesada, V. Mezhlauk, en una reunión con sus subordinados, reveló el papel criminal de los saboteadores en la elaboración de planes falsos. Pero hasta el momento de la muerte de Orjonikidze (18 de febrero de 1937), el propio Mezhlauk estaba al frente de la Comisión de Planificación Estatal, cuya tarea especial era precisamente la de examinar los planes y proyectos económicos. Así es como, buscando fabricar hechos, el gobierno soviético se otorga a sí mismo un degradante certificado de quiebra. No es casual que el *Temps*, el portavoz semioficial del aliado francés, comente que lo mejor hubiera sido no permitir que esta parte del juicio vea la luz del día.

Lo que acabamos de decir sobre la industria también se aplica enteramente al transporte. Los especialistas de ferrocarriles calculan que la capacidad de carga de un ferrocarril tiene ciertos límites técnicos. Desde el momento en que Kaganovich se hizo cargo de la administración del sistema de transporte, la “teoría de los límites” fue declarada oficialmente como un prejuicio burgués; peor aún, un invento de saboteadores. Cientos de ingenieros y técnicos tuvieron que expiar su apoyo directo o indirecto a la “teoría de los límites”. Sin duda, muchos viejos especialistas, entrenados bajo las condiciones de la economía capitalista, subestimaron flagrantemente las posibilidades inherentes a los métodos planificados, y se inclinaron por consiguiente a establecer normas extremadamente bajas. Pero eso no significa en absoluto que la dinámica de la economía dependa únicamente de la inspiración y la energía de la burocracia. El

equipamiento industrial general del país, la interdependencia recíproca de las diversas ramas de la industria, el transporte y la agricultura, el nivel de capacitación de los trabajadores, el porcentaje de ingenieros experimentados y, por último, el nivel general material y cultural de la población son los factores esenciales que tienen la última palabra en la fijación de límites. El esfuerzo de la burocracia por violar estos factores mediante órdenes crudas, represalias y primas (“estajanovismo”) impone inevitablemente duras sanciones en forma de desorganización de las plantas, daños a la maquinaria, una alta proporción de bienes dañados, accidentes y desastres. No existe el menor fundamento para introducir en este tema una “conspiración trotskysta”.

La tarea de la acusación resulta extremadamente complicada al considerar el hecho adicional de que desde febrero de 1930 en adelante expuse en la prensa, en forma continua y sistemática, año tras año, mes tras mes, los mismos vicios de la economía burocratizada que actualmente se le imputan a una fantástica organización “trotskysta”. Demostré que la industria soviética no requería de tiempos máximos, sino óptimos; es decir, los tiempos que asegurarían, sobre la base de la correspondencia mutua entre los diferentes sectores de una misma empresa y entre distintas empresas, el crecimiento constante de la economía en el futuro. Escribí en el *Boletín de la Oposición* el 13 de febrero de 1930:

Un plan de construcción socialista no se puede alcanzar bajo la forma de una directiva departamental *a priori*. La industria marcha con botas de siete leguas hacia una crisis, debido principalmente a los monstruosos métodos burocráticos empleados en la elaboración del plan. No se puede elaborar un plan quinquenal con las necesarias proporciones y garantías si no es con la condición de que se discutan libremente las tasas y plazos; si todas las industrias afines y la clase obrera con sus organizaciones, principalmente el partido, no participan en dichas discusiones; si no se hace una evaluación de la experiencia de conjunto de la economía soviética en el período anterior, incluyendo los errores monstruosos de la dirección... Por eso, el plan de construcción del socialismo no puede ser una orden burocrática apriorística.

Los “trotskystas”, nos dicen a cada paso, constituyen un puñado insignificante, aislado y odiado por las masas. Es por esta razón que presuntamente recurrieron a los métodos del terror individual. El panorama cambia por completo, sin embargo, cuando llegamos al sabotaje. Sin duda, un solo hombre podrá echarle arena a una máquina o volar un puente. Pero en el tribunal nos enteramos de métodos de sabotaje de tal magnitud que sólo serían posibles si todo el aparato administrativo estuviera en manos de los saboteadores. Como dijo el acusado Shestov, evidentemente un agente provocador, en la sesión del 25 de enero:

Y, por último, en todas las minas (las minas de Prokopyevsk, Anzherka y Lenin) el movimiento estajanovista fue saboteado. Se dieron instrucciones para hacer preocupar terriblemente a los trabajadores. Antes de que un trabajador llegara a su lugar de trabajo, debía lanzar doscientas maldiciones contra la administración del pozo. Se generaron condiciones de trabajo imposibles. El trabajo normal se hizo imposible, no sólo para los métodos estajanovistas sino también para los métodos comunes.

Todo eso lo hicieron los “trotskystas”. Obviamente, toda la administración de arriba hacia abajo estaba compuesta por “trotskystas”.

No satisfechos con esto, la acusación también enumera actos de sabotaje que serían irrealizables sin el apoyo activo o por lo menos pasivo de los propios trabajadores. Así, el presidente del tribunal cita la siguiente declaración del acusado Muralov, quien, a su vez, cita al acusado Boguslavsky: “Los trotskystas en los ferrocarriles... estaban poniendo las locomotoras fuera de servicio, alteraban los horarios de tránsito y provocaban demoras en las estaciones, retrasando así el transporte de mercancías urgentes”. Los crímenes enumerados significan simplemente que los ferrocarriles estaban

en manos de los “trotskystas”. No satisfecho con este extracto del testimonio de Muralov, el presidente le pregunta:

¿Y hace poco Boguslavsky seguía saboteando las actividades en la construcción de la línea Eiche-Sokol?

*Muralov:* Sí.

*El presidente:* ¿Y como resultado de ello interrumpió el trabajo de construcción?

*Muralov:* Sí.

Y eso es todo. Cómo pudieron Boguslavsky y otros dos o tres “trotskystas”, sin el apoyo de los empleados y trabajadores, perturbar el trabajo de construcción de toda una línea ferroviaria, sigue siendo totalmente incomprensible.

Las fechas de los sabotajes son extremadamente contradictorias. Según el testimonio más importante, el sabotaje era “algo nuevo” en 1934. Pero el citado Shestov sitúa el inicio del sabotaje a fines del año 1931. En el transcurso de los procedimientos judiciales, se desplazan las fechas, primero hacia delante, luego hacia atrás. El mecanismo de estos desplazamientos es muy claro. La mayoría de las acusaciones concretas de sabotaje o de “maniobras de distracción” se basan en desgracias, fallas o desastres que realmente ocurrieron en la industria o en el transporte. Al inicio del primer Plan Quinquenal, las fallas y los accidentes no eran pocos. La acusación elige los que se pueden vincular con algún acusado. Por eso existen saltos interminables en la cronología del sabotaje. En todo caso, según parece, la “directiva” general la di yo por primera vez recién en 1934.

Las manifestaciones más violentas de “sabotaje” se descubren ahora en la industria química, en donde las proporciones internas fueron violadas de modo especialmente burdo. Sin embargo, hace siete años, cuando el poder soviético realmente comenzaba a construir esta rama de la industria, escribí:

Para dar un ejemplo, la resolución acerca del papel de la química en la economía nacional sólo puede elaborarse mediante una discusión abierta entre los distintos grupos económicos y ramas de la industria. La democracia soviética no es una consigna política abstracta, ni menos aún una norma moral. Se ha convertido en una necesidad económica.

¿Cuál era la situación real en este caso? “La marcha de la industrialización depende cada vez más del látigo administrativo. La maquinaria y la fuerza de trabajo se resienten. Las desproporciones en la producción se acumulan en distintas ramas de la industria”. Conociendo muy bien los métodos de autodefensa estalinistas, añadí: “No resulta difícil prever la reacción de los círculos oficiales ante nuestro análisis. Los funcionarios del gobierno dirán que nos jugamos a favor de una crisis. Los canallas agregarán que deseamos la caída del gobierno soviético... Pero eso no nos detendrá. Las intrigas pasan, los hechos quedan”.

No tengo la intención de cargar el registro con citas. Pero estoy dispuesto a demostrar, a través de la colección de mis artículos que tengo en la mano, que durante siete años, sobre la base de los informes oficiales de la prensa soviética, advertí incansablemente, y en no pocas ocasiones, contra las consecuencias ruinosas de saltar el período de preparación de laboratorio, de poner en marcha plantas incompletas, de suplantar la formación técnica y la organización correcta con represalias frenéticas y sin sentido, y, no poco frecuentemente, con premios fantásticos. Todos los “crímenes” económicos mencionados en el último juicio los analicé en incontables ocasiones (a partir de febrero de 1930 y hasta mi último libro, *La revolución traicionada*) como consecuencias inevitables del sistema burocrático. No tengo ninguna razón para hacer alarde de mi perspicacia. Sólo hacía falta seguir con atención los informes oficiales y extraer conclusiones rudimentarias de los hechos incontestables.

Si el “sabotaje” de Piatakov y los demás, como dice la acusación, comenzó activamente sólo alrededor del año 1934, ¿cómo se puede explicar el hecho de que ya en

los cuatro años anteriores exigí la solución radical de aquellas enfermedades de la industria soviética, que se representan ahora como actividades maliciosas de “trotskystas”? Pero, ¿tal vez mi trabajo crítico fue un simple “camuflaje”? Según el sentido real de la palabra, tal camuflaje sólo podría haber tenido la intención de ocultar crímenes. Sin embargo, mi crítica, por el contrario, los desenmascaró. Por lo tanto, resulta que mientras organizaba secretamente el sabotaje, hacía todo lo posible para llamar la atención del gobierno sobre los actos de “sabotaje” y, por lo tanto, sobre sus autores. Todo esto sería extremadamente inteligente... si no careciera completamente de sentido.

El sistema de Stalin, su policía y sus agentes de la acusación, es bastante simple. Por accidentes graves en las fábricas, y especialmente por descarrilamientos de trenes, a menudo eran fusilados varios empleados, a menudo aquellos que poco antes habían sido condecorados por alcanzar ritmos altos. El resultado ha sido la desconfianza y el descontento universales. El último juicio tuvo la intención de personificar en Trotsky las causas de los accidentes y desastres. Contra Ormuz, el espíritu del bien, se debía lanzar el espíritu malo Arimán. Siguiendo el curso inmutable del procedimiento legal soviético actual, todos los acusados confesaron, naturalmente, su culpabilidad.

¿Deberíamos asombrarnos? A la GPU no le cuesta plantearle a un cierto número de sus víctimas la siguiente alternativa: ser fusilado de inmediato, o conservar una sombra de esperanza bajo la condición de que acepte comparecer ante el tribunal simulando ser un “trotskysta”, sabotadores conscientes de la industria y el transporte. El resto no requiere comentario.

La conducta de la fiscalía ante el tribunal constituye una prueba fatal contra los verdaderos conspiradores. Vishinsky se limita a preguntas simples: “¿Confiesa que es culpable de sabotaje? ¿De la organización de los accidentes y destrozos? ¿Confiesa que las directivas provenían de Trotsky?”. Pero nunca pregunta cómo hizo el acusado para llevar a cabo sus crímenes en la práctica: cómo lograron que sus planes de destrucción fueran adoptados por las más altas instituciones del estado; ocultar el sabotaje ante los ojos de sus superiores y subordinados durante años; conseguir el silencio de las autoridades locales, los especialistas, trabajadores, etc. Como siempre, Vishinsky es el principal cómplice de la GPU en la fabricación y en el engaño de la opinión pública.

El alcance del descaro de los inquisidores, por otra parte, se ve en el hecho de que el acusado declaró, ante la exigencia persistente de la fiscalía (aunque, por supuesto, no sin reticencia) que se esforzaron deliberadamente por causar el mayor número posible de víctimas humanas, con el fin de inspirar así descontento entre los trabajadores. Pero eso no es todo. El 24 de marzo (es decir, hace apenas unos días) un despacho de Moscú relató el fusilamiento de tres “trotskystas” por el incendio malicioso de una escuela en Novosibirsk en donde murieron quemados muchos niños. Permítanme también recordarles que mi hijo menor, Sergei Sedov, fue detenido bajo la acusación de intentar un envenenamiento masivo de trabajadores. Imaginemos por un momento que el gobierno de los Estados Unidos, luego del desastre de la escuela de Texas que conmocionó al mundo entero, hubiera puesto en marcha en todo el país una campaña feroz contra la Comintern y la hubiera acusado del exterminio malicioso de niños, y tenemos una idea aproximada de la política actual de Stalin. Estas acusaciones viles, posibles solamente en la atmósfera contaminada de un régimen totalitario, conllevan en sí mismas su refutación.

### ***La base política de la acusación: la alianza con Hitler y el Mikado***

Para reforzar la acusación absolutamente improbable de una alianza entre los “trotskystas” con Alemania y Japón, los abogados extranjeros de la GPU están haciendo circular las siguientes versiones:

1.- Lenin, con el acuerdo de Ludendorff, atravesó Alemania durante la guerra, con el objetivo de llevar adelante sus tareas revolucionarias;

2.- el gobierno bolchevique no vaciló en ceder grandes territorios y pagar una indemnización a Alemania para salvar el régimen soviético.

Conclusión: ¿por qué no admitir que Trotsky se puso de acuerdo con el mismo Estado Mayor Alemán para garantizar, mediante la cesión de territorio, la posibilidad de realizar sus objetivos en el resto del país?

Esta analogía representa, en realidad, la calumnia más monstruosa y venenosa contra Lenin y el Partido Bolchevique de conjunto.

1.- En realidad, Lenin atravesó Alemania utilizando las falsas esperanzas de Ludendorff de que Rusia se desintegraría como resultado de su lucha interna. Pero, ¿cómo procedió Lenin?

a. No escondió en ningún momento ni su programa ni el propósito de su viaje;

b. llamó en Suiza a una pequeña conferencia de internacionalistas de varios países que aprobaron su plan de viajar a Rusia a través de Alemania.

c. Lenin no hizo un acuerdo político con las autoridades alemanas, y puso como condición que nadie entrara en su vagón durante su trayecto por Alemania;

d. inmediatamente después de su llegada a Petrogrado, Lenin explicó ante el sóviet y las masas trabajadoras el propósito y la naturaleza de su viaje a través de Alemania.

En este episodio, también caracterizan a Lenin la audacia en las decisiones y el cuidado de la preparación; pero no quitan la completa e incondicional honestidad hacia la clase obrera, a la que siempre está dispuesto a rendir cuentas por cada uno de sus pasos políticos.

2.- El gobierno bolchevique en realidad cedió grandes territorios a Alemania después de la paz. Pero:

a. el gobierno soviético no tenía otra opción;

b. la decisión no fue adoptada a espaldas del pueblo, sino sólo después de una discusión abierta y pública;

c. el gobierno bolchevique no escondió en ningún momento a las masas populares que la paz de Brest-Litovsk significaba una capitulación transitoria y parcial de la revolución proletaria frente al capitalismo.

En todo caso, también, tenemos total concordancia de objetivos y métodos y una honestidad incondicional de la dirección ante la opinión pública de las masas trabajadoras.

Ahora, veamos qué sentido tiene esta acusación contra mí. Supuestamente, he cerrado un acuerdo con el fascismo y el militarismo sobre la siguiente base:

a. estoy de acuerdo en renunciar al socialismo a favor del capitalismo;

b. doy la señal para destruir la economía soviética y exterminar a los trabajadores y soldados;

c. escondo al mundo entero mis verdaderos objetivos, así como mis métodos;

d. toda mi actividad política pública sirve solamente para engañar a las masas obreras sobre mis verdaderos planes, en los que participan Hitler, el Mikado y sus agentes.

La actividad que se me atribuye no tiene, en consecuencia, nada en común con el ejemplo mencionado de la actividad de Lenin, sino que representa en todos los aspectos su opuesto directo.

La paz de Brest-Litovsk fue una retirada temporal, un compromiso obligatorio, con el objeto de salvar el poder soviético y realizar el programa revolucionario. Una alianza secreta con Hitler y el Mikado es una traición a los intereses de la clase obrera en aras del poder personal, o la ilusión de poder, es decir, el más bajo de todos los crímenes.

Sin duda, algunos abogados de la GPU se inclinan por diluir con agua el fortísimo vino de Stalin. Es posible, dicen, que Trotsky haya acordado sólo verbalmente la

restauración del capitalismo, pero en realidad se estuviera preparando para llevar adelante una política que se correspondiera con el espíritu de su programa en el resto del territorio. En primer lugar, esta variante contradice las confesiones de Rádek, Piatakov y otros. Pero, independientemente de esto, es simplemente tan inconsistente como la versión oficial presentada por la acusación. El programa de la Oposición es el programa del socialismo internacional. ¿Cómo podría un adulto experimentado imaginar que Hitler y el Mikado, que poseen una lista completa de las traiciones y los crímenes abominables de Trotsky, le permitirían llevar adelante un programa revolucionario? ¿Cómo puede uno esperar llegar al poder al precio de actos de alta traición al servicio de un estado mayor extranjero? ¿No está claro de antemano que Hitler y el Mikado, después de usar a su agente hasta el límite, lo desecharían como un limón exprimido? ¿Pueden los conspiradores, encabezados por los seis miembros del politburó de Lenin, no haber comprendido esto? La acusación, por lo tanto, carece internamente de sentido en ambas variantes, la oficial, que habla de restauración del capitalismo, y la semioficial que concede a los conspiradores un objetivo oculto: engañar a Hitler y al Mikado.

Es necesario agregar a esto que debe haber estado claro de antemano para los conspiradores que el complot no podría permanecer en ningún caso sin ser descubierto. En el juicio a Zinóviev-Kámenev, Olberg y otros declararon que la “colaboración” de los “trotskystas” con la Gestapo no era una excepción sino un “sistema”. En consecuencia, decenas y cientos de personas deben haber sido iniciadas en este sistema. Cometer actos terroristas, y especialmente el sabotaje, requerirían, a su vez, cientos e incluso miles de agentes. El descubrimiento, por lo tanto, sería absolutamente inevitable, con simultáneas muestras de la alianza de los “trotskystas” con los espías fascistas y japoneses. ¿Podría alguien, salvo un lunático, esperar llegar al poder de esta manera?

Pero eso no es todo. Los actos de sabotaje, por el tenor de las acciones, presuponen de parte de sus ejecutores una disposición al sacrificio. Cuando un agente fascista alemán o japonés arriesga su cabeza en la URSS está motivado por estímulos poderosos como el patriotismo, el nacionalismo, el chovinismo. Pero, ¿qué estímulos podrían haber motivado a los “trotskystas”? Admitamos que los “dirigentes”, habiendo perdido la cabeza, esperan tomar el poder mediante tales métodos. Pero, ¿cuáles eran los motivos de Berman-Yurin, David, Olberg, Arnold y tantos otros que, al tomar el camino del terrorismo y el sabotaje, se condenaron a sí mismos a una muerte segura? Un hombre es capaz de sacrificar su vida sólo por algún gran ideal, aunque sea uno equivocado. ¿Qué gran ideal tenían los “trotskystas”? ¿El deseo de desmembrar la URSS? ¿El deseo de darle a Trotsky el poder para la restauración del capitalismo? ¿Simpatía con el fascismo alemán? ¿El deseo de proveer de petróleo a Japón para una guerra contra Estados Unidos? Ninguna de las versiones, ni la oficial ni la semioficial, responde la pregunta: ¿al servicio de qué estaban dispuestos a jugarse la vida los ejecutores? Toda la construcción de la acusación es mecánica. Ignora la psicología de los seres humanos. En este sentido, la acusación es el producto lógico de un régimen totalitario, con su desconocimiento y desprecio por los hombres que no son “dirigentes”.

La segunda teoría fantástica que ponen en circulación los amigos de la GPU asegura que, en vistas de mi posición general, se presume que estoy políticamente interesando en acelerar una guerra. La frecuente línea argumental es la siguiente: Trotsky está por la revolución internacional. Es bien conocido que la guerra a menudo produce la revolución. *Ergo*, Trotsky debe estar interesado en acelerar la guerra.

La gente que cree esto, o que adscribe a estas ideas, para mí tiene una concepción muy débil de la revolución, la guerra y su interdependencia.

De hecho, la guerra a menudo ha acelerado la revolución. Pero precisamente por esta razón a menudo ha producido fracasos. La guerra agudiza las contradicciones

sociales y el descontento de las masas. Pero eso es insuficiente para el **triunfo** de la revolución proletaria. Sin un partido revolucionario arraigado en las masas, la situación revolucionaria lleva a las más crueles derrotas. La tarea no es “acelerar” la guerra... Para esto, lamentablemente, están trabajando los imperialistas de todos los países, no sin éxito. La tarea es utilizar el tiempo que los imperialistas todavía dejan a las masas para construir un partido revolucionario y sindicatos revolucionarios.

Es de vital interés para la revolución proletaria que el estallido de la guerra sea demorado tanto como sea posible, que se gane el mayor tiempo posible para la preparación. Cuanto más firme, más valiente y más revolucionaria sea la dirección de los obreros, más dudarán los imperialistas, cuanto mayor sea la posibilidad de posponer la guerra, mayores serán las posibilidades de que la revolución ocurra **antes** que la guerra y quizás haga a la guerra misma **imposible**.

Precisamente porque la IV Internacional adhiere a la revolución internacional, uno de los factores es trabajar contra la guerra; porque (repito) el único freno a una guerra mundial es el miedo, entre las clases propietarias, a la revolución.

La guerra, nos dicen, crea una situación revolucionaria. Pero, ¿hemos tenido una falta de situaciones revolucionarias en el período que va desde 1917 hasta hoy? Echemos un vistazo brevemente al período de posguerra:

Una situación revolucionaria en Alemania, 1918-1919.

Una situación revolucionaria en Austria y Hungría al mismo tiempo.

Una situación revolucionaria en Alemania en 1923 (la ocupación del Ruhr).

Una situación revolucionaria en China, 1925-1927, que no fue precedida inmediatamente por una guerra.

Profundas convulsiones revolucionarias en Polonia en 1926.

Una situación revolucionaria en Alemania, 1931-1933.

Una revolución en España, 1931-1937.

Una situación prerrevolucionaria en Francia, iniciada en 1934.

Una situación prerrevolucionaria en Bélgica en este momento.

A pesar de la superabundancia de situaciones revolucionarias, las masas trabajadoras no han logrado ninguna victoria revolucionaria en los casos enumerados.

¿Qué está faltando? Un partido capaz de utilizar la situación revolucionaria. La socialdemocracia ha demostrado suficientemente en Alemania que es hostil a la revolución. Lo demuestra ahora nuevamente en Francia (León Blum). La Comintern, por su parte, habiendo usurpado la autoridad de la revolución de octubre, desorganiza el movimiento revolucionario en todos los países. La Comintern, en realidad, se ha convertido, sin importar sus intenciones, en el mejor asistente del fascismo y la reacción en general.

Precisamente por esta razón se plantea para el proletariado la férrea necesidad de construir nuevos partidos y una nueva internacional que responda al carácter de nuestra época, una época de grandes convulsiones sociales y peligro de guerra permanente.

Si, ante el acontecimiento de una nueva guerra, las masas no son dirigidas por un partido revolucionario firme, valiente y consistente, probado con la experiencia y que goce de la confianza de las masas, una nueva situación revolucionaria hará retroceder a la sociedad. En estas circunstancias, una guerra podría terminar no, en una revolución victoriosa, sino en el desmoronamiento de toda la civilización. Habría que ser demasiado ciego para no ver este peligro.

La guerra y la revolución son los fenómenos más graves y trágicos de la historia humana. No se los puede tomar a la ligera. No toleran diletantismo. Debemos comprender claramente la interrelación de la guerra y la revolución. Debemos entender, no con menos claridad, la interrelación de los factores revolucionarios **objetivos**, que no pueden ser

inducidos a voluntad, y el factor **subjetivo** de la revolución, la vanguardia consciente del proletariado, su partido. Es necesario preparar este partido con la mayor energía.

¿Es posible admitir por un momento que los llamados “trotskystas”, el ala de extrema izquierda, golpeada y perseguida por todas las demás tendencias, dedicaría sus fuerzas a aventuras despreciables, al sabotaje y la provocación de la guerra, en lugar de construir un nuevo partido revolucionario capaz de llegar bien armado a la situación revolucionaria? ¿Sólo el desprecio cínico de Stalin y su escuela para educar a la opinión pública mundial, junto con la primitiva astucia policial de Stalin, son capaces de crear una acusación tan monstruosa y sin sentido!

He explicado en decenas de artículos y cientos de cartas que una derrota militar de la URSS significaría inevitablemente la restauración del capitalismo en una forma semicolonial bajo un régimen político fascista, el desmembramiento del país y el naufragio de la revolución de octubre. Indignados con la política de la burocracia de Stalin, muchos de mis viejos amigos políticos en varios países llegaron a la conclusión de que no podíamos asumir la obligación de defender **“incondicionalmente”** la URSS. Opuesto a esta actitud, planteé que es inadmisibles identificar la burocracia con la URSS; que las nuevas bases sociales de la URSS deben ser defendidas incondicionalmente contra el imperialismo; que la burocracia bonapartista será derrocada por las masas trabajadoras sólo con la condición de que se preserven las bases del nuevo régimen económico de la URSS. Alrededor de esta cuestión rompí de forma pública y notoria con docenas de viejos amigos y con cientos de amigos nuevos. Mis archivos contienen una extensa correspondencia dedicada a la cuestión de la defensa de la URSS. Finalmente, mi último libro, *La revolución traicionada*, muestra un análisis detallado de las políticas militares y diplomáticas de la URSS, expresamente desde el punto de vista de la defensa del país. Ahora, por obra y gracia de la GPU, parece que mientras rompía con muchos amigos cercanos que no entendían la necesidad de la defensa **incondicional** de la URSS contra el imperialismo, en realidad estaba cerrando alianzas con los imperialistas y llamando a la destrucción de las bases económicas de la URSS.

Además, es imposible desentrañar cómo, exactamente, contribuyeron en la práctica Alemania y Japón a esta alianza. Los “trotskystas” vendieron su alma al Mikado y a Hitler; ¿qué recibieron a cambio? El dinero es el nervio de la guerra. ¿Los “trotskystas” recibieron, al menos, dinero de Alemania y Japón? No se dice una palabra sobre esto en el proceso. La fiscalía no está ni siquiera interesada en este tema. Al mismo tiempo parece, por las referencias de otras fuentes financieras, que ni Alemania ni Japón entregaron dinero. Entonces, ¿qué les dieron a los “trotskystas”? A través del proceso, esta pregunta no recibe ni sombra de respuesta. La alianza con Alemania y Japón yace completamente en el dominio de la metafísica. ¡Agregaré a esto que es la más cobarde de todas las metafísicas policiales en la historia de la humanidad!

## *Copenhague*

El capítulo “Copenhague” del proceso de los dieciséis (Zinóviev y otros) es, por la acumulación de contradicciones y absurdos, el más monstruoso de todos los capítulos. Los hechos relacionados con Copenhague se han establecido y analizado desde hace tiempo en varios libros, empezando con *El libro rojo* de L. Sedov. He presentado a la comisión los documentos y la evidencia más importantes, y me reservo el derecho de presentar material complementario en el curso de la investigación. Por esa razón, seré lo más breve posible en lo que concierne a la “semana terrorista” en Copenhague.

Acepté la invitación de los estudiantes daneses para dar una conferencia en Copenhague, con la esperanza de lograr quedarme en Dinamarca o conseguir la admisión en otro país europeo.

Este anhelo no se concretó por la presión del gobierno soviético sobre el gobierno danés (amenaza de boicot económico). Con el objetivo de disuadir a otros países para que no me ofrezcan su hospitalidad, la GPU decidió transformar mi estadía de una semana en Copenhague en una semana de “complot terrorista”. Holzman, Berman-Yurin y David supuestamente me visitaron en la capital danesa. Los tres llegaron por separado, y cada uno recibió por separado instrucciones terroristas de mi parte. Olberg, que estaba en Berlín, recibió instrucciones similares de mi parte desde Copenhague, pero en forma de una carta.

El testigo más importante contra mí y contra León Sedov es **Holzman**, un viejo miembro del partido y una persona que nos conocía personalmente a ambos. Las confesiones de Holzman durante la investigación preliminar, y en el proceso mismo, se distinguen de las confesiones de la mayoría de los acusados por ser extremadamente exiguas. Basta decir que, a pesar de la insistencia de la fiscalía, Holzman negó cualquier participación en actividades terroristas. El testimonio de Holzman debe ser observado como el denominador menos común de todos los testimonios. Holzman accedió a admitir sólo los planes terroristas de **Trotsky** y la participación en ellos de **León Sedov**. Es precisamente lo escaso de las confesiones de Holzman lo que a primera vista les da un peso excepcional. Sin embargo, es precisamente el testimonio de Holzman el que se derrumba ante los hechos. Los documentos y declaraciones juradas que presenté, que me abstendré de enumerar nuevamente, establecen con certeza que, al contrario de la declaración de Holzman, Sedov **no estuvo** en Copenhague, y en consecuencia no pudo haber llevado a Holzman a verme, especialmente desde un Hotel **Bristol** demolido en 1917. Además, las declaraciones de los otros tres “terroristas”, Berman-Yurin, David y Olberg, intrínsecamente improbables, se socavan la una a la otra e invalidan definitivamente el testimonio de Holzman.

Holzman, Berman-Yurin y David fueron, según sus propias palabras, enviados a Copenhague por León Sedov. Pero ni Berman ni David mencionan la presencia de Sedov en Copenhague. Sólo Holzman supuestamente se habría reunido con Sedov en el vestíbulo de un hotel arrasado.

Berman-Yurin y David, quienes, según ellos mismos han reconocido, eran absolutos extraños para mí, supuestamente fueron recomendados por mi hijo, en ese momento un estudiante de veintiséis años. Por lo tanto, se concluye que escondía mis ideas terroristas a la gente más cercana a mí, mientras daba instrucciones terroristas a conocidos casuales. Este sorprendente hecho sólo puede explicarse de una manera: aquellos que eran “conocidos casuales” **para mí** no eran en absoluto “conocidos casuales” **para la GPU**.

Un cuarto terrorista, Olberg, declaró en la sesión de la tarde del 20 de agosto de 1936: “Antes de mi partida para la Unión Soviética, intenté ir a Copenhague con Sedov para ver a Trotsky. **Nuestro viaje no se concretó, pero Suzanne, la esposa de Sedov, fue para allí.** A su regreso trajo una carta de Trotsky dirigida a Sedov, en la que Trotsky acordaba que vaya a la URSS...” (el destacado es mío).

Mis amigos en Berlín, los Pfemfert, como se ve en su carta del 30 de abril de 1930, ya en ese momento veían a Olberg, si no como agente de la GPU, al menos como un candidato para el puesto. Rechacé su propuesta de que viniera a Prinkipo desde Berlín como mi secretario ruso. Es absolutamente inconcebible que dos años después le hubiera dado “instrucciones terroristas”. Pero Olberg, a diferencia de Berman-Yurin y David, realmente había mantenido correspondencia conmigo, y había conocido personalmente a

Sedov en Berlín, se encontró con él varias veces, conocía a los amigos de Sedov, es decir, que en cierto punto se movía en su círculo. Olberg sabía, como muestra su testimonio, realmente sabía, que el intento de mi hijo de llegar a Copenhague había fracasado, pero que su esposa, que tenía pasaporte francés, estuvo allí.

Los cuatro “terroristas” declaran, como pueden observar, que fue Sedov quien los puso en contacto conmigo. Pero a partir de ese punto, sus testimonios divergen. De acuerdo con Holzman, Sedov estaba en Copenhague. Berman-Yurin y David no mencionan la presencia de Sedov en Copenhague. Finalmente, Olberg confirma categóricamente que Sedov no pudo hacer el viaje a Copenhague. Lo más sorprendente de todo es que la fiscalía no presta la menor atención a estas contradicciones.

Están a disposición de la comisión, como declaré, pruebas documentales de que Sedov no estuvo en Copenhague. El testimonio de Olberg y el silencio de Berman-Yurin y David corroboran este hecho. Por lo tanto, el testimonio más fuerte contra Sedov y contra mí, el de Holzman, se hace polvo. No hay nada sorprendente en el hecho de que los amigos de la GPU busquen a cualquier precio salvar el testimonio de Holzman, del que depende toda la historia de la “semana terrorista” de Copenhague. De ahí la hipótesis: Sedov podría haber ido a Copenhague de forma ilegal, sin que lo supieran Olberg y los demás. Con el objeto de privar a mis adversarios de su última laguna, me detendré en esta hipótesis.

¿Qué necesidad tenía Sedov de arriesgarse en un viaje ilegal? Según lo que sabemos, su supuesta estadía en Copenhague se reduce a esto: llevó a Holzman desde el Hotel Bristol hasta mi apartamento y durante mi conversación con Holzman, “el hijo de Trotsky, Sedov, entraba y salía de la habitación constantemente”. ¡¿Sólo eso?! ¿Valía la pena hacer un viaje ilegal desde Berlín sólo para eso?

Berman-Yurin y David, quienes, de acuerdo con sus declaraciones, nunca me habían visto, pudieron localizarme en Copenhague sin la ayuda de Sedov que, como se entiende en su propia declaración, les dio todas las indicaciones necesarias en Berlín. Era mucho más fácil para Holzman, que ya me conocía, saber dónde encontrarme. Ninguna persona sensata creería que Sedov viajó con un pasaporte falso de Berlín a Copenhague para traer a Holzman a mi apartamento, y dejó solos a Berman-Yurin y David, a quienes también había enviado desde Berlín y que no me conocían personalmente, sin ayuda alguna.

¿Pero quizá Sedov viajó a Copenhague ilegalmente para ver a sus padres? Esta suposición sería, a primera vista, mínimamente más probable si Sedov no hubiera viajado, algunos días después, a París de forma bastante legal con el mismo propósito, es decir, para ver a sus padres.

Pero, insisten los amigos de la GPU, ¿no podría Sedov haber hecho un segundo viaje legal con el único propósito de esconder el primer viaje ilegal? Imaginemos por un momento esta combinación concretamente. A los ojos de todos, Sedov emprende los preparativos para su viaje a Copenhague. En otras palabras, no le esconde a nadie su intención de reunirse con nosotros. Todos nuestros amigos en Copenhague saben que esperamos a nuestro hijo. Su esposa y su abogado llegan a Copenhague, y les cuentan a sus amigos del fracaso de sus esfuerzos. Ahora nos piden que creamos que, no habiendo conseguido la visa, Sedov busca un pasaporte falso y llega de forma secreta a Copenhague sin que lo sepa ninguno de nuestros amigos. Allí se reúne con Holzman en el vestíbulo de un hotel que no existe, lo lleva a una reunión conmigo sin ser visto por mis guardias, y durante mi conversación con Holzman “entra y sale de la habitación” constantemente. Después de eso, desaparece de Copenhague de la misma forma milagrosa en la que llegó. Al regresar a Berlín, obtiene una visa francesa, y el 5 de diciembre se reúne con nosotros nuevamente en París en Gare du Nord. ¿Con qué fin?

Por un lado, tenemos el testimonio de Holzman, que no tiene nada que decir sobre el pasaporte que usó para su viaje a Copenhague (la fiscalía no lo interroga, por supuesto, sobre este punto), y que, como broche de oro, señala como punto de reunión con el Sedov ausente un hotel que no existe. Por otro lado, tenemos el silencio de Berman-Yurin y David sobre Sedov, la afirmación absolutamente certera de que Olberg y Sedov se quedaron en Berlín, más de una veintena de declaraciones juradas que corroboran las declaraciones de Sedov, de su madre y las mías y, como aditamento, el sentido común, cuya autoridad no puede ser negada.

Para resumir: Sedov no estuvo en Copenhague; el testimonio de Holzman es falso. Holzman es el principal testigo de la acusación. La “semana de Copenhague” de conjunto se derrumba.

Puedo establecer una serie de argumentos que deberían despejar cualquier vestigio de duda, en caso de que todavía fuera posible que existiera alguna sobre este tema.

1.- Ninguno de mis supuestos visitantes menciona ni mi domicilio ni la sección de la ciudad donde se realizó la reunión.

2.- La pequeña casa que ocupábamos pertenecía a una bailarina que había viajado al exterior. Todos los muebles de la casa evidenciaban la profesión de la propietaria y era inevitable que llamara la atención de mis visitantes. De haberme visitado, Holzman, Berman-Yurin y David, sin duda hubieran mencionado los muebles del apartamento.

3.- Durante nuestra estadía en Copenhague circuló un rumor sobre la muerte de Zinóviev en la prensa mundial. El rumor resultó falso. Pero tuvo impacto en todos nosotros. ¿Puede uno imaginarse que mis visitantes, que vinieron a recibir instrucciones “terroristas”, no hayan oído nada de mi parte o de otros sobre la muerte de Zinóviev, o haberlo olvidado?

4.- Ninguno de mis supuestos visitantes dijo una palabra sobre mis secretarios, mis guardias, etcétera.

5.- Berman-Yurin y David no dijeron nada sobre los pasaportes que usaron para viajar, cómo me encontraron, dónde se hospedaron, etcétera.

Los jueces y la fiscalía no hicieron ninguna pregunta concreta, por temor a que un gesto imprudente hubiera podido derrumbar la endeble estructura.

El órgano del partido de gobierno danés, *Sozialdemokraten*, inmediatamente después del juicio de Zinóviev y Kámenev, el 1 de septiembre de 1936, afirmó que el Hotel Bristol, en el que se llevó a cabo la supuesta reunión entre Holzman y Sedov, fue demolido en el año 1917. La justicia de Moscú recibió esta noticia no poco importante con un profundo silencio. Uno de los abogados de la GPU, presuntamente el irremplazable Pritt, apresuró la suposición de que se trató de un error del taquígrafo al escribir el nombre “Bristol”. Si uno considera que los procesos se realizaron en Rusia, entonces es incomprensible que un taquígrafo ruso haya cometido un error con una palabra no rusa como “Bristol”. Los informes de los procedimientos judiciales cuidadosamente corregidos fueron leídos, además, por los jueces y el público, había periodistas extranjeros en el juicio. Nadie notó el “error de taquigrafía” antes de la revelación de *Sozialdemokraten*. El episodio naturalmente se hizo muy conocido. Los estalinistas se mantuvieron en silencio durante cinco meses.

Recién en febrero de este año la Comintern hizo un descubrimiento atenuante: en realidad no existía un “Hotel Bristol”, pero existe, sin embargo, una confitería llamada “Bristol”, que está junto al hotel y comparte una pared con el mismo. Este hotel se llama “Grand Hotel Copenhague”, pero es, no obstante, un hotel. Sin duda, el negocio de dulces no es un hotel; aun así, su nombre es “Bristol”. De acuerdo con Holzman, la reunión tuvo lugar en el **vestíbulo** del hotel. El negocio de dulces no tiene vestíbulo; pero, por otro lado, el hotel, que no se llama “Bristol”, sí tiene vestíbulo. A esto debe agregarse que,

como aparece incluso en las imágenes publicadas en la prensa de la Comintern, las entradas del negocio y del hotel están sobre calles diferentes. Ahora bien, ¿dónde tuvo lugar la reunión? ¿En el vestíbulo que no era del “Bristol” o en el “Bristol” sin vestíbulo?

Supongamos, no obstante, por un momento que Holzman se había confundido el negocio y el hotel al concertar la reunión con Sedov en Berlín. ¿Cómo descubrió Sedov el lugar de la reunión? Aceptemos al menos una parte de la hipótesis, y supongamos que Sedov con un ingenio inusitado, dio vuelta a la calle y encontró allí la entrada de un hotel con otro nombre y se reunió con Holzman en el vestíbulo. Pero es evidente que Holzman pudo haberse equivocado con respecto al nombre del hotel sólo **antes** de la reunión. **Durante** la reunión, el error debería haber sido aclarado y debería haber quedado plasmado mucho más nítidamente en los recuerdos de ambas partes. **Después** de la reunión, Holzman no podría en ningún caso haber hablado del vestíbulo... de la confitería “Bristol”. La hipótesis, por lo tanto, se derrumba ante el primer contacto.

Pero con el objeto de confundir aún más la situación, la prensa de la Comintern afirma que el negocio “Bristol” ha servido durante mucho tiempo como lugar de reunión de “trotskystas” daneses y aquellos que estaban de paso por el país. Existe un anacronismo obvio aquí. En noviembre de 1932 no pudimos encontrar un solo “trotskysta” en Dinamarca. Aparecieron “trotskystas” alemanes en Copenhague después del triunfo de Hitler, es decir, en el año 1933. Sin embargo, incluso si suponemos por un momento que había “no sólo había ‘trotskystas’” allí en 1932, sino que la confitería Bristol ya era utilizada por ellos, la nueva hipótesis parece carecer aun más de sentido. Vayamos al testimonio de Holzman como figura en el informe oficial:

...Sedov me dijo: “Ya que estás yendo hacia Rusia, sería bueno que vinieras conmigo a Copenhague donde está mi padre...”. Estuve de acuerdo, pero le dije que **para mantener todo en secreto no podíamos ir juntos** [destacado mío]. Acordé con Sedov estar en Copenhague entre dos y tres días, para hospedarme en el Hotel Bristol y reunirme allí con él.

Es evidente que el viejo revolucionario, que no quería hacer el viaje junto con Sedov ya que su vida corría peligro si se descubría su viaje a Copenhague, no fijaría un punto de encuentro que, según la prensa de la Comintern, “había sido durante años [¡!] el lugar de reunión de los trotskystas daneses, y aquellos que forman parte de su círculo, así como de las reuniones entre los trotskystas daneses y extranjeros”. En esta última circunstancia, que, como ya se ha dicho, es un invento absoluto, los agentes extremadamente celosos de la Comintern ven una confirmación de sus hipótesis. Según ellos, se deduce que Holzman fijó la cita en un negocio lo suficientemente conocido por los estalinistas como lugar de “reunión de trotskystas”. Un absurdo tras otro. Si el lugar en general era conocido por los “trotskystas” daneses y extranjeros, especialmente para Holzman, entonces no podría haberse confundido, en primer lugar, con el Grand Hotel Copenhague y, en segundo lugar, lo habría evitado como a la peste precisamente por su reputación “trotskysta”. ¡Así corrige esta gente el error del taquígrafo!

La comisión sabe por los documentos que presenté que Sedov no podría haber estado en la confitería “trotskysta” porque ni siquiera estaba en Copenhague. En *El libro rojo* de León Sedov, el episodio del Hotel Bristol es tratado como una curiosidad que caracteriza los métodos de trabajo extremadamente descuidados de la GPU. La atención principal se concentra en probar que Sedov estaba en Berlín en noviembre de 1932. Innumerables documentos y declaraciones juradas no dejan lugar a dudas sobre este punto. Quieren que creamos que el fantasma de Sedov llegó hasta el fantasmagórico vestíbulo de la confitería, que, con cierta demora, fue transformado en un hotel mediante la fantasía de los agentes de la GPU.

Holzman hace su supuesto viaje separado de Sedov y, naturalmente, con un pasaporte falso a fin de no dejar rastros. La entrada de extranjeros es registrada hoy en

todos los países. El testimonio de Holzman podría verificarse de inmediato si supiéramos qué pasaporte usó en su viaje de Berlín a Copenhague. ¿Puede alguien imaginar un procedimiento judicial en el que la fiscalía, en cualquier circunstancia, no interrogue al acusado sobre su pasaporte? Es sabido que Holzman negó categóricamente una conexión con la Gestapo. Más razones para que la fiscalía interrogue a Holzman quien, entonces, consiguió un pasaporte falso. Sin embargo, Vishinsky naturalmente no lo puso en cuestión para no sabotear su propia obra. Según todos los indicios, Holzman debe haber pasado la noche en Copenhague. ¿Dónde? ¿Quizás en la confitería Bristol? Vishinsky no está interesado en esta pregunta tampoco. Su función consiste en proteger a los acusados de la verificación de su propio testimonio.

Naturalmente, el error sobre el tema del Hotel Bristol desacreditó a la acusación. El error con respecto a la reunión con el Sedov ausente desacreditó doblemente el juicio. Pero lo que desacreditó más el proceso, y a Vishinsky mismo, es la circunstancia en la que este último no interrogó al acusado sobre su pasaporte, la fuente de donde lo obtuvo, o su lugar de hospedaje, aunque estas preguntas clamaban por respuestas. El silencio de Vishinsky lo expone en este caso, también, como un cómplice del montaje judicial.

### *Rádek*

En sus conclusiones finales (28 de enero), el fiscal Vishinsky dijo: “Rádek es uno de los trotskystas más sobresalientes, y para hacerle justicia, uno de los más capaces y persistentes... Es incorregible... Es uno de los hombres de mayor confianza y más íntimo con el gran jefe de esta pandilla, Trotsky”. Todos los elementos de esta caracterización son falsos, con la posible excepción de la referencia al talento de Rádek; pero incluso sobre esto es necesario agregar: **talento como periodista**. Y sólo es posible hablar de la “persistencia” de Rádek, de su “incorregibilidad” como opositor y su intimidad conmigo, como una broma torpe.

Las características sobresalientes de Rádek son, en realidad, impulsividad, inestabilidad, imposibilidad de confiar en él, una predisposición a entrar en pánico ante el primer signo de peligro y exhibir una gran locuacidad cuando todo está bien. Estas cualidades lo convierten en un Fígaro periodístico de primer nivel, un guía invaluable para turistas y corresponsales extranjeros, pero absolutamente inadecuado para el rol de conspirador. ¡Entre las personas informadas es simplemente impensable hablar de Rádek como un inspirador de intentos terroristas o como el organizador de una conspiración internacional!

Sin embargo, no es un accidente que la fiscalía le atribuya a Rádek rasgos que son directamente contradictorios con su verdadero carácter; de otra forma, sería imposible crear siquiera la semblanza de una base psicológica para la acusación. De hecho, de haber elegido a Rádek como el líder político del centro “puramente trotskysta”, de haber participado nada menos que a Rádek en mis negociaciones con Alemania y Japón, sería perfectamente evidente que Rádek debería haber sido no sólo un trotskysta “persistente” e “incorregible”, sino también uno de mis hombres “de mayor confianza e íntimo”. La caracterización de Rádek en las conclusiones finales del fiscal es un elemento indispensable del montaje judicial.

De acuerdo con el fiscal, Rádek era el “representante de asuntos exteriores” en el centro “trotskysta”. De hecho, Rádek participó de cerca en las cuestiones de política exterior, pero exclusivamente como periodista. Es verdad que en los primeros años de la revolución de octubre fue durante un tiempo miembro del Consejo de Comisariado del Pueblo de Asuntos Exteriores. Pero los diplomáticos soviéticos se quejaron ante el

politburó de que “cualquier cosa que se dijera en presencia de Rádek se esparcía por todo Moscú a la mañana siguiente”. Rádek fue rápidamente removido del consejo.

En un momento fue miembro del comité central, y como tal tenía derecho a presenciar las sesiones del politburó. Por iniciativa de Lenin, los asuntos que debían mantenerse en secreto se discutían invariablemente en ausencia de Rádek. Lenin apreciaba a Rádek como periodista, pero no toleraba su falta de moderación, su actitud ligera hacia las cuestiones serias, su cinismo.

Es imposible olvidar la apreciación sobre Rádek que hizo Lenin en el VII Congreso del Partido (1918) durante la controversia sobre el Tratado de Brest-Litovsk. En referencia al comentario de Rádek, “Lenin cede terreno para ganar tiempo”, Lenin dijo: “Respondo a lo que dijo el camarada Rádek y aprovecho la oportunidad para manifestar que por casualidad expresó un pensamiento serio”. Y continúa: “Esta vez ocurrió que el camarada Rádek hizo una afirmación realmente seria”.

Este comentario repetido dos veces expresa bien la esencia misma de la actitud no sólo de Lenin hacia Rádek, sino también de los colaboradores más cercanos de Lenin. Señalo aquí que incluso seis años después, en enero de 1924, en la conferencia del partido que se convocó poco después de la muerte de Lenin, Stalin dijo: “En la mayoría de los hombres, la cabeza controla su lengua; en el caso de Rádek, su lengua controla su cabeza”. A pesar de su dureza, estas palabras no son equivocadas. De cualquier modo, no sorprendieron a nadie, muchos menos a Rádek; estaba acostumbrado a ese tipo de evaluaciones. ¿Quién creería que puse al frente de un grandioso complot a un individuo cuya lengua controla su cabeza y que es, en consecuencia, sólo capaz de expresar ideas serias “por casualidad”?

La actitud de Rádek hacia mí atravesó dos niveles de desarrollo. En 1923, escribió loas hacia mí (“León Trotsky, el organizador de la victoria”, *Pravda*, 14 de marzo de 1923), que me sorprendieron por su tono exaltado. En los días del proceso de Moscú (21 de agosto de 1936), Rádek escribió sobre mí el más calumniador y cínico de todos sus artículos. El intervalo entre esos dos artículos se divide a mitad de camino por la capitulación de Rádek. El año 1929 fue el punto de inflexión en su vida política y en su actitud hacia mí, la historia de nuestras relaciones antes y después de 1929 pueden seguirse sin dificultad de año a año a través de artículos y cartas. En esta cuestión, como en otras, establecer los hechos básicos es refutar la acusación.

Desde 1923 hasta 1926, Rádek vaciló entre la Oposición de Izquierda en Rusia y la Oposición de Derecha en Alemania (Brandler, Thalheimer, etc.). En ese momento, de la ruptura abierta entre Stalin y Zinóviev (que comenzó en 1926), Rádek buscó en vano que la Oposición de Izquierda hiciera un bloque con Stalin. Después de eso, Rádek perteneció durante tres años (¡un período de tiempo inusual para él!) a la Oposición de Izquierda. Pero en la Oposición se mantuvo oscilando hacia la izquierda y hacia la derecha.

En agosto de 1927, al desarrollar la idea de la amenaza del termidor, Rádek escribió en sus tesis programáticas:

La tendencia hacia la degeneración termidoriana del partido y sus principales instituciones se expresa en los siguientes puntos: ... (d) en la línea de aumentar el peso del aparato del partido contra las organizaciones de base del partido, que encuentra su expresión clásica en la declaración de Stalin al pleno (agosto 1927): “Estos cuadros sólo pueden ser destituidos por medio de la guerra civil” (una declaración, que es... la fórmula clásica del golpe de estado bonapartista); (e) en la política exterior proyectada por Sokolnikov. Es necesario nombrar a estas tendencias abiertamente como termidorianismo... y decir abiertamente que encuentran su expresión completa en el comité central en su ala derecha (Ríkov, Kalinin, Vorochilov, Sokolnikov) y en parte en

el centro (Stalin). Es necesario decir abiertamente que las tendencias del termidor están creciendo...

Esta cita es importante en dos aspectos:

a. Muestra, en primer lugar, que ya en 1927 Stalin proclamó que la burocracia (“estos cuadros”) era inamovible, y pronunció que toda oposición a ellos equivalía a la guerra civil (Rádek, junto con toda la Oposición, designó esta declaración pública como una manifestación de bonapartismo).

b. Caracteriza inequívocamente a **Sokolnikov**, no como un adherente ideológico, sino como un representante del ala derecha termidoriana. Sin embargo, en el último proceso Sokolnikov figura como un miembro del centro “trotskysta”.

A finales de 1927, Rádek, junto con cientos de otros opositores, fue expulsado del partido y desterrado a Siberia. Zinóviev, Kámenev y luego Piatakov hicieron declaraciones de arrepentimiento. Para la primavera de 1928 Rádek empezó a dudar, pero trató de mantenerse firme durante cerca de un año.

El 10 de mayo, Rádek le escribe a Preobrazhensky desde Tobolsk: “Repudio a los zinovievistas y piatakovistas por dostoyevskianos. Al retractarse, violan sus propias convicciones. Es imposible ayudar a la clase obrera con mentiras. Los que se quedan deben decir la verdad”.

El 24 de junio, en respuesta a mis temores, Rádek me escribe lo siguiente: “Ninguno de nosotros propone renunciar a sus ideas. Semejante renuncia sería lo más ridículo, ya que la historia las reivindicó brillantemente”.

Para Rádek, por lo tanto, no había la menor duda de que los opositores podrían retractarse con el único propósito de congraciarse con la burocracia.

Nunca pasó por su cabeza que detrás de las renunciaciones podrían acechar designios diabólicos.

El 3 de julio, Rádek le escribió al capitulador Vardin:

Zinóviev y Kámenev han renunciado, si quieres, con el objeto de ayudar al partido, pero de hecho para lo único que tienen valor es para escribir artículos contra la Oposición. Esa es la lógica de su oposición, que el penitente debe probar su arrepentimiento.

Estas líneas arrojan cierta luz sobre los procesos venideros, en los que no sólo Zinóviev y Kámenev, sino también Rádek, deberán “probar” la honestidad de todos sus arrepentimientos previos.

En el verano de 1928, Rádek, junto con Smilga, elaboraron unas tesis políticas en las que, entre otras cosas, establecen: “Aquellos que, como Piatakov, se apresuraron a **enterrar sus pasados mediante la traición** están seriamente equivocados”. Así, Rádek se expresa sobre su futuro colaborador en el mítico “centro paralelo”. En ese mismo momento, Rádek estaba vacilando. Pero psicológicamente no era capaz de ver la capitulación de Piatakov como otra cosa que no fuera traición.

Sin embargo, la urgencia de Rádek por hacer las paces con la burocracia se había vuelto tan transparente en sus cartas que F. Dingelstedt, uno de los exiliados más prominentes de la generación más joven, estigmatizaba abiertamente las tendencias “capituladoras” de Rádek. El 8 de agosto, Rádek le contestó a Dingelstedt:

La circulación de cartas sobre mi capitulación es una muestra de ligereza, una acción que sólo puede sembrar pánico, y es indigna de un viejo revolucionario... Cuando haya reflexionado sobre el tema, cuando haya recobrado el equilibrio de sus nervios (y necesitamos nervios fuertes, ya que el exilio no es nada en comparación con lo que nos espera ver en los días por venir), entonces usted, como antiguo miembro del partido, se avergonzará de haber perdido la cabeza. Saludos comunistas, K. R.

Vale la pena señalar especialmente en esta carta el comentario de que el exilio en Siberia no es nada en comparación con lo que nos espera ver en los días por venir. Es como si Rádek previera los futuros juicios.

El 16 de septiembre, Rádek escribió a los exiliados de Kolpashev:

Stalin pide que reconozcamos nuestros “errores” y olvidemos los suyos... Esta fórmula es un pedido para que capitulemos como una tendencia especial y nuestra subordinación al centro... Con esta condición, está dispuesto a ofrecernos clemencia. No podemos aceptar esta condición [*Boletín de la Oposición*, números 5-4, septiembre de 1929].

Ese mismo día, Rádek le escribió a Vrachev en relación a los golpes recibidos por él de parte de los opositores más firmes: “La protesta no me impedirá cumplir con mi deber. Y quien sobre la base de estas críticas [las críticas de Rádek] siga balbuceando sobre prepararse para el piatakovismo sólo probará su deficiencia mental”.

Para Rádek, Piatakov todavía sigue siendo la medida de una extrema bancarrota política.

Estas solas citas, que describen el verdadero proceso de diferenciación dentro de la Oposición y la desertión de su ala inestable y oportunista al campo de la burocracia, destruyen completamente la versión de fabricación policial de las capitulaciones como un método calculado de conspiración contra el partido.

En octubre de 1928, Rádek intentó hacer un llamado al comité central para frenar o al menos suavizar la persecución de la Oposición. “A pesar del hecho de que los más viejos de nosotros hemos luchado por el comunismo durante un cuarto de siglo”, escribió desde Siberia a Moscú, “nos expulsan del partido y nos destierran como contrarrevolucionarios... sobre la base de una acusación que no nos deshonra a nosotros, sino a aquellos que la hacen” (Artículo 58 del Código Penal). Rádek enumera una serie de instancias del tratamiento cruel de los exiliados (Sibiriakov, Alsky, Khorechko) y continúa:

Pero las circunstancias alrededor de la enfermedad de Trotsky acaban con la paciencia de uno. No podemos quedarnos pasivos y en silencio mientras la malaria carcome la fuerza del luchador que sirvió toda su vida a la clase obrera y que fue la espada de la revolución de octubre.

Esa es una de las últimas declaraciones de Rádek, el opositor, y su último comentario positivo sobre mí. A principios de 1929 ya se negó a esconder sus vacilaciones. A mediados de junio, después de las negociaciones con los comités del partido y la GPU, Rádek, el capitulador, regresó a Moscú, aunque vigilado. En una de las estaciones en Siberia tuvo una conversación con los exiliados, que uno de los participantes cuenta en una carta enviada al extranjero (*Boletín de la Oposición*, número 6, octubre de 1929):

*Pregunta:* ¿Y cuál es su actitud hacia L.D. [Trotsky]?

*Rádek:* He roto definitivamente con L.D. A partir de ahora somos adversarios políticos... No tenemos nada en común con el colaborador de Lord Beaverbrook.

*Pregunta:* ¿Usted pide la abolición del artículo?

*Rádek:* ¡En absoluto! Para aquellos que vienen con nosotros será abolido en sí mismo. Pero no aboliremos el Artículo 58 para aquellos que siguen el camino de socavar al partido, que organizarán el descontento de las masas. Los agentes de la GPU no nos dejan hablar. Empujaron a Karl [Rádek] dentro del tren, lo acusan de agitar contra la deportación de Trotsky. Rádek grita desde el tren: “¿Agito contra la deportación de Trotsky? ¡Ja ja!... ¡Estoy agitando para que los camaradas regresen al partido!”. Los agentes de la GPU escucharon en silencio y empujaron a Karl dentro del tren. El expreso empezó a moverse.

De acuerdo con esta vívida narración, que pinta a Rádek de alma y cuerpo, escribí una nota editorial:

Nuestro corresponsal dice que en el “fondo [de la capitulación] hay ‘cobardía’”. Esta formulación puede parecer simplificada en extremo. Pero en esencia es correcta. Naturalmente, es una cuestión de cobardía política, la cobardía personal no necesariamente tiene que ver en este asunto, aunque bastante a menudo coinciden felizmente.

Esta caracterización está en armonía con mi apreciación de Rádek.

Un poco antes, el 14 de junio, no bien llegó el telegrama que traía noticias del “sincero arrepentimiento” de Rádek, escribí:

Al capitular, Rádek tacha su nombre de la lista de los vivos. Caerá en la categoría de los medio muertos, los medio perdonados, encabezada por Zinóviev. Esta gente teme pronunciar una sola sílaba en voz alta, teme pensar por sí misma y, por lo tanto, vive con miedo constante de su propia sombra [*Boletín de la Oposición*, números 1-2, julio de 1929]

Menos de un mes después (7 de julio), escribí en otro artículo sobre el tema de las capitulaciones: “Hablando en general, nadie ha acusado todavía a Rádek de perseverancia o de conspiración” (*Boletín de la Oposición*, número 1-2, julio de 1929).

Estas palabras parecen una réplica polémica al fiscal Vishinsky, que siete años después sería el primero en acusar a Rádek de ser “constante” y “consistente”.

A finales de julio, volví una vez más sobre el mismo tema, esta vez con una perspectiva más amplia:

La capitulación de Rádek, Smilga, Preobrazhensky, es a su manera un gran hecho político. Sobre todas las cosas, muestra cómo se ha dilapidado completamente una generación grande y heroica de revolucionarios, cuyo destino era pasar a la historia por las experiencias de la guerra y la revolución de octubre. Tres viejos y meritorios revolucionarios han tachado sus nombres de la lista de los vivos. Se han privado a sí mismos de lo más importante, el derecho a exigir confianza. No podrán recuperar esto.

Desde mediados de 1929, el nombre de Rádek se convirtió, en las filas de la Oposición, en el símbolo de las formas más degradantes de capitulación y el apuñalamiento de los viejos amigos. El ya mencionado Dingelstedt, a fin de mostrar las dificultades de Stalin más claramente, pregunta con ironía: “¿Recibirá alguna ayuda del renegado Rádek?”. Para enfatizar su desprecio por el documento de un capitulador reciente, Dingelstedt agrega: “te has abierto un camino hacia Rádek” (22 de septiembre de 1929).

Otro opositor exiliado escribe desde Siberia el 27 de octubre (*Boletín de la Oposición*, número 7, noviembre-diciembre de 1929): “El trabajo de Rádek ha adquirido un carácter excepcionalmente despreciable... No hay otra palabra para ello. Vive de intrigas mezquinas y rumores; mancilla rabiosamente su propio pasado”.

En el otoño de 1929, Rakovsky describe cómo Preobrazhensky y Rádek entraron en el camino de la capitulación: “El primero lo hizo con cierta consistencia, el segundo, como siempre, con evasivas y saltos de la extrema izquierda a la extrema derecha, y viceversa” (*Boletín de la Oposición*, número 7, noviembre-diciembre de 1929). Rakovsky observa con sarcasmo que cada capitulador, al desertar de la Oposición, se ve obligado a “patear a Trotsky” con “pezuñas radekistas”. Todas estas citas hablan por sí solas. ¡No, las capitulaciones no son una artimaña militar del “trotskysmo”!

En el verano de 1929, un antiguo miembro de mi secretariado militar, Blumkin, que estaba en Turquía en ese momento, me visitó en Constantinopla. A su regreso a Moscú, Blumkin le contó a Rádek de la reunión. Rádek lo traicionó inmediatamente. En ese momento, la GPU todavía no había hecho las acusaciones de “terrorismo”. Sin embargo, Blumkin fue fusilado, de forma secreta y sin juicio. Aquí está lo que afirmé entonces en el *Boletín*, el 25 de diciembre de 1929, en base a las cartas recibidas desde

Moscú: “Ya conocemos el balbuceo nervioso de Rádek. Ahora está absolutamente desmoralizado, como la mayoría de los capituladores... Tras perder los últimos vestigios de equilibrio moral, Rádek no se detiene ante ninguna baja”. A continuación, se llama a Rádek un “histérico vacío”. La correspondencia relata cómo fue traicionado Blumkin después de su reunión con Rádek. Desde ese momento en adelante se convirtió en la figura más despreciada por la Oposición; no fue sólo un capitulador sino un traidor.

Siete años después (me veo obligado a anticiparme) Rádek, en un artículo que exigía la muerte de Zinóviev y otros, publicado en *Izvestia* el 21 de agosto de 1936, escribió que en 1929 yo había ordenado a Blumkin “organizar incursiones en las representaciones comerciales en el extranjero para obtener dinero que [Trotsky] necesitaba para operaciones antisoviéticas”. No me detendré a discutir lo absurdo de esta “orden”: ¡las representaciones comerciales, uno se imagina, no guardan los fondos en sus oficinas, sino en bancos! Nos interesa otro aspecto de este tema: en agosto de 1936, Rádek todavía era, de acuerdo con sus palabras, un miembro del “centro trotskysta”. Durante los cuatro meses después de su arresto negó, de acuerdo con su propia declaración en el tribunal, cualquier participación en el complot; es decir, de acuerdo con la caracterización del fiscal, se mostró testarudo y como un “trotskysta” incorregible. ¿Por qué, entonces, el 21 de agosto de 1936, sin razón aparente, me atribuyó crímenes monstruosos y sin sentido a mí, el “líder” del complot? Que alguien invente una explicación que encaje en el **esquema** de Vishinsky. Por mi parte, me niego a hacer cualquier intento.

La amarga hostilidad entre Rádek y la Oposición puede seguirse año a año. Me veo obligado a limitarme a una selección de ejemplos.

Trece opositores exiliados en Kansk, Siberia, al presentar una protesta al Presídium del XVI Congreso (junio de 1930), escribieron, entre otras cosas: “El Consejo de la GPU de la URSS, basándose en información traicionera proporcionada por el renegado Karl Rádek, ha condenado al camarada Blumkin, miembro del Partido Comunista de la URSS, a la pena capital”.

Un opositor exiliado, caracterizando la degeneración política y moral de los capituladores en el *Boletín de la Oposición* (número 19, marzo de 1931), no olvidó agregar:

El que ha degenerado más rápidamente es Rádek. Los capituladores de otros grupos, no sólo entre las bases sino entre los dirigentes, se esfuerzan por dejar claro que no tienen nada en común con él ni política ni personalmente. Lo más francos dicen simplemente: “Rádek está jugando un rol repugnante y traidor” ... Transmiso [agrega el corresponsal] sólo un hecho menor, pero característico del cinismo de Rádek. En respuesta a un pedido de ayudar a un exiliado bolchevique que estaba gravemente enfermo, Rádek se negó, y agregó: “Volverá, y cuanto antes mejor”. ¡Rádek mide todo con su propia vara, sucia y mezquina!

Lo que sigue, escrito desde Moscú, se publicó en el *Boletín* el 15 de noviembre de 1931:

Todo tranquilo en el “frente” capitulador. Zinóviev está escribiendo un libro sobre la II Internacional. Políticamente, ni él ni Kámenev existen. Sobre los demás, no hay novedades. Una excepción: Rádek; empieza a jugar un “rol”. Rádek realmente dirige *Izvestia*. Se ha vuelto bastante conocido en su nuevo rol como “amigo personal de Stalin”. ¡Y no es broma! En cualquier conversación, Rádek intenta con toda su fuerza crear la impresión de que tiene una relación muy íntima con Stalin: “Ayer, cuando tomaba el té con Stalin”, etc. [*Boletín de la Oposición*, número 25-26, noviembre-diciembre de 1931].

Rádek, a diferencia de los otros capituladores, empezó a jugar cierto “rol” sólo porque con su actitud se ganó nuevamente la confianza de los gobernantes. Quisiera señalar que la correspondencia que se ha citado fue publicada precisamente cuando, de acuerdo con la acusación, yo estaba tomando las medidas necesarias para inducir a Rádek

a entrar en el camino del terrorismo. Evidentemente, estaba forzando a mi mano izquierda para que destruyera lo que hacía la derecha.

La discusión alrededor de Rádek tomó un carácter internacional. Así, la organización de la Oposición en Alemania, la Leninbund, publicó la declaración de Rádek, Smilga y Preobrazhensky, y se ofreció a imprimir mi declaración.

En octubre de 1929, respondí a la dirección de la Leninbund: “¿No es monstruoso? En mi folleto defiendo el punto de vista de la Oposición rusa. Rádek, Smilga y Preobrazhensky son renegados, enemigos acérrimos de la Oposición rusa, y Rádek no se detiene ante ninguna calumnia”. En las publicaciones de la Oposición de Izquierda de esos años pueden encontrarse, en varios idiomas, no pocos artículos y comentarios despectivos vilipendiando a Rádek.

El periodista norteamericano Max Shachtman, uno de mis compañeros de ideas, bien informado sobre las relaciones internas en la Oposición rusa, me envió desde Nueva York el 13 de marzo de 1932 varias viejas observaciones de Rádek sobre mí con el siguiente comentario:

En vistas del coro estalinista en el que Rádek canta ahora, ¿no sería interesante recordarles a los trabajadores comunistas nuevamente que hace casi doce años, antes de que la lucha contra el ‘trotskismo’ se convirtiera en un negocio redituable, Rádek cantaba una canción diferente?

Durante el juicio, Rádek declaró: “... en febrero de 1932, recibí una carta de Trotsky... Trotsky escribió que, ya que sabía que yo era una persona activa, estaba convencido de que volvería a la lucha”. Tres meses después de esta supuesta carta, el 14 de mayo de 1932, le escribí a Albert Weisbord en Nueva York: “... La degeneración ideológica y moral de Rádek testifica el hecho de que no sólo Rádek no está hecho de material de primera, sino que el régimen estalinista debe apoyarse en funcionarios despersonalizados o personas desmoralizadas”. Esa era mi verdadera apreciación de esta “persona activa”.

En mayo de 1932, el periódico liberal *Berliner Tageblatt*, en un número especial dedicado a la construcción económica de la URSS, publicó un artículo de Rádek, que por enésima vez me condenaba por mi incredulidad respecto de la posibilidad de construir el socialismo en un solo país. “Esta tesis es negada no sólo por los enemigos declarados de la Unión Soviética”, escribió Rádek, “sino también discutida por León Trotsky”. Le respondí en el *Boletín* (número 28, de julio de 1932) con una breve nota titulada: “Un tonto habla sobre un tema serio”. Permítanme recordarles que en la primavera de ese año Rádek viajó a Ginebra, donde supuestamente recibió, a través de Romm, una carta de mi parte proponiendo un exterminio lo antes posible de los dirigentes soviéticos. Resulta que confiaba misiones “serias” a un “tonto”.

Durante los años 1933-1936, mis lazos con Rádek, si alguien cree en su testimonio, se volvieron muy sólidos. Eso no le impidió revisar la historia de la revolución para interés personal de Stalin. El 21 de noviembre de 1935, tres semanas antes del “vuelo” de Piatakov a Oslo, Rádek narró en *Pravda* su entrevista con un extranjero: “Le conté cómo el camarada de armas más cercano de Lenin, Stalin, dirigió la organización de los frentes y elaboró los planes estratégicos, en base a los cuales logramos la victoria”. Así, fui completamente excluido de la historia de la guerra civil. A pesar de que el propio Rádek una vez escribió una versión diferente; ya he mencionado este artículo, “León Trotsky, el organizador de la victoria” (*Pravda*, 14 de marzo de 1923). Me veo ahora obligado a citar ese texto:

Nos hacía falta un hombre que fuera la encarnación del grito de guerra, un hombre que, subordinándose completamente a los requerimientos de la lucha, se convirtiera en el llamado a las armas, la voluntad que nos arrancara a todos la sumisión incondicional a la gran necesidad de sacrificio. Únicamente un hombre con la capacidad de trabajo de

Trotsky, tan impiadoso consigo mismo como Trotsky, que pudiera hablar a los soldados como sólo lo hacía Trotsky, solamente un hombre así podía ser el abanderado del pueblo trabajador en armas. Ha sido todo esto, en una sola persona.

En 1923 yo era “todo”; en 1935, me convertí, para Rádek, en “nada”. En la serie de artículos de 1923 Stalin no es mencionado ni siquiera una vez.

En 1935, resulta ser “el organizador de la victoria”.

Así, Rádek tiene en su poder dos historias diametralmente opuestas de la guerra civil: una del año 1923, la otra del año 1935. Ambas versiones, sin importar cuál sea la verdadera, caracterizan inequívocamente el grado de honestidad de Rádek, así como su actitud hacia mí y hacia Stalin. Aunque supuestamente ata su destino al mío mediante los lazos del complot, Rádek me difama y me denigra incansablemente. Por otro lado, habiendo decidido asesinar a Stalin, lustra extasiado sus botas durante siete años.

Pero esto no es todo. En enero de 1935, Zinóviev, Kámenev y otros fueron sentenciados, en relación con el asesinato de Kírov, a algunos años de prisión. Durante el juicio confesaron el deseo de “restaurar el capitalismo”. En el *Boletín de la Oposición* estigmaticé esta autoacusación como un montaje grosero y sin sentido. ¿Quién se apresuró a defender a Vishinsky? ¡Rádek! “No es cuestión de si el capitalismo es el ideal de los señores Trotsky y Zinóviev”, escribió en *Pravda*, “sino si el socialismo es posible en nuestro país...”, etc. Respondí en el *Boletín* (número 43, abril de 1935): “Rádek dice impulsivamente que Zinóviev y Kámenev no participaron de ningún complot con el fin de restablecer el capitalismo, contrariamente a lo que afirma vergonzosamente la declaración oficial, sino simplemente que rechazaron la teoría del socialismo en un solo país”.

El artículo de Rádek de enero de 1935, al entrar como un eslabón lógico en la cadena de calumnias contra la Oposición, preparó el camino para su artículo de agosto de 1936: “La banda fascista trotskysta-zinovievista, y su Hetman, Trotsky”. Este artículo, a su vez, no era más que un prelude del testimonio judicial de Rádek en enero de 1937. Cada paso superaba al precedente. Es precisamente por eso que absolutamente nadie creía que Rádek sólo sería un testigo en el juicio para la fiscalía. Para que su testimonio en mi contra tuviera algún peso, era necesario transformar a Rádek en un acusado, hacer pender sobre él la espada de Damocles de la pena de muerte. La forma en que Rádek fue transformado en acusado es una cuestión especial que, en esencia, pertenece al terreno de la técnica inquisitoria. Es suficiente para nosotros que Rádek se haya sentado en el banquillo de los acusados, no como mi compañero de ideas, colaborador y amigo de años, sino como un viejo capitulador, el que traicionó a Blumkin, el agente desmoralizado de Stalin y la GPU, como el más pérfido de todos mis enemigos.

En este punto podríamos anticiparnos a preguntar: ¿cómo pudo el gobierno, a la luz de estos hechos y documentos, presentar a Rádek como el líder de un complot “trotskysta”?

Esta pregunta, sin embargo, no se relaciona con Rádek mismo, sino con el proceso de conjunto. Rádek es transformado en un “trotskysta” mediante los mismos métodos que me transformaron a mí en un aliado del Mikado, y por los mismos motivos políticos. A la pregunta planteada anteriormente, una respuesta breve podría ser la siguiente: 1. el sistema de “confesiones” sólo era apropiado para capituladores que habían pasado por la escuela de la retractación y la autodenigración; 2. los organizadores del juicio no pudieron encontrar un mejor candidato para el rol asignado a Rádek; 3. el cálculo de los organizadores se construye sobre el efecto sumario de las confesiones y ejecuciones públicas, cuyo objeto era ahogar toda crítica. Ese es el método de Stalin. Ese es el actual sistema político en la URSS. El caso de Rádek es sólo el ejemplo más impactante.

## *Vladimir Romm, “Testigo”*

Todo el tejido del juicio está podrido. Vamos a ver esto en el testimonio de Vladimir Romm, uno de los testigos más importantes, que, además, fue llevado al tribunal bajo custodia. Si dejamos de lado el vuelo de Piatakov a Oslo en el mítico avión, Romm, de acuerdo con el diseño de la acusación, sirve de nexo conector entre el “centro paralelo” (Piatakov-Rádek-Sokolnikov-Serebriakov) y yo. A través de Romm supuestamente se enviaban las cartas mías a Rádek, de Rádek para mí. Romm, supuestamente, conocía personalmente, no sólo a León Sedov, mi hijo, sino también a mí. ¿Quién es este testigo? ¿Qué hizo y qué vio? ¿Cuáles son los motivos detrás de su participación en la conspiración? Escuchémoslo más atentamente.

Romm es, por supuesto, un “trotskysta”. Sin trotskystas especialmente señalados por la GPU, nunca hubiera habido ninguna “conspiración trotskysta”. Tendríamos que estar interesados en saber, sin embargo, la fecha exacta de la adhesión de Romm a los “trotskystas”, concediendo que haya adherido alguna vez. Pero incluso sobre esta primera, y parecería, no poco importante cuestión, recibimos una respuesta muy sospechosa:

*Vishinsky:* ¿Cuál era su relación con Rádek en el pasado?

*Romm:* Al principio, lo conocí por medio de un trabajo literario y después, en 1926-1927, estuve relacionado con él en el trabajo antipartidario de los trotskystas.

¡Y así termina el principal interrogatorio de Vishinsky! Lo que llama la atención primero que nada es la forma de expresión. El testigo no hace referencia a su actividad opositora; no pronuncia una sola palabra para caracterizar su contenido; no, inmediatamente utiliza una calificación criminal: “trabajo antipartidario de los trotskystas”, y nada más. Romm simplemente entrega al tribunal, en formato listo para usar, la fórmula requerida para el informe de los expedientes judiciales. Así se comportan todos los acusados y testigos disciplinados durante los juicios de Stalin-Vishinsky; los indisciplinados son fusilados antes del juicio. Al reconocer los servicios prestados, el fiscal se abstiene de avergonzar al testigo con preguntas sobre las circunstancias bajo las cuales se unió a la Oposición y la forma en la que se expresaba el trabajo “antipartido”. La regla fundamental de Vishinsky es: ¡no pondrás a los acusados y los testigos en una posición embarazosa! Pero incluso sin la ayuda del fiscal no es difícil concluir que, en su primera declaración, Romm está diciendo algo que no es verdad. Los años 1926-1927 comprenden un período en el que la actividad de la Oposición tuvo su mayor extensión. Se elaboró e imprimió la extensa [plataforma de la Oposición](#)<sup>3</sup>; en el partido había una discusión acalorada; se realizaban grandes reuniones de la Oposición, a las que asistían decenas de miles de trabajadores sólo en Moscú y Leningrado; finalmente, la Oposición participó en la movilización de noviembre con sus propias banderas y consignas. Si Romm ya pertenecía a la Oposición durante ese período, ya debería haberse conectado con varios individuos. Pero no; cuidadosamente sólo nombra a Rádek. Mientras Troyanovsky le aseguraba a todo el mundo en Nueva York que Romm “realmente” era “trotskysta”, el informe textual del juicio refutaba definitivamente la falsa declaración del diplomático. Rádek dice sobre Romm: “Conocía a Romm desde 1925. No era un colaborador en el sentido estricto, pero estaba con nosotros en la cuestión china”. Esto significa, en otras palabras, que Romm se mantenía alejado de la Oposición en las demás cuestiones. Entonces, este hombre que, incluso de acuerdo con el testimonio de Rádek,

---

<sup>3</sup> Ver en estas mismas [Ediciones Internacionales Sedov](#): “[Plataforma de la Oposición Conjunta](#)”.

sólo lo acompañaba episódicamente en la cuestión china (1927), es arrastrado a la luz del día como un... ¡terrorista!

¿Por qué le tocó a Romm el papel de contacto? Debido a su profesión de corresponsal extranjero viajaba a Ginebra, París, Estados Unidos y, en consecuencia, poseía los medios técnicos para cumplir con la tarea que le fue impuesta de forma retroactiva por la GPU. Y puesto que después de las decenas de purgas a las que fueron sometidas todas las delegaciones extranjeras e instituciones de la Unión Soviética desde finales de 1927, era imposible encontrar, incluso con una linterna, algún “trotskysta” o al menos un capitulador en el extranjero, Yezhov se vio obligado a señalar a Romm como “trotskysta”, mientras que Vishinsky tuvo que contentarse en silencio con la respuesta de Romm sobre la conexión “antipartidaria” con Rádek en 1926-1927.

Pero, ¿qué hizo Romm después de 1927? ¿Rompió con la Oposición o se mantuvo leal a ésta? ¿Se retractó o no tenía nada de qué retractarse? Ni una palabra sobre todo esto. Al fiscal no le interesa la psicología política sino la geografía.

*Vishinsky:* ¿Estuvo alguna vez en Ginebra?

*Romm:* Sí, fui corresponsal de TASS en Ginebra, también en París. En Ginebra, de 1930 a 1934.

¿Leyó Romm el *Boletín de la Oposición* durante los años que vivió en el extranjero? ¿Contribuyó con fondos? ¿Hizo el mínimo intento de contactarse conmigo personalmente? Sobre todo esto, ni una palabra. Aunque no hubiera sido demasiado trabajo escribirme una carta desde Ginebra o París. Para hacerlo, sólo se necesitaba estar interesado en la Oposición, y en mi actividad en particular. Romm no hace ninguna referencia a tal interés de su parte, y el fiscal naturalmente no lo interroga sobre esto. Luego, Romm terminó en 1927 su trabajo “antipartidario”, que sólo conocía Rádek, es decir, si admitimos por un momento que alguna vez empezó. Debe tenerse en mente que no es costumbre enviar a un extraño cualquiera como corresponsal de TASS a Ginebra o París. La GPU elige cuidadosamente a los individuos, y, al mismo tiempo, se asegura de su total disposición a cooperar. No es de extrañar, entonces, que Romm, mientras estuvo en el extranjero, no haya evidenciado el más mínimo interés “oposicionista” en mí o en mi actividad.

Pero Vishinsky necesita con urgencia un contacto entre Rádek y yo. No hay mejor candidato. Es por eso que repentinamente resulta que, en el verano de 1931, mientras pasaba por Berlín, Romm conoció a Putna, quien le ofreció “ponerlo en contacto con” Sedov. ¿Quién es Putna? Un importante oficial del estado mayor, que participó en la guerra civil, y después fue agregado militar en Londres. Durante un cierto período, Putna, como me enteré incluso antes de mi exilio en Asia Central (1928), realmente simpatizaba con la Oposición, y quizás incluso participaba. Tuve muy pocas oportunidades de conocerlo personalmente, y fue sólo por asuntos militares. Nunca tuve una discusión con él sobre temas de la Oposición. No sé si después fue obligado a arrepentirse oficialmente. De cualquier modo, cuando leí en Prinkipo sobre la designación de Putna al importante puesto de agregado militar en Londres, llegué a la conclusión de que se había vuelto absolutamente confiable para las autoridades. En tales circunstancias, ni yo ni mi hijo podríamos haber tenido ninguna conexión con Putna en el extranjero. Me entero, sin embargo, por el informe de los expedientes judiciales, entre otras cosas extraordinarias, de que no fue otro que Putna quien se ofreció a poner a Romm “en contacto con” Sedov. ¿Con qué fin? Romm ni siquiera se molestó en preguntar. Simplemente aceptó la oferta de Putna, con quien no había tenido contacto político previo... En ningún momento menciona ninguno. Así, después de un lapso de cuatro años, Romm, por razones desconocidas, acepta reanudar su “trabajo trotskysta antipartidario”. Fiel a su sistema, no se refiere, en el tribunal, más que con una sola palabra a sus motivaciones políticas.

¿Quería tomar el poder? ¿Estaba luchando por restaurar el capitalismo? ¿Estaba consumido por el odio hacia Stalin? ¿Fue seducido por la conexión con el fascismo? ¿O estaba simplemente guiado por su vieja amistad con Rádek, que por cierto se las había ingeniado para arrepentirse, y que ya había estado maldiciendo a la Oposición por los todos los medios durante más de dos años? El fiscal, por supuesto, no molesta al testigo con preguntas desconcertantes. No es tarea de Romm poseer una psicología política. Su tarea es efectivizar una conexión entre Rádek y Trotsky y, de paso, comprometer a Putna, que al mismo tiempo era entrenado en la prisión de la GPU para futuras “confesiones”.

“Me reuní con Sedov”, continúa Romm, “y en respuesta a su pregunta sobre si estaba preparado, si fuera necesario [¡!], para servir como nexos con Rádek, estuve de acuerdo...”. Al responder, Romm da su consentimiento, sin explicar sus motivaciones. Sin embargo, Romm no podría haber sabido que por haberse reunido conmigo en 1929 en Estambul, y por haber intentado llevar una carta mía para mis amigos en Rusia, Blumkin fue fusilado. Esta carta, por cierto, está en este preciso momento en los archivos de la GPU, pero todo esto está tan extremadamente adaptado a los objetivos de Vishinsky y Stalin que no contemplaron siquiera la idea de publicarla. En cualquier caso, de haberse aventurado a asumir la misión de contacto después del fusilamiento de Blumkin, Romm debe haber sido un abnegado y heroico opositor. ¿Por qué guardó silencio durante cuatro años? ¿Por qué esperó un encuentro casual con Putna, y por qué esperó a que lo “pongan en contacto” con Sedov? ¿Y por qué, por otro lado, bastó una sola reunión para que Romm asumiera, allí mismo, sin ninguna objeción, esta tarea extremadamente peligrosa? No hay un solo elemento de psicología humana en este juicio. Los testigos, al igual que los acusados, sólo cuentan aquellas “acciones” que necesita el fiscal Vishinsky. La conexión entre las “acciones” ficticias está dada, no por las ideas y los sentimientos de seres vivos, sino por un patrón establecido *a priori* por la acusación.

En la primavera del año siguiente, cuando Rádek llegó a Ginebra, Romm “le entregó la carta de Trotsky que yo [Romm] había recibido de Sedov no mucho antes en París”. Entonces, en la primavera de 1931, Sedov hipotéticamente había planteado la cuestión de contactarse con Rádek, “si fuera necesario”. ¿Previó quizá Sedov la llegada de Rádek a Ginebra? Obviamente no, porque en el verano de 1931 Rádek mismo no podría haber previsto su propio viaje. Para bien o para mal, tres cuartos de año después de una conversación en Berlín, Sedov tuvo la oportunidad de aprovechar una promesa de Romm. Pero, ¿qué sucedió en los recovecos de la mente de Romm en el intervalo entre el verano de 1931, cuando empezó su participación en la “conspiración”, y la primavera de 1932, cuando dio los primeros pasos prácticos? ¿Intentó, siquiera entonces, establecer contacto conmigo? ¿Se interesó en mis libros, publicaciones y amigos? ¿Tuvo discusiones políticas con Sedov? Nada de eso. Romm simplemente asumió una misión menor que bien pudo haberle costado su cabeza. Lo demás no le interesaba. ¿Romm se parece en algo a un verdadero trotskysta? Dificilmente; de hecho, él y los **agentes provocadores** de la GPU se parecen tanto como las gotas de agua entre sí, si es que... si es que realmente cometió los actos que describe. De hecho, todos estos actos fueron pensados de forma retroactiva. Vamos a tener muchas oportunidades de ver esto.

¿En qué circunstancias le entregó Sedov a Romm una carta dirigida a Rádek, en la primavera de 1932? La respuesta a esta pregunta es realmente destacable: “Unos días antes de mi partida hacia Ginebra”, dice Romm, “mientras estaba en París, recibí una carta enviada desde París mismo, con una breve nota de Sedov pidiéndome que llevara la carta en sobre cerrado a Rádek” entonces, unos nueve o diez meses después de su primera y única reunión con Romm... ¿cuántas retractaciones, traiciones y provocaciones hubo durante estos mismos meses!... Sedov, sin más verificación, envía a Romm una carta conspirativa. A fin de agregar un segundo elemento de confusión, usa los servicios del

“correo de la ciudad”. ¿Por qué no en mano? Vishinsky naturalmente se abstiene de plantear esta delicada pregunta. Pero nosotros, por nuestra parte, tenemos una explicación. Ni la GPU ni Vishinsky ni, en consecuencia, Romm, conocen con certeza el domicilio de Sedov en la primavera de 1932, en Berlín o en París. ¿Se concertó la cita en el Tiergarten? ¿Eligieron Montparnasse como lugar de reunión? No; lo más seguro es navegar alrededor de un arrecife submarino. Sin duda, una carta enviada por el correo de la ciudad de alguna forma sugiere que Sedov estaba en París. Pero “si fuera necesario”, siempre será posible decir que Sedov envió la carta desde Berlín a algún agente de él en París, y que fue en realidad este último quien utilizó el correo de la ciudad para entregar la carta a Romm. ¡Qué descuidados, qué impotentes son estos conspiradores “trotskystas”! ¿Pero era posible que Trotsky haya escrito su carta en código y con tinta invisible? Escuchemos al testigo sobre este punto:

*Romm:* Llevé esta carta conmigo a Ginebra y se la entregué a Rádek cuando lo vi...

*Vishinsky:* ¿Leyó Rádek la carta en su presencia o después de que usted se había retirado?

*Romm:* Le echó un vistazo rápido en mi presencia y la guardó en el bolsillo.

¡Qué detalle inimitable! Rádek no se tragó la carta, no la arrojó al desagüe, y no la entregó al Secretariado de la Liga de las Naciones, sino sin mucha alharaca “la guardó en su bolsillo”. Todas las confesiones abundan en lugares comunes tan “concretos”, de los que el más incompetente escritor de historias de detectives se avergonzaría. De cualquier modo, sabemos que Rádek “le echó un vistazo” rápidamente en presencia de Romm. Es imposible “echar un vistazo” rápidamente, allí mismo, en presencia de un intermediario, a una carta escrita en código, más en el caso de una carta escrita con tinta invisible. En consecuencia, la carta, enviada por el correo de la ciudad, debe haber estado escrita de la misma forma que un saludo de cumpleaños.

Pero quizás esta primera carta al menos no contenía ningún secreto en particular. Veamos:

*Vishinsky:* ¿Qué le dijo Rádek sobre el contenido de esa carta?

*Romm:* Que contenía instrucciones sobre la unión con los zinovievistas, sobre la adopción de métodos terroristas contra los dirigentes del Partido Comunista de la Unión Soviética, en primer lugar, contra Stalin y Vorochilov.

Percibimos que la comunicación no era para nada inocente en el contenido. “Contenía instrucciones” para asesinar, en principio a Stalin y Vorochilov, y después a todos los demás. Era precisamente esa pequeña carta la que Sedov supuestamente envió por el correo de la ciudad a Romm, a quien casi no conocía, diez meses después de su primera y única reunión con él. Nuestra perplejidad, sin embargo, no termina aquí. Vishinsky, tal como hemos oído, le pregunta directamente al testigo: “¿Qué le dijo Rádek sobre el contenido de esa carta?” ¡Es como si Rádek estuviera **obligado** a decirle el contenido de una carta ultrasecreta a un contacto cualquiera! La regla conspirativa más elemental dice que cada participante en una organización ilegal debe ser informado sólo sobre lo que se relaciona directamente con su deber personal. En la medida que Romm permaneciera fuera del país, y no estuviera, obviamente, comprometido en los preparativos para asesinar a Stalin, Vorochilov o alguno de los otros (de cualquier modo, él mismo no dice nada de sus intenciones), Rádek, si estaba en sus cabales, no tenía ningún fundamento para informar a Romm sobre el contenido de la carta. No había fundamentos, desde el punto de vista de un opositor, un conspirador, o un terrorista. Pero la cuestión aparece de forma completamente diferente cuando se lo ve desde el punto de vista de la GPU. De no haberle dicho nada Rádek a Romm sobre la carta, Romm no podría haber revelado la directiva terrorista de Trotsky, y todo su testimonio sobre el

asunto hubiera carecido de sentido. Ya sabemos que los testigos, así como el acusado, declaran no sobre lo que se deriva de la naturaleza de sus actividades conspirativas y de su psicología individual, sino sobre lo que es necesario para el señor fiscal, a quien la naturaleza ha dotado con un cerebro perezoso.

Además, el acusado y los testigos tienen instrucción de preocuparse por la verosimilitud del informe de los expedientes judiciales.

¿Qué le pasó, se preguntará el lector, al corresponsal de TASS cuando repentinamente oyó la directiva de Trotsky de aniquilar con la mayor rapidez imaginable a los “dirigentes” de la Unión Soviética? ¿Se paralizó del horror? ¿Dio muestras de indignación? O, al contrario, ¿entró en estado de exaltación? Ni una palabra sobre esto. No se exige psicología a los testigos o a los acusados. Romm “casualmente” le entrega a la carta a Rádek. Rádek “casualmente” le informó sobre la orden terrorista. “Luego Rádek se fue a Moscú y no lo vio hasta el otoño de 1932”. ¡Eso es todo! Simplemente volvieron a sus tareas de rutina. Pero sobre este punto, Rádek, perturbado por lo vívido del diálogo, corrige incautamente a Romm: “En la primera carta de Trotsky”, dijo, “los nombres de Stalin y Vorochilov no se mencionaban, ya que nunca mencionábamos nombres en nuestras cartas”. Para la correspondencia conmigo, parece que en ese tiempo Rádek no usaba siquiera un código. “Trotsky”, insiste, “no podría haber mencionado los nombres de Stalin y Vorochilov...”. Preguntamos: ¿cómo dio Romm con esos nombres? Y si inventó una “minucia” tal como poner los nombres de Stalin y Vorochilov como las primeras víctimas del terrorismo, ¿quizás inventó, entonces, toda la carta? Al fiscal esto no le preocupa para nada.

En el otoño de 1932, Romm vino a Moscú en un viaje oficial y se reunió con Rádek, que aprovechó la ocasión para informarle que “siguiendo las órdenes de Trotsky, se había organizado un **bloque** trotskysta-zinovievista, pero que él y Piatakov no se habían unido al centro”. Una vez más percibimos que Rádek casi no puede esperar a que se presente la ocasión de revelarle a Romm el secreto más importante, nada contradictorio con la superficialidad y la locuacidad altruista que son tan naturales en él, pero más bien al servicio del objetivo supremo: la necesidad de ayudar al fiscal Vishinsky a cubrir las lagunas en las confesiones de Zinóviev, Kámenev y otros. De hecho, nadie ha podido comprender hasta hoy cómo y por qué Rádek y Piatakov, quienes ya habían sido desenmascarados como “cómplices” por el acusado durante la investigación preliminar en el caso de los dieciséis, no fueron llevados a juicio en el momento adecuado. Nadie ha podido comprender cómo es que Zinóviev, Kámenev, Smirnov y Mrachkovsky no sabían nada de los planes internacionales de Rádek y Piatakov (acelerar la guerra, desmembrar la URSS, etc.). La gente, no sin algo de perspicacia, ha considerado que estos planes grandiosos, así como la idea misma del “centro paralelo”, fueron creados en la GPU después del fusilamiento de los dieciséis, con el fin de apuntalar una falsificación con otra más. Resultó de otra forma. Rádek, con bastante anticipación, en el otoño de 1932, le había dicho a Romm que el centro trotskysta-zinovievista ya se había formado pero que él (Rádek) y Piatakov no se habían unido a este centro, salvándose del “centro paralelo en el que predominaban los trotskystas”. De esta forma, la parlanchinería de Rádek es providencial. Esto no significa, sin embargo, que Rádek realmente haya hablado con Romm sobre el centro paralelo en el otoño de 1932, como si pronosticara las preocupaciones que acosarían a Vishinsky en 1937. No; el problema es mucho más simple. En 1937, Rádek y Romm, bajo la supervisión de la GPU, construyeron de forma retroactiva el esquema de los acontecimientos de 1932. Y, a decir verdad, lo construyeron bastante pobremente.

Mientras le cuenta a Romm sobre los centros principal y paralelo, Rádek no deja pasar la oportunidad de agregar, allí mismo, que “quería recibir órdenes de Trotsky sobre

este tema”. De no lograrlo, el testimonio de Romm no hubiera tenido verdadero valor. “Siguiendo las órdenes de Trotsky”, se había formado el centro terrorista. Las órdenes de Trotsky son ahora indispensables para la formación del centro paralelo. Esta gente es incapaz de dar un paso sin Trotsky o, más bien, buscan informar al universo, mediante todos los medios posibles, que todos los crímenes son cometidos sólo siguiendo las órdenes de Trotsky.

Aprovechando el viaje de Romm, Rádek, naturalmente, escribió una carta para Trotsky.

*Vishinsky:* ¿Qué decía esa carta? ¿Lo sabe?

*Romm:* Sí, porque me entregaron la carta, y luego [¡!] fue escondida en la cubierta de un libro alemán antes de mi partida a Ginebra...

El fiscal no tiene dudas por anticipado sobre la familiaridad de Romm con el contenido de la carta. ¡Después de todo, es precisamente por esta razón que el desgraciado corresponsal se ha convertido en un testigo! Sin embargo, hay más docilidad que sentido en la respuesta de Romm. La carta fue “entregada” a él, y después puesta en la cubierta de un libro alemán. ¿Qué significa “entregada” en este contexto? ¿Y quién la pone en la cubierta de un libro?

Si Rádek simplemente hubiera escondido la carta en la tapa y le hubiera dicho a Romm que entregue el libro a su destino, como hacían siempre los revolucionarios familiarizados con el ABC de la conspiración, entonces Romm no hubiera dicho nada al tribunal excepto que él había llevado un “libro alemán” a tal domicilio. Esto naturalmente no es suficiente para Vishinsky. De ahí que la carta primero fuera “entregada” a Romm, ¿para que pudiera leerla?, y luego insertada en la cubierta para que el fiscal no tuviera la necesidad de torturar más sus facultades. De esta forma, la humanidad se enteró sin muchos problemas de que Rádek le escribió a Trotsky, no sobre el análisis de los espectros sino sobre el centro terrorista.

En su paso por Berlín, Romm envió el libro por encomienda a un domicilio que Sedov le había dado, “poste restante” [lista de correos] en una de las oficinas de correo de Berlín”. Estos caballeros se han quemado los dedos durante el juicio de los dieciséis, y por lo tanto actúan con cuidado. Romm no fue personalmente a ver a Sedov ni a ningún individuo designado por Sedov, ya que hubiera sido necesario establecer el nombre y domicilio de este último, y eso era demasiado riesgoso. Tampoco Romm envió el libro al domicilio de algún alemán conectado con Sedov. Tal procedimiento, sin duda, habría estado en total concordancia con la tradición conspirativa: pero en ese caso, lamento decirlo, uno debe conocer el nombre y la dirección del alemán. Es, por lo tanto, mucho más cauteloso (no desde el punto de vista de la conspiración, sino desde el punto de vista de la falsificación) enviar el libro, “poste restante”, a una de las oficinas de correo de Berlín”. La siguiente reunión de Romm con Sedov se realizó “en julio de 1933”. Tomemos nota de esta fecha. Nos estamos acercando al punto central del testimonio. Y también aquí estoy llamado a aparecer en escena.

*Vishinsky:* ¿Cuál fue la ocasión, dónde y cómo se reunió con él nuevamente?

*Romm:* En París. Había llegado de Ginebra y unos días después Sedov me llamó por teléfono...

Sigue sin saberse cómo se enteró Sedov de la llegada de Romm. A primera vista, este comentario parece capcioso. De hecho, nos revela una vez más el sistema de la evasiva cobarde. A fin de haber informado a Sedov de su llegada, Romm tenía que conocer el domicilio y el teléfono. Romm no sabía ninguna de las dos cosas. Es más seguro dejar a Sedov la iniciativa. Romm conoce, en cualquier caso, su propio domicilio. Sedov hizo una cita para reunirse en un café en el Boulevard Montparnasse, y dijo que “quería arreglar para que yo [Romm] me reuniera con Trotsky”. Sabemos que Romm,

aunque arriesgó con devoción su vida como contacto, no había demostrado, hasta este momento, el menor deseo de conocerme o entablar correspondencia conmigo. Pero en respuesta a la propuesta de Sedov, aceptó inmediatamente. Exactamente de la misma forma, dos años antes se reunió con Sedov por propuesta de Putna. Exactamente de la misma forma, aceptó enviar las cartas a Rádek en el mismo momento en que Sedov abrió la boca. La función de Romm es aceptar todo, pero no mostrar iniciativa para nada.

Obviamente ha acordado con la GPU este “mínimo” de actividad criminal, con la esperanza de así salvar su vida. Si se salvará o no, esa es otra cuestión.

Unos días después de la primera llamada telefónica, Sedov se reunió con Romm “en el mismo café”. Por precaución, el café no es nombrado. ¡Supongan que repentinamente resulta que el café se había quemado la víspera de la reunión! El incidente con el Hotel Bristol en Copenhague ha sido bien asimilado por esta gente. Desde allí [el café sin nombre] fuimos hasta el Bois de Boulogne, donde me reuní con Trotsky.

*Vishinsky:* ¿Cuándo fue eso?

*Romm:* A fines de julio de 1933.

Seguramente. ¡Vishinsky no podría haber hecho una pregunta más inoportuna! Romm, sin duda, ya había asignado este episodio a julio de 1933. Pero podría haberse equivocado, o podría haber matizado su declaración. Lo podrían haber fusilado, y luego podrían haberle confiado a algún señor del estilo de Pritt la rectificación del error. Pero, ante la insistencia del fiscal, Romm repite y establece más explícitamente que la reunión se realizó “a fines de julio”. ¡Aquí, Vishinsky se olvida de la precaución! Romm especificó una fecha verdaderamente fatal, que entierra por sí sola no sólo la evidencia de Romm, sino todo el proceso. Debo, sin embargo, pedirle a la comisión que sea indulgente. Vamos a abordar brevemente este error cronológico fatal y su fuente. Pero antes de hacerlo, investiguemos un poco más el diálogo que hubo en el juicio o, más bien, el dueto.

La reunión de Romm conmigo en el Bois de Boulogne (la primera vez que lo veía en mi vida, como surge de su propia historia) debería haber dejado, parece, una imagen impresa en su memoria. Pero no lo oímos decir nada, ni sobre el primer momento en que nos conocimos, sus primeras impresiones, o el curso de la conversación. ¿Caminamos por la arboleda? ¿Nos sentamos sobre un banco? ¿Estaba fumando un cigarrillo, un cigarro o una pipa? ¿Cómo lucía yo? No hay una sola huella viva, ni una experiencia subjetiva, una sola impresión visual. Trotsky en una arboleda del Bois de Boulogne es para Romm un fantasma, una abstracción, un títere de los archivos de la GPU. Romm sólo señala que la conversión duró “veinte o veinticinco minutos”.

*Vishinsky:* ¿Con qué propósito se reunió Trotsky con usted?

*Romm:* Hasta donde pude entender [¡!], para confirmar verbalmente las instrucciones que contenía la carta que yo estaba llevando a Moscú.

¡Qué palabras tan notables estas: “hasta donde pude entender”! El propósito de la reunión era, aparentemente, tan indeterminada que Romm sólo puede adivinarlo y, de hecho, sólo en retrospectiva. Claro está, después de que le hubiera escrito a Rádek una carta llena de instrucciones rituales sobre aniquilar a los dirigentes, actividades de sabotaje, etc., no podría haber tenido ninguna razón para conversar con un hombre a quien no conocía, que hacía de contacto. Hay casos donde las directivas orales son confirmadas por carta. Hay casos en los que las directivas que se dan a un subordinado son confirmadas mediante una persona de autoridad. Pero es absolutamente incomprensible por qué debería haber confirmado oralmente aquellas directivas que había comunicado por carta a Rádek... a través de Romm, que no era una autoridad para nadie. Pero mientras ese comportamiento es incomprensible desde el punto de vista de un conspirador, la situación se transforma inmediatamente si tomamos en cuenta los intereses del fiscal. De no haberse reunido conmigo, Romm sólo hubiera podido declarar que había llevado a Rádek una

carta escondida en la cubierta de un libro. ¿Hubiera sido posible que la carta no fuera siquiera mía? ¿Incluso podría no haber existido una carta? Con el fin de no poner a Romm en una situación difícil, yo, en lugar de enviar un libro a Rádek a través de un contacto, un intermediario invulnerable, digamos, un francés, como hubiera hecho un conspirador de más de quince años de edad, yo, que pasé los cincuenta, tomé la dirección diametralmente opuesta, a saber: no sólo involucré a mi hijo en la operación, que hubiera sido en sí el más burdo error, sino que aparecí en persona para consumir la ejecución, para grabar en la cabeza de Romm, durante veinte o veinticinco minutos, su futuro testimonio en el juicio. La metodología del montaje no se caracteriza por su refinamiento.

Durante la conversación, declaré, por supuesto, que

estuve de acuerdo con la idea de un centro paralelo, pero sólo bajo la condición esencial de que se mantuviera el **bloque** con los zinovievistas y también con la condición de que el centro paralelo se comprometiera, no pasiva, sino activamente en reunir alrededor de sí los cuadros más firmes.

¡Qué ideas tan profundas y fructíferas! No podría, por supuesto, haber dejado de pedir “que se mantuviera el **bloque** con los zinovievistas”, ya que de otra forma Stalin no hubiera tenido la posibilidad de fusilar a Zinóviev, Kámenev, Smirnov y los demás. Pero también aprobé la formación del centro paralelo, para darle a Stalin la oportunidad de fusilar a Piatakov, Serebriakov y Murálov. Pasando a la cuestión de la necesidad de aplicar no sólo el terrorismo, sino también actividades de sabotaje en la industria, recomendé no reparar en víctimas humanas. En respuesta, Romm se declaró “algo perplejo” porque, después de todo, ¿esto “socavaría la capacidad de defensa del país!”... Entonces, en el Bois de Boulogne, supuestamente revelé mis pensamientos más íntimos a un muchacho desconocido que ni siquiera comparte mi posición “derrotista”. ¡Y todo esto en base al hecho de que, en 1927, Romm supuestamente estuvo de acuerdo con Rádek “en la cuestión china”!

El veloz Romm, por supuesto, llevó a su destino la carta que nunca se escribió, y le contó a Rádek sobre su conversación imaginaria conmigo, de tal forma de permitirle a Vishinsky basarse al menos en dos testimonios. A finales de septiembre de 1933, Rádek le confió a Romm su respuesta. Esta vez, Romm no tiene nada que decir sobre el contenido de la carta. No hay, casualmente, ninguna necesidad de saberlo, ya que todas las cartas de este juicio son como los exorcismos de los brujos siberianos. Romm entregó el libro que contenía la carta a Sedov “en París en noviembre de 1933”. Su siguiente reunión tuvo lugar en abril de 1934, una vez más en el Bois de Boulogne. Romm llegó con la noticia de que pronto sería enviado a Estados Unidos. Sedov “lamentó esto”, pero le solicitó que pidiera a Rádek un “informe detallado sobre la situación...”.

*Vishinsky:* ¿Le dio el mensaje?

*Romm:* Sí...

¿Cómo podría Romm no transmitir el mensaje? En mayo de 1934, le entregó a Sedov en París un diccionario técnico anglo-ruso (¡qué detalle!) que contenía “un informe detallado del centro activo, así como del centro paralelo...”. ¡Tengamos en cuenta esta admirable circunstancia! Ninguno de los dieciséis acusados, desde Zinóviev hasta Reingold, que sabía todo y “delataba” a todos, sabía nada de la existencia del centro paralelo, en agosto de 1936. Por otro lado, Romm, ya desde el otoño de 1932, fue informado sobre la idea del centro paralelo y su futura realización. No menos destacable es el hecho de que Rádek, que no pertenecía al centro principal, sin embargo, ¡envió “un informe detallado del centro activo, así como del centro paralelo”! Romm no tuvo nada que decir con relación a estos informes, y Vishinsky naturalmente se abstiene de molestarlo. Después de todo, ¿qué podría decir Romm? En mayo de 1934, Kírov todavía no había sido asesinado por Nikolayev, con la estrecha participación de la GPU y su agente, el cónsul letón Bisseneks. Romm hubiera podido decir que la actividad de los

“centros activo y paralelo” consistía en solicitar y recibir “órdenes” de mi parte. Pero ya sabemos esto sin que él lo diga. ¡Dejemos, entonces, los “informes detallados” de Rádek en los recovecos del diccionario técnico!

Más adelante, Vishinsky se interesa en el contexto de la conversación con Sedov en relación con el viaje de Romm a Estados Unidos. Romm inmediatamente revela un pedido de Trotsky, comunicado a través de Sedov, de que Trotsky “sea informado en caso de que hubiera algo interesante en las relaciones soviético-estadounidenses”. El pedido parece, a primera vista, inocente. Como político y escritor, por supuesto, no podría más que interesarme en las relaciones soviético-estadounidenses, más desde que tuve la ocasión durante los años previos de escribir artículos en la prensa norteamericana y de publicar declaraciones a favor del reconocimiento de los sóviets por parte de Estados Unidos. Pero Romm, que no mostró sorpresa cuando le transmitían instrucciones sobre terrorismo y sabotaje, sintió que era su deber sorprenderse con este punto. “Cuando pregunté por qué esto era tan interesante [¡!], Sedov me dijo: ‘Esto se desprende de la línea de Trotsky sobre la derrota de la URSS’”. Aquí podemos poner los puntos sobre las íes. En mis artículos, sin duda, invariablemente planteo la defensa de la URSS, por la que rompí públicamente con supuestos compañeros de ideas quienes tuvieron dudas sobre el deber de todo revolucionario, a pesar del régimen estalinista, de defender la URSS. No queda más que pensar que mi “derrotismo”, en franca contradicción con mi actividad periodística, se mantuvo en estricto secreto con la excepción de algunas personas. De más está decir que semejante hipótesis es política y psicológicamente absurda. En cualquier caso, la acusación se basa completamente sobre esto, y muere o florece con ella. Pero para Vishinsky, que es tan “cuidadoso” con respecto a los detalles (fechas, domicilios), pasan totalmente desapercibidos los problemas fundamentales del juicio. Cuando Romm le pregunta a Sedov por qué estoy “interesado” en las relaciones soviético-estadounidenses (¡la pregunta en sí misma no tiene sentido!), Sedov, en lugar de referirse a mi actividad literaria, con prisa inusitada dice: “Esto surge de la línea de Trotsky sobre la derrota de la URSS”. Pero si fuera así, resulta que nunca mantuve en secreto mi “derrotismo”. ¿Para qué, entonces, mi intenso trabajo teórico y periodístico? Los acusadores no se molestan en pensar sobre este hecho. Son incapaces de pensarlo. Su montaje se despliega en un plano mucho más bajo. Se las arreglan para manejarse sin psicología. Están satisfechos con la máquina inquisitoria.

Ante una pregunta posterior de Vishinsky, Romm responde: “Sí. Estuve de acuerdo en enviar a Trotsky información que pudiera interesarle”. Pero Romm llevó adelante esta “última misión” en mayo de 1934. Después del asesinato de Kírov resolvió “abandonar el trabajo activo”. Precisamente por eso no me envió información desde Estados Unidos. Debo confesar que casi lo pasé por alto. Entre mis amigos norteamericanos hay hombres muy calificados en ciencia y política, dispuestos a enviarme información en cualquier momento sobre todas las cuestiones de mi interés. En consecuencia, no tenía fundamentos para pedirle a Romm la información, suponiendo que uno dé por sentado, por supuesto, mi necesidad urgente de contarle sobre mi programa “derrotista”.

Todo este episodio aparentemente formaba parte del testimonio de Romm, y es posible que Romm mismo haya sido introducido en el juicio, sólo después de que les quedara claro que yo estaba emigrando hacia América. La imaginación de la GPU buscaba de paso dar cuenta de mi viaje en el barco cisterna que me transportó de Oslo a Tampico. De esta forma, el gobierno de Estados Unidos recibió inmediatamente la advertencia de que en Washington mismo había estado operando un agente “trotskysta”, de nombre Romm, que “acordó” enviarme información. ¿Qué información? Es más claro que el día; era una amenaza para los intereses vitales de Estados Unidos. Rádek

profundizó esta advertencia. De acuerdo con él, era parte de mi programa “garantizar el suministro de petróleo a Japón en caso de una guerra con Estados Unidos” (sesión del 23 de enero). Obviamente, es por esta razón que elegí como medio de transporte de Oslo a Tampico la cisterna de petróleo, un vehículo indispensable para futuras operaciones de petróleo. En el siguiente juicio, Romm probablemente recordará que le había dado instrucciones de obturar el Canal de Panamá y desviar el Niágara para inundar Nueva York, todo esto durante las horas libres que le dejaba su trabajo como corresponsal de *Izvestia*... ¿Es posible que toda esta gente sea tan estúpida? No; por supuesto que no. No son para nada estúpidos, sino que sus mentes han sido totalmente desmoralizadas por el régimen de irresponsabilidad totalitaria.

Cualquier lectura cuidadosa demostrará que cualquier pregunta de Vishinsky desacredita de antemano la respuesta de Romm. Y cada respuesta de Romm constituye una evidencia contra Vishinsky. Todo este diálogo desarticula el juicio. Esta serie de procesos cubren irreparablemente de infamia el sistema de Stalin. Pero todavía no hemos hablado del tema más importante. Es evidente que el testimonio de Romm es falso, esto se desprende del testimonio mismo, para cualquiera que no sea ciego y sordo. Pero tenemos a nuestra disposición pruebas que son aptas incluso para ciegos y sordos. No estaba en el Bois de Boulogne a fines de julio de 1933. No pude haber estado allí. En ese momento, era un hombre enfermo que vivía en la costa atlántica a 500 kilómetros de París. Ya di un breve informe sobre este hecho en el *New York Times* (17 de febrero de 1937). Quisiera referirme de alguna manera aquí al episodio con mayor detalle. ¡Lo amerita!

El 24 de julio de 1933, el vapor italiano “Bulgaria”, conmigo, mi esposa y cuatro colaboradores (dos estadounidenses: Sarah Weber y Max Shachtman; el francés Van Heijenoort; y el emigrado alemán Adolphe) a bordo, estaba a punto de llegar al puerto de Marsella. Después de una estadía de más de dos años en Turquía, migrábamos a Europa occidental. Nuestra llegada a Francia estuvo precedida por largas negociaciones, y por solicitudes entre las que se encontraba el tema de mi salud. Para expedir el permiso de entrada, el gobierno de Daladier fue, sin embargo, precavido. Temían que hubiera intentos de asesinato, manifestaciones y otros incidentes, especialmente en la capital. El 29 de junio de 1933, Chautemps, el ministro del interior, le escribió una carta al diputado Henri Guernut informando que estaba “autorizado por mi salud a vivir en los departamentos del Sur e instalarme más tarde en Córcega” (yo había sugerido tentativamente Córcega en una de mis cartas). Por lo tanto, desde el principio, no tuvimos en cuenta a la capital, sino a alguno de los departamentos alejados. No pude haber tenido el más mínimo motivo para violar esta condición, ya que yo mismo estaba muy interesado en evitar cualquier complicación durante mi estadía en Francia. Entonces habría que rechazar de antemano, por fantástica, la idea misma de que yo pude haber violado el acuerdo, apenas puesto un pie en suelo francés, desapareciendo de la mirada de la policía, y saliendo secretamente hacia París, ¡para una reunión innecesaria con Romm! No; lo que pasó fue completamente diferente.

Alentada por la victoria de Hitler en Alemania, la reacción en Francia levantaba cabeza. Se emprendió una rabiosa campaña contra mi entrada al país, en periódicos como *Le Matin*, *Le Journal*, *La Liberté*, *L’Echo de Paris*, etc. En este coro, la voz de *L’Humanité* fue la que sonó con más estridencia. Los estalinistas franceses no habían recibido todavía las órdenes de reconocer a los socialistas y los radicales como “hermanos”. ¡Oh, no! En ese momento, Daladier era tratado por la Comintern como un radicalfascista; León Blum, que apoyaba a Daladier, era etiquetado de socialfascista. En lo que me concierne, por designio de Moscú, yo estaba llevando adelante las funciones de agente del imperialismo norteamericano, británico y francés. ¡Qué corta es la memoria humana! El nombre bajo

el cual reservamos nuestro pasaje fue naturalmente descubierto durante el trayecto. Había razones para temer manifestaciones por parte de los fascistas, en el puerto de Marsella, y más de parte de los estalinistas. Nuestros amigos en Francia tenían todas las razones para estar preocupados de que mi entrada estuviera acompañada por incidentes que podrían complicar mi estadía en el país. Para evadir la vigilancia de los enemigos (nuestros amigos, entre ellos mi hijo, que había logrado llegar a París desde la Alemania de Hitler) planificaron una estratagema que fue brillantemente exitosa, como demostró el último proceso de Moscú. Mediante una orden de radio desde Francia, el “Bulgaria” paró a unos pocos kilómetros antes de llegar al puerto de Marsella, donde nos encontramos con un remolcador en el que estaban mi hijo, el francés Raymond Molinier, el representante de la Sûreté Générale, y dos marineros. Si recuerdo bien, se pagó una suma de mil francos por detener el barco durante tres minutos. Este incidente, por supuesto, está registrado en la bitácora del barco. Además, fue un hecho destacado por toda la prensa mundial. Mi hijo subió a bordo y le entregó a uno de mis colaboradores, el francés Van Heijenoort, instrucciones escritas. Sólo mi esposa y yo descendimos al remolcador. Mientras nuestros cuatro compañeros de viaje continuaron hasta Marsella con todo nuestro equipaje, el remolcador se estacionó en la pequeña ciudad de Cassis, donde nos esperaban dos automóviles y dos amigos franceses, Leprince y Laste. Sin demora, procedimos inmediatamente hacia el oeste desde Marsella, en dirección norte, hacia la desembocadura del Gironde, en el departamento Charente-Inférieure, donde se había alquilado previamente para nosotros la casa de campo de Saint Palais, cerca de Royan, a nombre de Molinier. En el camino, pasamos la noche en un hotel. Nuestro registro en el hotel ha sido verificado y lo presenté ante la comisión.

Debo agregar que, para preservar nuestra identidad en secreto, todo nuestro equipaje fue registrado en Turquía a nombre de Max Shachtman. Sus iniciales se mantienen hasta este día en las cajas de madera en las que llegaron mis libros y papeles a México. Pero en vistas del descubrimiento de nuestro incógnito, ya no podía haber sido un secreto para los agentes de la GPU en Marsella porque el equipaje en realidad era mío; y en la medida que mis colaboradores, junto con el equipaje, se dirigían a París, los agentes de la GPU procedieron según la suposición de que mi esposa y yo también habíamos ido a la capital francesa, por automóvil o avión. Debería tenerse en cuenta que en ese período las relaciones entre los gobiernos soviético y francés eran todavía muy tensas. La prensa de la Comintern afirmaba que yo iba a Francia en una misión especial, a ayudar al entonces premier Daladier, ahora ministro de guerra, a preparar la intervención militar en la URSS. ¡Qué corta es la memoria humana! En consecuencia, entre la GPU y la policía francesa no podrían haber existido relaciones estrechas. La GPU sabía sobre mí sólo lo que salía en los periódicos. Romm sólo pudo saber lo que sabía la GPU. Mientras tanto, los periódicos perdieron nuestro rastro una vez que desembarcamos.

Después de revisar los despachos de su propio corresponsal durante ese período, los editores del *New York Times* escribieron el último 17 de febrero:

El barco que trajo al Sr. Trotsky desde Turquía a Marsella en 1933 amarró luego de que él se escabulló secretamente hasta la costa, según un despacho de Marsella al *New York Times* del 25 de julio de 1933. Se embarcó en un remolcador a tres millas de la bahía y desembarcó en Cassis, donde un automóvil lo estaba esperando. En ese momento, se informaron distintos destinos para el Sr. Trotsky: que se dirigía a Córcega, o a las aguas curativas de Royan, o al centro de Francia cerca de Vichy, o directamente a este último lugar...

Este informe, que hace honor a la precisión del corresponsal del *Times*, confirma completamente el relato anterior. Ya el 24 de julio la prensa estaba perdida en especulaciones sobre qué nos había pasado. La posición de la GPU, hay que admitirlo, era extremadamente difícil.

Los organizadores del montaje razonaron aproximadamente de esta forma: Trotsky no podría haber evitado pasar dos días en París, con el objetivo de organizar algunas cosas y procurarse un domicilio en el interior del país. La GPU no sabía que se habían arreglado todos estos detalles de antemano, y que nuestra casa de campo había sido alquilada antes de nuestra llegada. Por otro lado, Stalin, Yezhov y Vishinsky temían posponer la reunión con Romm hasta agosto o después. Era necesario moldear el hierro mientras estaba caliente. De esta forma, estos hombres cuidadosos y calculadores eligieron el fin del mes de julio para la reunión, en un momento en el que, según todas sus suposiciones, era imposible que yo no estuviera en París. Pero fue precisamente esa suposición la que calcularon mal. No estábamos en París. Acompañados por nuestro hijo y tres amigos franceses, llegamos, como ya declaré, a Saint Palais, cerca de Royan, el 25 de julio. Como para complicar aún más la posición de la GPU, el día de nuestra llegada estuvo marcado por un incendio en nuestra casa de campo. Se incendió un cobertizo, también una sección del cerco de madera, y algunos árboles secos. El incendio fue causado por chispas que provenían de la chimenea de una locomotora. Se pueden encontrar relatos de este incidente en los periódicos locales del 26 de julio. La sobrina de los dueños llegó algunas horas después para ver las consecuencias del incendio. Muchos vecinos me vieron durante este episodio. El testimonio de las dos personas que trabajaron con nosotros como choferes, Leprince y R. Molinier, así como el testimonio de Laste, que nos acompañaba, describen la jornada en detalle. Una certificación del departamento de bomberos corrobora la fecha del incendio. El periodista Albert Bardon, que escribió en la prensa sobre el incendio, me vio en un automóvil e hizo una declaración reafirmando eso. La sobrina del dueño antes mencionada también hizo una declaración. En la casa de campo nos estaban esperando Vera Lanis, que asumió las funciones de ama de llaves, y Segal, que nos ayudó a instalarnos. Pasaron la última parte de julio con nosotros, y fueron testigos del hecho de que a mi llegada a Saint Palais sufría de lumbago y fiebre alta, y que raramente abandonaba mi cama.

El prefecto del departamento de Charente-Inférieure fue informado inmediatamente de nuestra llegada, con un telegrama codificado desde París. Vivíamos de incógnito cerca de Royan, al igual que en Francia en general. Nuestros pasaportes sólo eran sellados por los más altos oficiales de la Sûreté Générale, en París. Sin duda, uno puede encontrar allí los rastros de nuestro itinerario.

Me quedé en Saint Palais más de dos meses enfermo, bajo el cuidado de un médico. Escribí en el *New York Times* que recibí como visitantes en Saint Palais a más de treinta amigos. Recuerdos posteriores e investigaciones indican que en realidad tuve cincuenta visitantes, más de treinta franceses (sobre todo parisinos), siete holandeses, dos belgas, dos alemanes, dos italianos, tres ingleses, un suizo, etc. Entre los visitantes, había gente muy conocida: por ejemplo, el escritor francés André Malraux; el traductor de mis libros, el escritor Parijanine; el diputado holandés Sneevliet; los periodistas holandeses, Schmidt y de Kadt; el exsecretario del Partido Laborista Independiente británico Paton; el emigrado alemán V.; el escritor alemán, G.; etc. (me abstengo de dar los nombres de los emigrados a fin de no causarles ninguna dificultad, pero todos ellos, por supuesto, podrían declarar ante la comisión). De haber pasado el final de julio en París, la mayoría de mis visitantes no podrían haber viajado a Royan. Todos sabían que no estaba y que no podría haber estado en París; de los cuatro colaboradores que nos acompañaban, tres vinieron de París a Royan. Sólo Max Shachtman fue desde Le Havre a Nueva York, sin poder despedirse de mí. He presentado a la comisión su carta, con fecha 8 de agosto de 1933, en la que expresa su decepción por tener que separarse de nosotros en el camino y no poder ni siquiera decir adiós. No; no faltan pruebas.

Hacia comienzos de octubre, mi condición física mejoró, y mis amigos me llevaron en automóvil a Bagnères en los Pirineos, todavía más lejos de París, donde mi esposa y yo pasamos el mes de octubre. Debido a que nuestra estadía cerca de Royan, así como en los Pirineos, se dio sin complicaciones, el gobierno permitió que nos estableciéramos más cerca de la capital, pero, aun así, recomendó que nos estableciéramos por fuera de los límites del departamento del Sena. A principios de noviembre fuimos a Barbizon, donde habían alquilado una casa de campo para nosotros. Desde Barbizon, de hecho, hice algunas visitas a la capital, siempre acompañado por dos o tres amigos. Además, todas las instancias de mis actividades diarias estaban organizadas de antemano, y aquellas pocas casas que visité pueden ser señaladas precisamente, junto con la lista de mis visitantes. Todo esto pertenece al invierno de 1933. A pesar de eso, la GPU organizó una reunión entre Romm y yo en julio de 1933. No existió tal reunión. No podría haber existido. Si, en general, en este mundo existe algo llamado coartada, en este caso recibe su expresión más completa y consumada. El desdichado Romm mintió. La GPU lo obligó a mentir. Vishinsky disimuló su mentira. Precisamente por esa mentira, Romm fue arrestado e incluido entre los testigos.

### ***El vuelo de Piatakov a Noruega [El viaje de Piatakov a Oslo]***

El mismo 24 de enero, el día siguiente a la apertura del último juicio y la primera declaración de Piatakov en el tribunal, cuando fue necesario basarse en los breves despachos de noticias, escribí en una declaración a la prensa internacional:

Si Piatakov hubiese viajado con su nombre, toda la prensa noruega hubiese difundido esa información. En consecuencia, debe de haber viajado con otro nombre. ¿Qué nombre? Todos los funcionarios soviéticos en el extranjero están en constante comunicación telegráfica y telefónica con sus embajadas, misiones comerciales, y no pueden eludir la vigilancia de la GPU ni por una hora. ¿Cómo pudo entonces Piatakov haber realizado su viaje sin el conocimiento de los representantes soviéticos, ya sea los que están en Alemania como los que se encuentran en Noruega? Dejen que describa el interior de mi dormitorio. ¿Vio a mi esposa? ¿Yo usaba barba o no? ¿Cómo estaba vestido? La entrada a mi estudio era a través del departamento de Knudsen, y todas nuestras visitas sin excepción eran conocidas por nuestros anfitriones. ¿Los vio Piatakov? ¿Vieron a Piatakov? Aquí hay una serie de preguntas precisas, con ellas debería ser fácil que cualquier tribunal honesto mostrara que Piatakov está repitiendo las invenciones de la GPU.

El 27 de enero de 1937, en la víspera de las conclusiones finales presentadas por el fiscal, a través de agencias telegráficas, dirigí trece preguntas al tribunal de Moscú sobre el tema de la supuesta entrevista de Piatakov conmigo en Noruega. Expliqué la urgencia de mis preguntas de la siguiente forma:

Me refiero a la confesión de Piatakov. Su testimonio dice que él me visitó en Noruega en diciembre de 1935, con el fin de preparar una conspiración. Manifiesta que viajó de Berlín a Oslo en avión. La importancia de este testimonio salta a la vista. He declarado muchas veces, y repito una vez más, que Piatakov, junto con Rádek, ha sido un adversario enconado, no un amigo, durante los últimos nueve años, y que no he tenido, ni he podido tener, negociaciones con él. Si se pudiera comprobar que Piatakov efectivamente me visitó, mi situación estaría irremediablemente perdida. Si, por el contrario, yo pudiera demostrar que toda la historia de la visita es falsa del principio al fin, el sistema de las confesiones “voluntarias” quedaría completamente desacreditado. Aun si reconocemos que el juicio está por encima de toda sospecha, el acusado Piatakov es sospechoso. Es necesario verificar su testimonio inmediatamente, antes de que lo fusilen.

Señalo nuevamente que estas preguntas, presentadas por mí ante la comisión, se basan en los primeros despachos de noticias, y es por eso que no somos exactos en algunos detalles secundarios. Pero en lo central, incluso ahora, mantienen completa vigencia.

Mis primeras preguntas relacionadas con Piatakov estaban a disposición del tribunal el 25 de enero. El 28 de enero, esto es, el día en que el fiscal presentó sus conclusiones finales, el tribunal tenía la segunda lista de preguntas. A más tardar el 26 de enero, el fiscal había recibido información telegráfica de que la prensa noruega negaba categóricamente el testimonio de Piatakov sobre su vuelo. En el discurso del fiscal, hay una alusión indirecta a esta negación. Sin embargo, no se presentó ninguna de las trece preguntas planteadas por mí al acusado, para quien el fiscal solicitó la pena de muerte. El fiscal no hizo el intento, obligatorio para él, de verificar el testimonio central del principal acusado y, de este modo, reforzar la acusación contra mí y los demás ante los ojos del mundo entero. Si los telegramas de Oslo y mis preguntas telegráficas no hubieran existido, aún sería posible hablar del descuido, la negligencia y la pobreza intelectual del fiscal y los jueces. A la luz de las circunstancias ya mencionadas, nadie puede decir que se trató de un error judicial. El fiscal, lo mismo que el presidente del tribunal, evitó conscientemente hacer preguntas que surgían de la naturaleza misma del testimonio de Piatakov. Se opusieron a la verificación, no porque fuera imposible (al contrario, era excesivamente simple) sino porque, debido al rol de conjunto que estaban jugando, no podían permitir una verificación. En lugar de esto, se apresuraron a fusilar a Piatakov. Sin embargo, la verificación se hizo sin ellos. Ha demostrado completa e irrefutablemente la falsedad del testimonio del principal acusado sobre la cuestión central y, de esta forma, ha sido demolida toda la acusación.

Ahora tenemos a nuestra disposición el registro llamado “textual” del proceso a Piatakov y los demás. Un estudio cuidadoso de Piatakov y del testigo de la acusación, Bujartsev, demuestra por sí mismo que la tarea del fiscal en este diálogo completamente artificial, falso y ensayado era ayudar a Piatakov a presentar, sin demasiados absurdos, el cuento fantástico que le forzó a contar la GPU. Es por eso que vamos a seguir un doble camino en nuestro análisis: primero, vamos a demostrar, en base al informe oficial, la falsedad interna del interrogatorio que realizó Vishinsky a Piatakov; después, vamos a presentar pruebas objetivas de la imposibilidad material del vuelo de Piatakov y las reuniones conmigo. De esta forma, descubriremos no sólo la falsedad del testimonio central del acusado principal, sino también la participación del fiscal Vishinsky y los jueces en el montaje.

“En la primera mitad de diciembre” de 1935, Piatakov hace su mítico viaje a Oslo, vía Berlín. Bujartsev, el corresponsal de *Izvestia*, actuó como una suerte de intermediario en la organización del viaje, de la misma manera que V. Romm, corresponsal de *Izvestia* en Washington, había servido de intermediario entre Rádek y yo. El periódico del gobierno, aunque parezca extraño, designó como corresponsales en los lugares más importantes a agentes de enlace “trotskystas”. ¿No sería más exacto suponer que eran agentes de la GPU? La declaración de Piatakov de que Bujartsev “tenía conexiones con Trotsky” es un invento liso y llano. Nunca supe nada, ni personalmente ni a través de sus escritos, ni de Bujartsev ni de Romm. Raramente veo *Izvestia*, y por regla no leo la correspondencia extranjera en la prensa soviética.

No hay razón para dudar de que Piatakov estuviera realmente en Berlín el 10 de diciembre de 1935, en una misión oficial de su departamento. El hecho es fácil de verificar a través de la prensa alemana y soviética, que debe haber notado la llegada de Piatakov a la capital alemana, así como su regreso a Moscú [*Berliner Tageblatt* del 21 de diciembre de 1935 informa: “Entre los visitantes a Berlín se encuentra el primer Vicecomisario de la Industria Pesada de la Unión Soviética, Sr. Piatakov, y también el director de la

importante división del Comisariado de Comercio Exterior de la Unión Soviética, Sr. Smolensky”]. La GPU después se vio obligada a adaptar el mítico viaje a Oslo a su verdadero viaje a Berlín; de aquí la desafortunada elección del mes de diciembre.

Al llegar a Berlín, Piatakov, de acuerdo con sus palabras, inmediatamente (“el mismo día o el siguiente”, es decir, el 11 o el 12) se reunió con Bujartsev. Supuestamente, este último me había informado antes de la llegada inminente de Piatakov. ¿Por carta? ¿Por telegrama? ¿Cómo estaba redactado? ¿A qué domicilio? Nadie avergüenza a Bujartsev con estas preguntas. En este tribunal, las fechas y los domicilios generalmente se evitan como a la peste. Habiendo recibido la información de Bujartsev, yo, a su vez, envió inmediatamente un mensajero de confianza a Berlín con esta nota: “Y.L., quien lleva esta nota es de absoluta confianza”. La palabra “absoluta” estaba subrayada. Este detalle no muy original, como veremos, deberá compensar la ausencia de más información sustancial. El mensajero que envié, llamado “Heinrich o Gustav” (testimonio de Piatakov), se encargó de la organización del viaje a Oslo. La reunión entre “Heinrich-Gustav” y Piatakov se realizó en el Tiergarten (el 11 o el 12) y duró “literalmente un par de minutos”. ¡El segundo detalle inapreciable! Piatakov estaba preparado para ir a Oslo, aunque, como repite dos veces, “significaba correr un riesgo serio de ser descubierto, expuesto, como quieran llamarlo”. En el informe ruso estas palabras son omitidas, y no de forma inadvertida. La vigilancia que se mantiene sobre los funcionarios soviéticos en el exterior es extremadamente estricta. Piatakov no tenía **posibilidad** de ausentarse de Berlín durante cuarenta y ocho horas, sin avisar a las instituciones soviéticas adónde iba y a qué domicilio podrían comunicarse con él; como miembro del comité central y del gobierno, Piatakov podía recibir en cualquier momento un pedido o encomendársele una misión desde Moscú. Las reglas que existen sobre este tema son conocidas por el fiscal y los jueces. Además, el 24 de enero, ya le pregunté al tribunal mediante telégrafo: “¿Cómo pudo entonces Piatakov haber realizado su viaje sin el conocimiento de los representantes soviéticos, ya sea los que están en Alemania o los que se encuentran en Noruega?”. El 27 de enero, repetí: “¿Cómo logró eludir la estrecha vigilancia de los funcionarios soviéticos en Berlín y Oslo? ¿Cómo explicó su desaparición al retornar a Rusia?”. Nadie, por supuesto, molestó al acusado con estas preguntas.

Piatakov organizó con “Heinrich-Gustav” reunirse “a la mañana siguiente” (el 12 o el 13) en el aeropuerto Tempelhof. El fiscal, que a veces pide muestras de precisión en preguntas que no pueden ser sujetas a verificación, ¡no se preocupa en absoluto sobre la precisión de una fecha de excepcional importancia! Sin embargo, mediante los registros de la representación comercial soviética en Berlín, debería ser posible establecer sin dificultad un calendario cotidiano de las actividades de Piatakov. Pero eso es precisamente lo que debe evitarse.

“A la mañana siguiente temprano, fui directo a la entrada del aeropuerto”. ¿Temprano a la mañana? Nos gustaría saber a qué hora. En temas de esta naturaleza, la hora se establece de antemano. Pero los inspiradores de Piatakov evidentemente temen equivocarse con respecto al calendario meteorológico. En el aeropuerto, Piatakov se reunió con “Heinrich-Gustav”: “Estaba esperando en la entrada y me indicó el camino. Primero me mostró un pasaporte que había sido preparado para mí. Era un pasaporte alemán. Él se había ocupado de todas las formalidades aduaneras, de manera que yo sólo tuve que firmar. Nos subimos al avión y despegó...”. Nadie siquiera interrumpió al acusado en este momento. El fiscal, aunque parezca increíble, no está interesando siquiera en la cuestión del pasaporte. Que el pasaporte era “alemán” era suficiente para él. Sin embargo, un pasaporte alemán, como cualquier otro, se hace con un nombre definido. ¿Precisamente a nombre de quién? *Nomina sunt odiosa*.

El fiscal está preocupado por darle a Piatakov la oportunidad de pasar de largo este punto espinoso lo más rápidamente posible. “¿Formalidades de aduana?” “Heinrich-Gustav” se encargó de ellas. Todo lo que tenía que hacer Piatakov era “firmar [con su nombre]”. Uno imaginaria que en este punto el fiscal no podría dejar de preguntarle a Piatakov con qué nombre firmó. Supuestamente el nombre que estaba en el pasaporte alemán. Pero el fiscal considera que esto no es importante. El presidente del tribunal también se mantiene en silencio. Lo mismo hacen los jueces. ¿Un descuido generalizado debido al cansancio? Pero tomé medidas oportunas para refrescar la memoria de estos caballeros. Tan temprano como el 24 de enero, pregunté al tribunal bajo qué nombre llegó Piatakov a Oslo. Tres días después, insistí sobre este punto. De las trece preguntas que planteé, la cuarta fue: “¿Qué tipo de pasaporte usó Piatakov para abandonar Berlín? ¿Obtuvo también una visa noruega?”. Mis preguntas fueron reproducidas por los periódicos de todo el mundo. Si aun así Vishinsky no interrogó a Piatakov sobre el pasaporte y la visa, fue porque sabía que era necesario mantener silencio sobre esto. Este silencio es suficiente para que podamos decir: estamos frente a un montaje.

Sigamos, sin embargo, los pasos de Piatakov:

Llegamos al avión y despegó. No paramos en ninguna parte, y aproximadamente a las cinco de la tarde aterrizamos en el aeródromo de Oslo. Allí, un automóvil nos esperaba. Nos subimos y salimos. Condujimos durante casi treinta minutos y llegamos a un suburbio campestre. Salimos, entramos a una pequeña casa bastante bien amueblada, y allí vi a Trotsky, a quien no veía desde 1928.

¿No traiciona completamente esta narración a un hombre que no tiene nada para revelar? ¡Ni un solo rastro de realidad viva! “Nos subimos a un avión y despegó... Nos subimos y salimos...”. Piatakov no vio nada, no habló con nadie. Es incapaz de decir nada sobre “Heinrich-Gustav”, que lo acompañó desde Berlín hasta mi puerta.

¿Qué ocurrió cuando el avión aterrizó en el aeródromo? Las autoridades noruegas no podrían haber dejado de mostrar interés por un avión extranjero. No podrían haber dejado de examinar los pasaportes de Piatakov y sus compañeros de viaje. Sin embargo, sobre ese tema, tampoco escuchamos una sola palabra. Se hizo el vuelo, para decirlo de alguna forma, en el reino de los sueños, donde la gente se desliza sin hacer ruido, sin ser molestado por la policía o los oficiales de aduana.

En la casa “pequeña” y “bastante bien amueblada”, Piatakov vio a Trotsky, “a quien [él] no veía desde 1928” (en realidad desde finales de 1927). Inmediatamente después de estos lugares comunes sigue una descripción igualmente estereotipada de la entrevista, aparentemente predestinada a adornar registros policiales. ¿Todo esto tiene algún parecido con la vida y con los seres vivos? Después de todo, de acuerdo con el sentido de la amalgama, Piatakov viajó a visitarme como compañero de ideas, como amigo, después de muchos años de separación. Durante varios años, aproximadamente de 1923 a 1928, realmente fue alguien bastante cercano, conocía a mi familia, siempre era cordialmente recibido por mi esposa. Debe de haber mantenido, evidentemente, una confianza absolutamente excepcional en mí, a pesar de que sólo fuera a base de una sola carta. Se convirtió en terrorista, en saboteador y derrotista, y, a la primera señal, voló a verme arriesgando su vida. Parecería que en tales circunstancias Piatakov no podía, después de una separación de ocho años, dejar de manifestar algún interés sobre mis condiciones de vida. Pero no hay rastro de esto. ¿Dónde se realizó la reunión? ¿En mi apartamento o en otra casa? Nadie lo sabe. ¿Dónde estaba mi esposa? Nadie lo sabe. Ante una pregunta del fiscal, Piatakov responde que no había nadie más presente durante la entrevista; incluso “Heinrich-Gustav” permaneció afuera. ¡Y eso es todo! Sin embargo, incluso por los muebles del interior, la presencia o la ausencia de libros o periódicos rusos, la apariencia del escritorio, Piatakov podría haber determinado a simple vista si estaba en mi sala de trabajo o en la habitación de alguien más. Por otro lado, no podría haber tenido

el menor fundamento para esconder tan inocente información de mi invitado, a quien confié mis ideas y planes más secretos. Piatakov no podría haber dejado de preguntarme sobre mi esposa. El 24 de enero pregunté: “¿Vio a mi esposa?”. El 27 de enero, repetí mi pregunta: “¿Vio Piatakov a mi esposa? ¿Estaba en casa ese día?” (las visitas de mi esposa a su médico y dentista en Oslo se pueden verificar fácilmente). Pero precisamente para evitar una verificación, los mentores de Piatakov le enseñaron formulas elásticas y modos de expresión carentes de compromiso. Es menos riesgoso. Sin embargo, este exceso de cuidado traiciona el montaje desde otro ángulo.

El avión aterrizó a las tres de la tarde del 12 o 13. Piatakov llegó a mi casa aproximadamente a las tres y media de la tarde. La entrevista duró cerca de dos horas. Mi invitado debe haber estado hambriento. ¿Le di algo de comer? Eso debería ser el deber elemental de un anfitrión. Pero no pude haber hecho eso sin la ayuda de mi esposa o del ama de llaves de la casa “bastante bien amueblada”. Ni una palabra sobre ese tema durante el juicio. Piatakov se fue a las cinco y media de la tarde. ¿Adónde fue desde el suburbio campestre, con el pasaporte alemán en el bolsillo? El fiscal no le pregunta sobre esto. ¿Dónde pasó la noche de diciembre? Difícilmente haya sido al aire libre. No puede suponer que pasó la noche en la embajada soviética. Tampoco en la embajada alemana. ¿Entonces, en un hotel? ¿Exactamente en cuál? Entre las trece preguntas que presenté al tribunal estaba ésta: “Piatakov no puede haber evitado pasar una noche en Noruega. ¿Dónde? ¿En qué hotel?”. El fiscal no le pregunta al acusado sobre esto. El presidente se mantiene en silencio.

Si un viejo amigo viniera a visitarme, especialmente un compañero de conspiraciones, yo, como cualquiera en una situación similar, hubiera hecho todo para proteger a mi invitado de sorpresas desagradables y riesgos innecesarios. Después de una entrevista de dos horas, le hubiera dado algo de comer y hubiera organizado un hospedaje adecuado. Estos mínimos asuntos obviamente no podrían haber presentado la menor dificultad, ya que pude enviarle una “persona de confianza” a Berlín y un automóvil “especial” al aeropuerto cuando llegó el avión “especial”. Para evitar aparecer en un hotel o en las calles de Oslo, a Piatakov naturalmente le habría interesado pasar la noche con nosotros. Además, después de una larga separación, ¿hubiéramos tenido mucho de qué hablar! Pero la GPU le temía a esta versión, porque Piatakov entonces hubiera tenido que entrar en detalles relacionados con mis condiciones de vida. Mejor pasar por alto estos detalles prosaicos. De hecho, vivía, como se sabe, no en un suburbio campestre cerca de Oslo, sino un pueblo aislado; no a treinta minutos de viaje desde el aeropuerto, sino por lo menos a dos horas, especialmente en invierno, cuando deben ponerse cadenas en las ruedas. No; mejor sufrir un lapsus de amnesia sobre la comida, la noche de diciembre, el peligro de encontrarse con alguien relacionado con la embajada soviética. Mejor morderse la lengua y callar. Como antes durante el viaje, ahora en Noruega, Piatakov es la sombra inmaterial de un sueño. ¡Dejad que los tontos tomen a esta sombra por la realidad!

A través del interrogatorio del testigo Bujartsev, corresponsal de *Izvestia*, nos enteramos de algunos detalles complementarios no poco importantes sobre el viaje de Piatakov. “Heinrich-Gustav”, afirma, era Gustav Stirner. Este nombre no me dice absolutamente nada, aunque, de acuerdo con Bujartsev, Stirner había sido mi hombre de confianza. De cualquier forma, mi emisario misterioso consideró necesario relevar su identidad exacta al testigo del fiscal. ¿Conoceremos al Stirner de carne y hueso en un futuro juicio? ¿Es puro producto de la imaginación? No lo sé. El nombre alemán, en cualquier caso, es algo para reflexionar.

A veces, Piatakov intentó describir la reunión conmigo casi como un mal inevitable; el instinto de autopreservación asoma tímidamente a través de las confesiones

del acusado. Por otra parte, de acuerdo con Bujartsev, Piatakov, cuando se enteró de mi invitación, dijo que “le complacía escuchar esto, que coincidía plenamente con sus intenciones, y que aceptaría gustosamente esta reunión”. ¡Qué expresión innecesaria para un conspirador! Pero necesaria, de hecho, para el fiscal. La tarea del testigo es profundizar la culpabilidad de los acusados, mientras que la tarea de los acusados es pasarme el mayor peso de la culpa a mí. La tarea del fiscal, por último, es aprovechar las mentiras de ambos. Desde el punto de vista de la conspiración, e incluso en el viaje de avión a Oslo, Bujartsev es un personaje totalmente superfluo; incluso Vishinsky se ve obligado, como veremos, a reconocerlo. Pero Gustav Stirner, si existe tal persona, parece ser inaccesible para la acusación. Sin embargo, si no hay Stirner, tampoco hay testigo. La historia de cómo Piatakov se subió y se bajó del avión se basaría sólo en Piatakov. Esto es insuficiente. Aunque Bujartsev, que fue llamado a declarar por el fiscal, no participó en la marcha de los acontecimientos, al menos llevó adelante la función de “mensajero” en una tragedia clásica, quien anuncia los acontecimientos que están ocurriendo detrás de escena. En consecuencia, Piatakov no dejó de informar al “mensajero”, en la víspera de su viaje de Berlín a Moscú (¿en qué fecha?), “dónde había estado y qué había visto”. No había razón para decirle a Bujartsev nada de esto. Al entregarle innecesariamente tal información a un extraño, Piatakov fue culpable de una superficialidad inexcusable. Pero no podía actuar de otra forma sin privar a Bujartsev de la oportunidad de servir como testigo útil para la acusación.

En este punto, el fiscal repentinamente se da cuenta de una omisión. “¿Entregó su fotografía?”, pregunta inesperadamente a Piatakov, interrumpiendo el interrogatorio de Bujartsev. Vishinsky parece un niño de escuela que se ha saltado la línea de un poema. Piatakov responde lacónicamente: “Sí”. Al parecer, se trata de una fotografía de pasaporte. Una fotografía es esencial para todo pasaporte, incluso para los alemanes. Mientras de esa forma muestra que se fija en los detalles, el fiscal no arriesga nada. Naturalmente, ahora sigue callando sobre el nombre y la visa. Con lo cual el guardián de la ley vuelve a Bujartsev. “¿Sabe dónde obtuvo Stirner el pasaporte? ¿Dónde consiguió el avión? ¿Cómo es que es tan fácil hacer esto en Alemania?”. Bujartsev responde que Stirner no entró en detalles, pero le pidió, a Bujartsev, que no se preocupara, una de las pocas respuestas que suena natural y racional. Sin embargo, esto no disuadirá al fiscal:

*Vishinsky:* ¿Y no le dio curiosidad?

*Bujartsev:* No me dijo nada, no entró en detalles.

*Vishinsky:* ¿Pero le generaba curiosidad?

*Bujartsev:* Como no respondió...

*Vishinsky:* ¿Pero intentó preguntarle?

*Bujartsev:* Intenté, pero no me respondió.

Y así continuó en el mismo sentido. Pero aquí interrumpimos este diálogo informativo para someter al fiscal a un interrogatorio.

Recién preguntó, Sr. fiscal, sobre una fotografía de pasaporte. ¿Pero no le interesa el pasaporte en sí? ¿No interrogó el juez de instrucción a Piatakov sobre esto? ¿Ha olvidado usted también cumplir con su deber? Dos veces, el 24 y el 27 de enero, le recordé sobre esto telegráficamente. ¿Prestó alguna atención a mi pregunta? ¿Tampoco estaba usted interesado en mi domicilio, mi residencia, mis condiciones de vida? ¿Por qué no le ha preguntado a Piatakov dónde pasó la noche? ¿Quién le recomendó el hotel? ¿Cómo se registró allí? ¿No ameritan su atención todas estas circunstancias? Bujartsev al menos pudo justificarse diciendo que Gustav Stirner se negó a revelar sus secretos. Usted, Sr. Guardián de Justicia, no tiene esta justificación, porque Piatakov no tiene secretos con el fiscal. Piatakov se mantiene en silencio sólo sobre lo que se le prohíbe hablar. Pero usted, Sr. fiscal, tampoco evitó accidentalmente el simple deber de traer a Piatakov de la cuarta dimensión a esta vida terrenal con sus funcionarios de aduanas, restaurantes, hoteles, y

otros molestos detalles. ¡Se mantuvo callado acerca de todo esto porque usted es uno de los principales organizadores del montaje!

Vishinsky no tiene paz: “¿Y el avión?”. “Bujartsev: Le pregunté [a Stirner] cómo pudo viajar Piatakov y me dijo que un avión especial había llevado a Piatakov a Oslo y de regreso”.

Es preciso señalar que Stirner no es para nada reticente. Después de todo, él podría simplemente haber dicho al molesto Bujartsev: “No es de su incumbencia; Piatakov mismo sabe lo que tiene que hacer”. Pero Stirner aparentemente recordaba que ante él estaba el mensajero de una tragedia, y por lo tanto le dijo que Piatakov viajaría en un avión “especial”; en otras palabras, dio a entender que el avión sería provisto por el gobierno alemán. Vishinsky utiliza esta indiscreción preestablecida de Stirner y Bujartsev: “¿Pero no fue Trotsky quien organizó el vuelo a través de la frontera?”. Bujartsev responde con modestia elocuente: “Eso no lo sé”.

“Vishinsky: Usted es un periodista con experiencia; sabe que un vuelo a través de la frontera de un país a otro no es un asunto simple” (¡Ay, ay, ay! Eso es algo que el propio fiscal olvida completamente cuando es cuestión de aterrizar en un aeropuerto, obtener un pasaporte, una visa, una noche de hospedaje, un hotel, etc.). Bujartsev avanza otro paso para reunirse con el fiscal: “Tenía entendido que Stirner podía hacer esto mediante funcionarios alemanes”. Q.E.D [*Quod erat demonstrandum*: “que es lo que había que demostrar”].

Pero en este punto Vishinsky parece recuperar repentinamente el sentido: “¿No podían prescindir de usted en este tema? ¿Por qué participó de esta operación?”. Se plantea esta pregunta arriesgada para darle a Bujartsev la oportunidad de decirle al tribunal cómo fue que Rádek, “un tiempo antes” (¿exactamente cuándo?), le había advertido a él, un “trotskysta”, que debería llevar adelante varias misiones, y que al mismo tiempo le dijo que “Piatakov era miembro del centro”. Como vemos, Rádek previó todo y, en cualquier caso, había armado al futuro testigo con la información necesaria.

De una forma u otra, gracias a Bujartsev, nos enteramos de que Piatakov no sólo viajó a Oslo en un “avión especial”, sino que también regresó a Berlín de la misma manera. Esta declaración sumamente importante implica que el avión no aterrizó simplemente unos minutos, sino que se quedó durante el día y toda la noche, es decir, al menos quince horas, en el aeropuerto de Oslo. Probablemente, también cargó combustible allí. Como veremos pronto, la declaración de Bujartsev nos hace un favor más grande que el que le hace a Piatakov. Ahora llegamos al punto nodal del testimonio de Piatakov y de todo el proceso.

El periódico noruego conservador *Aftenposten*, inmediatamente después del primer día del testimonio de Piatakov, hizo una investigación en el aeropuerto y, en su edición vespertina del 25 de enero, publicó la información de que en diciembre de 1935 **ni un solo avión extranjero** aterrizó en Oslo. Esta noticia circuló inmediatamente alrededor del mundo. Vishinsky se vio obligado a considerar esta noticia proveniente de Oslo. Lo hizo a su manera. En la sesión del 27 de enero, el fiscal le preguntó a Piatakov si realmente había aterrizado en un aeropuerto en Noruega, y si lo hizo, en cuál. Piatakov respondió: “Cerca de Oslo”. No recordaba el nombre. ¿Hubo dificultades al aterrizar? Piatakov, nos dijeron, estaba tan ansioso que no notó nada fuera de lo común.

*Vishinsky*: ¿Confirma entonces que aterrizó en un aeródromo en Oslo?

*Piatakov*: Cerca de Oslo, por lo que recuerdo.

¡Lo único que faltaba era que olvidara ese detalle! Entonces, el fiscal leyó para que conste en actas un documento que muchos periódicos caracterizaron al menos como sorprendente: una comunicación de la embajada soviética en Noruega de que “el aeródromo Kjeller cerca de Oslo recibe durante todo el año, de conformidad con la

reglamentación internacional, aviones de otros países, y que es posible también la llegada y salida de aviones en los meses de invierno”. ¡Eso es todo! El fiscal pide que se introduzca este valioso documento como prueba. ¡Así considera cerrado el asunto!

No, el asunto recién se abre. Las agencias de Noruega no afirmaron para nada que es imposible realizar vuelos en Noruega en los meses de invierno. Entonces, ¿por qué el tribunal de Moscú se toma el trabajo de confeccionar un manual meteorológico para los aviadores? La cuestión es mucho más concreta: ¿aterrizó un avión extranjero en Oslo durante el mes de diciembre de 1935, sí o no?

Konrad Knudsen, miembro del Storting, el 29 de enero de 1937, envió el siguiente telegrama a Moscú:

Al fiscal Vishinsky, Colegio Militar del Tribunal Supremo de Justicia, Moscú:  
Le informo que hoy oficialmente verifiqué que en diciembre de 1935 ningún avión extranjero ni privado aterrizó en el aeropuerto cerca de Oslo. Stop. Como anfitrión de León Trotsky también confirmé que en diciembre de 1935 no pudo haber existido ninguna conversación entre Piatakov y Trotsky en Noruega. KNUDSEN KONRAD, miembro del Storting.

El mismo día, 29 de enero, el *Arbeiderbladet*, órgano del partido de gobierno, llevó a cabo una nueva investigación sobre el “avión especial”. Tal vez no esté de más mencionar que este periódico no sólo aprobó mi reclusión por parte del gobierno de Noruega, sino que también publicó artículos muy hostiles sobre mi persona durante mi encarcelamiento. Doy el informe textual del *Arbeiderbladet*:

#### EL MILAGROSO VIAJE DE PIATAKOV A KJELLER

No hubo ningún avión extranjero en Kjeller entre septiembre de 1935 y mayo de 1936.

El director Gulliksen publica una negativa categórica.

Piatakov, en su confesión, insiste en decir que llegó por avión a Noruega y aterrizó en el aeródromo Kjeller en diciembre de 1935. El Comisariado Ruso de Asuntos Exteriores ha emprendido una investigación destinada a confirmar esta evidencia.

Las autoridades del aeródromo Kjeller ya han negado categóricamente que cualquier avión extranjero haya aterrizado allí en diciembre de 1935, mientras que Konrad Knudsen, anfitrión de Trotsky y miembro del Storting, emitió una declaración donde dice que Trotsky no recibió visitantes durante ese período. Hoy un representante del *Arbeiderbladet* hizo otra investigación en el aeródromo Kjeller, y el director Gulliksen confirmó por teléfono que ningún avión extranjero aterrizó en Kjeller en diciembre de 1935. Durante este mes sólo un avión aterrizó allí, y era un avión noruego de Linkoping. Pero este avión no llevaba pasajeros.

El director Gulliksen examinó el registro diario de aduanas antes de emitir esta declaración para nosotros, y en respuesta a nuestra pregunta agregó que está absolutamente descartado que cualquier avión haya aterrizado sin haber sido observado. Durante la noche hay una guardia militar que patrulla el terreno. Nuestro representante le preguntó al director Gulliksen: “¿cuándo fue la última vez, antes de diciembre de 1935, que un avión extranjero aterrizó en Kjeller?”. “El 19 de septiembre. Era un avión inglés, un SACSF que venía de Copenhague. Estaba pilotado por un aviador inglés, el Sr. Robertson, a quien conozco muy bien”.

“Y después de diciembre de 1935, ¿cuándo aterrizó el primer avión extranjero en Kjeller?”.

“El 1 de mayo de 1936”.

“En otras palabras, de acuerdo con los registros efectuados en el aeródromo, ¿con ello se establecería que ningún avión extranjero aterrizó en Kjeller en el intervalo que va del 19 de septiembre de 1935 al 1 de mayo de 1936?”. “Sí”.

Con el fin de no dejar lugar a ninguna duda, permítanme presentarles la confirmación oficial de la entrevista del periódico. En respuesta a una pregunta formulada por mi abogado noruego, el mismo Sr. Gulliksen, director del único aeropuerto dentro o cerca de Oslo, respondió el 14 de febrero de la siguiente manera:

Kjeller, 14 de febrero de 1937  
Andreas Stoeylen125,  
Abogado,  
Owe Slottagt 8V.  
Oslo.

Señor: En respuesta a su carta del 10 del corriente, permítame aseverar que mi declaración publicada en *Arbeiderbladet* es correcta...

Muy atentamente,  
GULLIKSEN, Director del Aeropuerto de Kjeller.

En otras palabras, incluso si le concediéramos a la GPU no sólo 31 días (diciembre), sino 224 días (del 19 de septiembre al 1 de mayo) para que volara Piatakov, ni siquiera así Stalin podía salvar la situación. Por lo tanto, espero que el asunto del vuelo de Piatakov a Oslo pueda considerarse cerrado para siempre.

El 29 de enero, la sentencia aún no se había pronunciado. Las declaraciones de Knudsen y *Arbeiderbladet* eran de una importancia tan extraordinaria que se hacía necesaria una investigación complementaria. Pero la Temis de Moscú no es del tipo de gente que permite que los hechos detengan sus movimientos. Es muy probable (casi seguro) que, en las negociaciones preliminares, a Piatakov, como a Rádek, le hayan prometido perdonarle la vida. Mantener esta promesa frente a Piatakov, el “organizador” del supuesto “sabotaje”, no era nada fácil. Pero si a Stalin le quedaba alguna duda en este sentido, las noticias de Oslo la liquidaron. El 29 de enero le dije a la prensa en mi declaración diaria:

El diputado Konrad Knudsen realizó una investigación preliminar en Noruega, donde estableció que ningún avión extranjero aterrizó en Oslo “en la primera quincena de diciembre”. ¿Cómo enfrentar este detalle desagradable? Mi gran temor es que la GPU se apresure a ejecutar a Piatakov para impedir que se le hagan preguntas incómodas y para privar a una comisión investigadora internacional de la posibilidad de pedirle explicaciones precisas en el futuro.

Al día siguiente, el 30 de enero, Piatakov fue condenado a muerte, y el 1 de febrero, lo fusilaron.

Por medio de la prensa amarillista de Noruega, *Tidens Tegn*, de carácter similar a las publicaciones de Hearst en Estados Unidos, los amigos de la GPU están tratando de establecer una nueva versión del vuelo de Piatakov. Tal vez el avión alemán no aterrizó en un aeródromo sino en un fiordo helado. Tal vez Piatakov no se vio con Trotsky en un suburbio de Oslo, sino en un bosque. Quizás no en una casa “bastante bien amueblada”, pero sí en una pequeña cabaña en el bosque. No a treinta minutos sino a tres horas de Oslo. Quizás Piatakov no fue en automóvil, sino en trineo o en esquíes. Tal vez esta entrevista no ocurrió el 12 o 13 de diciembre, sino el 21 o 22 de diciembre. Este esfuerzo creativo no es ni mejor ni peor que el intento de hacer pasar a una confitería de Copenhague por el Hotel Bristol. Las hipótesis del *Tidens Tegn* adolecen de este defecto: no dejan en pie ni un ápice de la confesión de Piatakov, y al mismo tiempo ellas mismas se desmoronan frente a los hechos. Estas fantasías hace mucho tiempo fueron refutadas por la prensa noruega, especialmente por el liberal *Dagbladet*, sobre la base de un examen de los hechos; es decir, de las circunstancias de tiempo y lugar. El diputado del Storting, Konrad Knudsen, ha sometido a estas ficciones tardías a una crítica no menos

aniquiladora en las columnas de esa misma prensa amarillista, que entre tanto se ha convertido en el oráculo de la Comintern. Si, por su parte, la Comisión considera necesario someter a un examen no sólo los datos del informe oficial, sino también las versiones literarias presentadas por los amigos de la GPU después del fusilamiento de Piatakov, pondré todo el material necesario a su disposición.

Aquí quisiera añadir que, a principios de marzo, el escritor danés Andersen Nexø visitó Oslo para dar una conferencia especial. Por una feliz coincidencia, Nexø (como Pritt, como Duranty, como tantos otros) se hallaba en Moscú durante el juicio y escuchó con sus propios oídos la confesión de Piatakov. Si Nexø conoce el idioma ruso o no es intrascendente; es suficiente que este caballero de la verdad escandinavo “no ponga en duda” la credibilidad de la confesión de Piatakov. Si Romain Rolland se compromete a realizar tareas degradantes que testimonian una pérdida completa del sentido moral y psicológico, ¿por qué el Sr. Nexø no haría lo mismo?

La corrupción introducida por la GPU en ciertos círculos de escritores y políticos radicales de todo el mundo ha alcanzado proporciones verdaderamente espantosas. No me pondré a investigar aquí sobre los medios que la GPU puede utilizar en cada caso. Es suficientemente conocido que estos medios no siempre tienen un carácter “ideológico”; el escritor irlandés O’ Flaherty ya ha revelado esto con su peculiar cinismo. Uno de los motivos de mi ruptura con Stalin y sus camaradas de armas fue, por cierto, que recurrió al soborno de funcionarios del movimiento obrero europeo desde 1924 en adelante. Un resultado indirecto pero muy importante de la labor de la comisión será, espero, limpiar las filas radicales de los aduladores “de izquierda”, de los parásitos políticos, de los cortesanos “revolucionarios”, o de esos señores que siguen siendo “Amigos de la Unión Soviética”, en la medida en que son amigos de la Editorial Estatal Soviética o que cobran ordinariamente una renta de la GPU.

### *¿Qué es lo que fue desmentido en el último juicio?*

Los agentes de Moscú han recurrido últimamente al siguiente argumento: “Desde su llegada a México, Trotsky no ha presentado ninguna prueba. No hay ninguna razón para creer que pueda presentarla en el futuro. Por eso mismo, la comisión está condenada de antemano a la impotencia”. Me pregunto cómo se puede refutar una falsificación preparada y construida durante varios años sin examinar los hechos y los documentos. Tengo que reconocer desde el principio que es verdad que no tengo en mi poder ninguna confesión “voluntaria” de Stalin, Yagoda, Yezhov o Vishinsky. Pero si bien no he presentado hasta ahora ninguna fórmula mágica que abarque **todas** las pruebas, tampoco es cierto que yo no haya presentado **ninguna** prueba. Durante el último juicio hice declaraciones diarias a la prensa refutando específicamente las confesiones. Los periódicos publicaron sólo partes de mis declaraciones, a menudo en forma distorsionada. Pongo a disposición de la comisión el texto exacto de estas declaraciones. También estoy escribiendo un libro que proporcionará la clave de los “enigmas” políticos y psicológicos más importantes de los Procesos de Moscú. He recibido el informe textual del segundo juicio hace tan sólo dos semanas. Naturalmente, en estas circunstancias no puede hablarse de una refutación exhaustiva. Sin embargo, a pesar del hecho de que yo no tenía a mi disposición un diario o un semanario en el cual pudiera expresarme libremente, refuté completamente los hechos del último juicio dirigidos contra mí personalmente, y con ello desmoroné la amalgama judicial de conjunto.

Rádek, defendiéndose en su alegato final ante los insultos del fiscal, el cual caracteriza a los acusados sólo como ladrones y bandidos (el fiscal Vishinsky, un arribista

cínico, un antiguo menchevique de derecha, ¡qué encarnación del régimen!), obviamente ha sobrepasado los límites prefijados de la defensa, y dijo más de lo necesario o de lo que quería decir. ¡Ese es uno de los rasgos distintivos de Rádek! Esta vez, sin embargo, dijo cosas de valor excepcional. Pido a todos los miembros de la comisión que lean con especial cuidado el alegato final de este acusado.

La actividad terrorista y la conexión de los “trotskystas” con las organizaciones de contrarrevolucionarios y saboteadores están plenamente demostradas, según Rádek. “Sin embargo”, continúa:

Pero el proceso tiene dos puntos centrales; tiene, además, una enorme importancia desde otro punto de vista. Ha puesto de manifiesto la fuerza de la guerra y ha demostrado que la organización trotskysta se ha convertido en la agencia de las potencias que preparan la nueva guerra mundial. ¿Cuáles son las pruebas de este hecho? Las pruebas son las declaraciones de dos hombres: las mías, en las que he reconocido haber recibido instrucciones y cartas (que desgraciadamente quemé) de Trotsky, y las de Piatakov, que habló con Trotsky. Las demás declaraciones descansan sobre las nuestras. Si ustedes no han tenido relación más que con simples criminales de derecho común, con soplones, ¿cómo pueden saber que lo que hemos dicho es la pura verdad, la verdad incontrovertible?

A uno le cuesta creer lo que está leyendo cuando ve transcritas en el registro estas líneas cínicamente francas. Ni siquiera el fiscal o el presidente trataron de refutar o corregir a Rádek; ¡era demasiado arriesgado! Sin embargo, sus palabras sorprendentes derrumban todo el proceso. Sí, toda la acusación en mi contra se basa sólo en el testimonio de Rádek y Piatakov. Ni siquiera hay un rastro de pruebas materiales. Las cartas que Rádek supuestamente recibió de mi parte “lamentablemente” las quemó (sin embargo, el acta de acusación salió publicada en la versión **rusa** de los expedientes judiciales como si citaran mis cartas reales). El fiscal trata a Rádek y a Piatakov como mentirosos sin principios, que persiguen un único objetivo: engañar a las autoridades. La suma y la sustancia de la respuesta de Rádek es: “Si nuestro testimonio es falso (¡tanto Rádek como el fiscal saben muy bien que el testimonio es falso!), entonces, ¿qué otra prueba tienen de que Trotsky llegó a sellar una alianza con Alemania y Japón con el fin de precipitar la guerra y el desmembramiento de la URSS? No les queda nada. No hay documentos. El testimonio de los otros acusados se apoya en nuestro testimonio”. Ni una palabra de la fiscalía. Ni una palabra del presidente. Los “amigos” en el extranjero también guardan silencio. ¡Un silencio condenatorio! Tal es el verdadero rostro del proceso: ¡un rostro de vergüenza!

Recordemos el lado fáctico del testimonio de Rádek y Piatakov. Se supone que Rádek mantuvo comunicación conmigo a través de Vladimir Romm. Este último supuestamente me vio por primera y única vez a finales de julio de 1933 en el Bois de Boulogne, en París. Por medio de referencias precisas a fechas, hechos y testigos, entre ellos la policía francesa, he demostrado que yo no estuve ni podría haber estado en el Bois de Boulogne, ya que, al estar enfermo, fui directamente desde Marsella a Saint Palais, cerca de Royan, a varios cientos de kilómetros de París.

Piatakov declaró que voló en un avión alemán para verme en Oslo en diciembre de 1935. Sin embargo, las autoridades noruegas han declarado públicamente que ningún avión extranjero aterrizó en Oslo entre el 19 de septiembre de 1935 y el 1 de mayo de 1936. Nadie impugnó esta evidencia. Piatakov voló a Oslo para verme tanto como Romm se reunió conmigo en el Bois de Boulogne. Sin embargo, el único supuesto contacto de Rádek conmigo fue a través de Romm. La destrucción del testimonio de Romm no deja nada del testimonio de Rádek. Tampoco queda nada del testimonio de Piatakov. Sin embargo, de acuerdo con la confesión de Rádek, confirmada por el silencio del tribunal, la acusación en mi contra se basa exclusivamente en el testimonio de Rádek y Piatakov. Todos los testimonios de los demás son de carácter accesorio, auxiliares, planeados para

reforzar a Rádek y Piatakov, los principales acusados; más exactamente, los principales testigos de Stalin en mi contra. La función de Rádek y Piatakov era demostrar la relación directa entre los criminales y yo. “Todos los testimonios de los demás acusados se apoyan en nuestro testimonio”, confiesa Rádek. En otras palabras, se apoyan sobre nada. La principal acusación queda demolida. Se convirtió en polvo. No es necesario demoler un edificio ladrillo por ladrillo, una vez que se han derribado los dos pilares básicos sobre los que se apoya. ¡Señores acusadores, arrástrense entre los escombros y recojan los restos de su mampostería!

### *El fiscal falsificador*

Mi actividad “terrorista” y “derrotista”, como es sabido, se suponía que era un asunto de máximo secreto, en la que inicié sólo a aquellos que eran para mí los más dignos de confianza. Por el contrario, mi actividad pública, hostil al terrorismo y al derrotismo, supuestamente era sólo “camuflaje”. El fiscal, sin embargo, no sostiene uniformemente esta posición a lo largo del juicio, y a veces sucumbe a la tentación de descubrir propaganda terrorista y derrotista también en mi actividad pública. Vamos a demostrar con algunos ejemplos cardinales que los fraudes literarios de Vishinsky representan sólo una parte auxiliar de la falsificación judicial.

I. El 20 de febrero de 1932, el Comité Ejecutivo Central de la URSS, por medio de un decreto especial, me privó de la ciudadanía soviética a mí y a los miembros de mi familia que estaban en el exterior. De paso, llamo la atención acerca de que incluso el texto del decreto representa una amalgama. Se refieren a mí no sólo por el apellido Trotsky, sino también por el apellido de mi padre, Bronstein, aunque este nombre nunca antes se utilizó en ningún documento soviético. Por otra parte, salieron a cazar a los mencheviques llamados Bronstein y los incluyeron en el decreto de privación de la ciudadanía. ¡Ese es el estilo político de Stalin!

Yo respondí mediante una “Carta abierta al presidium del Comité Ejecutivo Central de la URSS”, del 1 de marzo de 1932 (*Boletín de la Oposición*, número 27). Esta carta abierta mencionaba una serie de fraudes perpetrados por la prensa soviética por órdenes de arriba, con el propósito de desacreditarme ante los ojos de las masas trabajadoras de la URSS. Haciendo un recuento de los principales errores de Stalin en cuestiones de política interior y exterior, la carta abierta señalaba sus “tendencias bonapartistas”. “Bajo el látigo de la camarilla **estalinista**”, decía la carta a continuación, “el miserable, confuso, asustado y aterrorizado Comité Central del Partido Comunista Alemán ayuda a los dirigentes de la socialdemocracia a enviar al proletariado de su país a que Hitler lo crucifique (y no puede hacer otra cosa)”. ¡Menos de un año después, esta predicción, por desgracia, se confirmó por completo! Por otra parte, la carta abierta contenía la siguiente propuesta:

“... Stalin los llevó a un callejón sin salida. No pueden avanzar sin liquidar al estalinismo. Deben apoyarse en la clase obrera y darle a la vanguardia proletaria la posibilidad, por medio de la más absoluta libertad de crítica, de revisar todo el sistema soviético y librarlo rápidamente de la basura acumulada. **Es hora, por fin, de seguir el último e insistente consejo de Lenin: ¡remover a Stalin!**

La propuesta de “remover a Stalin” la fundamenté con las siguientes palabras:

Ustedes conocen a Stalin tan bien como yo... Su fuerza siempre residió en el aparato, no en él mismo, en cuanto él es la representación más acabada del automatismo burocrático. Separado del aparato, opuesto a éste, no representa nada. Es hora de terminar con el mito estalinista.

Queda claro que aquí no se habla del exterminio físico de Stalin, sino sólo de la liquidación de su poder de aparato.

Por increíble que parezca, es precisamente este documento, la carta abierta al comité ejecutivo central, el que constituiría la base de la falsificación judicial de Stalin-Vishinsky.

En la sesión del tribunal del 20 de agosto de 1936, el acusado Olberg declaró:

La primera vez que Sedov me habló de mi viaje [a la URSS] fue después del mensaje de Trotsky sobre su privación de la ciudadanía soviética. En este mensaje Trotsky desarrolló la idea de que era necesario asesinar a Stalin. Esta idea fue expresada con las siguientes palabras: “Stalin debe ser removido”. Sedov me mostró el texto mecanografiado de este mensaje y dijo: “Bueno, ya ves, no se puede expresar de una manera más clara. Se trata de una forma diplomática” ... Fue entonces que Sedov propuso que yo fuera a la URSS.

En aras de la prudencia, Olberg llama “mensaje” a la carta abierta. Olberg sólo da una cita parcial. El fiscal no pide más detalles. Las palabras “**remover** a Stalin” se interpretan dándole el sentido de que era necesario **asesinar** a Stalin.

El 21 de agosto, según el expediente, el acusado Holzman declaró que “en el curso de la conversación, Trotsky dijo que ‘era necesario remover a Stalin’”. “Vishinsky: ¿Qué significa ‘remover a Stalin’? Explíquelo”. Holzman, naturalmente, procede a explicarlo de acuerdo con los requerimientos de Vishinsky.

Al parecer, con el fin de disipar todas las dudas sobre el origen de su propio fraude, Vishinsky declaró el 22 de agosto de 1936, en sus conclusiones finales: “... en marzo de 1932, en un arrebato de furia contrarrevolucionaria, Trotsky estalló, en una carta abierta, con un llamado a ‘poner a Stalin fuera del camino’ (esta carta fue encontrada entre las paredes dobles de la maleta de Holzman y figuraba como una prueba en este caso)”.

El fiscal habla lisa y llanamente de una “carta abierta” escrita en marzo de 1932 sobre el retiro de mi ciudadanía y que contiene el llamado a “remover a Stalin”. ¡Este documento no es otra cosa que mi “Carta Abierta al Comité Ejecutivo Central”! Según el fiscal, fue “encontrada entre los dobles fondos de la maleta de Holzman”. Es posible que, de regreso del extranjero, Holzman haya ocultado en su maleta una copia del *Boletín* que contiene mi carta abierta; esos medios de ocultamiento son acordes a la práctica tradicional de los revolucionarios rusos. En cualquier caso, las indicaciones específicas dadas por el fiscal: (a) la mención del nombre (carta abierta), (b) la fecha (marzo de 1932), (c) el tema (decreto de privación de mi ciudadanía) y, por último, (d) la consigna (“remover a Stalin”), apuntan con certeza absoluta a mi “Carta Abierta al Comité Ejecutivo Central”, y al hecho de que el testimonio de Olberg y Holzman, lo mismo que las conclusiones finales del fiscal en el caso Kámenev-Zinóviev, precisamente giraban alrededor de este documento.

En sus conclusiones finales sobre el caso Piatakov-Rádek (28 de enero de 1937), Vishinsky vuelve su atención nuevamente sobre la carta abierta como la guía básica del terrorismo:

Tenemos en nuestro poder documentos que demuestran que Trotsky planteó una línea de acción terrorista por lo menos dos veces, y, además, en forma bastante abierta y sin disimulo, en documentos que su autor ha difundido *urbi et orbi*. Me refiero, en primer lugar, a este escrito de 1932, en el que Trotsky proclamó su llamado vergonzoso y traidor: ‘Remover a Stalin’...” [En la edición en inglés del registro del segundo juicio (página 507) dice “remover a Stalin”. En la edición en inglés del registro del primer juicio (página 127) la misma frase aparece traducida como “poner a Stalin fuera del camino”. En la edición francesa de las actas del segundo juicio la frase dice “supprimez Staline”, es decir, “Destruyan a Stalin”. El gran complot está repleto de cientos de pequeños fraudes, hasta el colmo de incluir traducciones fraudulentas].

Permítanme, en este punto, que interrumpa mi lectura de las citas, de donde otra vez nos enteramos de que la orden terrorista supuestamente la di yo de forma abierta o de que la proclamé *urbi et orbi*, como sostiene el fiscal. En una palabra, se trata de la misma carta abierta en la que, invocando el testamento de Lenin, recomendé la destitución de Stalin de su puesto como secretario general.

¡La situación es clara, estimados miembros de la comisión! En los dos juicios principales contra los “zinovievistas” y “trotskystas” el punto de partida de la acusación de terrorismo es una interpretación conscientemente falsa de un artículo mío publicado en varios idiomas y accesible para ser verificado por cualquier persona que sepa leer. ¡Tales son los métodos de Vishinsky! ¡Tales son los métodos de Stalin!

II. En las mismas conclusiones finales (28 de enero de 1937), el fiscal continúa “... y, en segundo lugar, en un documento posterior, el *Boletín* de la Oposición trotskysta, número 36-37, de octubre de 1933, en el cual aparecen varias referencias directas al terrorismo como método de lucha contra el gobierno soviético”. Sigue una cita del *Boletín*:

Sería infantil suponer que se puede remover a la burocracia estalinista a través de un congreso del partido o de los sóviets... No quedan caminos “constitucionales” normales para remover a la camarilla dominante. Sólo **por la fuerza** se podrá obligar a la burocracia a dejar el poder en manos de la vanguardia proletaria.

“¿De qué otra forma se lo puede llamar?”, concluye el fiscal, “¿si no como un llamado directo al **terrorismo**? No se lo puede llamar de otra manera”. A fin de preparar esta conclusión, Vishinsky declara de antemano: “Un adversario del terrorismo, un opositor a la violencia, debería haber dicho: ‘Sí, existen medios pacíficos [para reformar el estado] sobre la base, digamos, de la constitución’”. Precisamente: “¡Sobre la base, **digamos**, de la constitución!”.

Todo el argumento se basa en la identificación de la violencia revolucionaria con el terror individual. ¡Ni los fiscales zaristas recurrían seguido a estos métodos! Nunca me hice pasar por pacifista, por tolstoiano, o seguidor de Gandhi. Los revolucionarios serios nunca juegan con la violencia. Pero tampoco se niegan a recurrir a la violencia revolucionaria, si la historia no permite otros métodos. Desde 1923 hasta 1933 he defendido la idea de “reformular” el aparato del estado soviético. Precisamente por ello, incluso en marzo de 1932, le aconsejé al comité ejecutivo central “remover a Stalin”. Poco a poco, y bajo la presión irresistible de los hechos, llegué a la conclusión de que las masas populares no pueden derrocar a la burocracia sino por medio de la **violencia revolucionaria**. De conformidad con el principio fundamental de mi actividad, inmediatamente expresé públicamente esta conclusión. Sí, señoras y señores de la comisión, opino que al sistema del bonapartismo estalinista sólo se lo puede liquidar por medio de una nueva revolución política. Sin embargo, las revoluciones no se hacen a pedido. Surgen del desarrollo de la sociedad. No se las puede evocar artificialmente. Es todavía menos posible sustituir la revolución por el aventurerismo de los actos terroristas. Cuando Vishinsky identifica en lugar de contraponer estos dos métodos (el del terror individual y el de la insurrección de masas), borra toda la historia de la revolución rusa y toda la filosofía del marxismo. ¿Qué quiere poner en su lugar? Un fraude.

III. El embajador Troyanovsky, siguiendo a Vishinsky, hizo exactamente lo mismo; durante el último juicio descubrió, como es bien sabido, que en una de mis declaraciones a la prensa admití mi punto de vista terrorista. El descubrimiento de Troyanovsky se publicó, se discutió, hubo que desmentirlo. ¿No es degradante para la razón humana? Es evidente que, por un lado, en mis libros, artículos y declaraciones sobre los últimos juicios, negué categóricamente la acusación de terrorismo, fundamentando mi negación en argumentos teóricos, políticos y fácticos. Pero, por el contrario, se supone que le entregué a los periódicos de Hearst una declaración en la que, contradiciendo todas

mis otras declaraciones, le confesé abiertamente al embajador soviético mis crímenes terroristas. ¿Hay límites para el absurdo? Si Troyanovsky comete, a la vista de todo el mundo civilizado, falsificaciones tan inauditas por su crudeza y su cinismo, no es difícil imaginar lo que hace la GPU en sus mazmorras.

IV. A Vishinsky no le va mejor con mi **derrotismo**. Los abogados extranjeros de la GPU continúan torturando sus facultades para demostrar cómo fue que el ex dirigente del Ejército Rojo se convirtió en un “derrotista”. Para Vishinsky y los demás falsificadores de Moscú este problema dejó de existir hace mucho tiempo; Trotsky fue **siempre** un derrotista, dicen, incluso, durante el período de la guerra civil. Ya existe toda una literatura sobre este tema. Educado en esta literatura, el fiscal dice en sus conclusiones finales:

Debemos recordar que hace diez años Trotsky justificó su postura derrotista hacia la URSS al referirse a la famosa tesis de Clemenceau. Trotsky escribió entonces: ‘Debemos restaurar la táctica de Clemenceau, que, como es bien sabido [¡!] se levantó contra el gobierno francés en un momento en que los alemanes estaban a 80 kilómetros de París.’ [En la edición en inglés estas palabras están entre comillas, lo cual podría llevar a los miembros de la comisión a pensar que se trata de una cita. En realidad, el fiscal inventó la frase de la nada. Las “citas” judiciales de Vishinsky tienen la misma autenticidad que las “citas” literarias de Stalin; en esta escuela hay uniformidad de estilo]... No fue una casualidad que Trotsky y sus cómplices levantaran la tesis de Clemenceau. Ellos volvieron a esta tesis, pero esta vez no como una propuesta teórica, sino como una preparación práctica, la preparación real de la derrota de la URSS en la guerra, en alianza con los servicios de inteligencia extranjeros.

Es difícil creer que el texto de este discurso se haya publicado en idiomas extranjeros, incluyendo el francés. Uno podría imaginarse que los franceses se enteraron, no sin asombro, de que Clemenceau, durante la guerra, “se levantó contra el gobierno francés”. Los franceses nunca sospecharon que Clemenceau era un derrotista y un aliado de los “servicios de inteligencia extranjeros”. Por el contrario, lo llaman “el padre de la victoria”. ¿Qué se entiende exactamente de las patrañas del fiscal? Que la burocracia estalinista, desde 1926, para justificar la violencia contra los sóviets y el partido ha apelado al peligro de guerra; ¡un subterfugio clásico del bonapartismo! Oponiéndome a esto, siempre expresé que la libertad de crítica es indispensable para nosotros no sólo en tiempo de paz, sino también en tiempo de guerra. Me refería al hecho de que incluso en los países burgueses, Francia en particular, la clase dominante no se atrevió, a pesar de todo su temor a las masas, a suprimir completamente la crítica durante la guerra. En este sentido, cité el ejemplo de Clemenceau, quien a pesar de la cercanía de París al frente de guerra (o, mejor dicho, precisamente por eso) denunció en su periódico la inutilidad de la política militar del gobierno francés. Finalmente, Clemenceau, como es conocido, convenció al parlamento, se hizo cargo del gobierno, y aseguró la victoria. ¿Dónde está el “levantamiento” aquí? ¿Dónde está el “derrotismo”? ¿Dónde está la conexión con los servicios de inteligencia extranjeros? Repito: hice la referencia a Clemenceau cuando todavía creía posible transformar por medios pacíficos el sistema de gobierno de la URSS. Hoy ya no puedo invocar a Clemenceau, ya que el bonapartismo de Stalin ha desterrado el camino de la reforma legal. Pero aún hoy estoy completamente por la defensa de la URSS; es decir, por la defensa de sus bases sociales, tanto contra el imperialismo extranjero como contra el bonapartismo doméstico.

En la cuestión del “derrotismo” el fiscal se basó primero en Zinóviev, luego en Rádek, como los principales testigos en mi contra. Voy a citar hoy aquí a Zinóviev y a Rádek como testigos en contra del fiscal. Citaré sus opiniones libres y sin falsificaciones.

Hablando de la persecución repugnante contra la Oposición, Zinóviev escribió al comité central el 6 de septiembre de 1927:

Es suficiente con señalar el artículo del nada desconocido N. Kuzmin en el *Komsomolskaya Pravda* en los que este “maestro” de nuestra juventud militar... interpreta la referencia del camarada Trotsky a Clemenceau como una exigencia de fusilar a los campesinos que están en el frente en caso de guerra. Francamente, ¿qué es esto si no acaso agitación termidoriana, por no decir de las Centurias Negras?

En el mismo período de la carta de Zinóviev (septiembre de 1927), Rádek escribió en sus tesis programáticas:

Sobre la cuestión de la guerra, es necesario repetir en nuestra plataforma lo que se dijo en varios discursos públicos, y unificarlo todo, es decir: nuestro estado es un estado obrero, a pesar de las fuertes tendencias que operan para cambiar su naturaleza. **La defensa de ese estado es la defensa de la dictadura del proletariado...** Lo que plantea el grupo de Stalin (distorsionando la referencia del camarada Trotsky a Clemenceau) no se puede desechar ligeramente, sino que hay que responderlo con claridad: vamos a defender la dictadura del proletariado, aun con la falsa dirección de la actual mayoría, como hemos declarado, pero la promesa de victoria está en corregir los errores de esta dirección, y en que el partido acepte nuestra plataforma.

Estos testimonios de Zinóviev y Rádek son doblemente valiosos. Por un lado, establecen de una forma totalmente correcta la actitud de la Oposición hacia la defensa de la URSS; por otro lado, muestran que desde 1927 el grupo estalinista ha distorsionado en todas las formas imaginables mi referencia a Clemenceau, con el objetivo de imputarle tendencias derrotistas a la Oposición. Vale la pena señalar que este mismo Zinóviev, en una de sus retractaciones de los últimos días, también incluyó dócilmente en su arsenal la falsificación oficial sobre Clemenceau. “... Todo el partido, como un solo hombre”, escribió Zinóviev en *Pravda* del 8 de mayo de 1933, “ha de luchar bajo la bandera de Lenin y Stalin... Quizás sólo los despreciables renegados tratarán de recordar aquí la famosa tesis de Clemenceau”. Sin duda, uno podría encontrar otras referencias similares de Rádek. Por lo tanto, esta vez también, el fiscal no ha inventado nada nuevo. Se ha limitado a darle una vuelta jurídica a la forma tradicional termidoriana de perseguir a la oposición. Y toda la acusación está armada a base de trucos de tan mala calidad. ¡Mentiras y fraudes! ¡Fraudes y mentiras! El resultado: el pelotón de fusilamiento.

### ***La teoría del “camuflaje”***

Algunos “juristas”, del tipo de los que se tragan camellos y filtran mosquitos, son proclives al argumento de que mi correspondencia no puede tener ningún valor “jurídico” como prueba, porque siempre está la posibilidad de que se haya mantenido con el objetivo previsto de camuflar mi verdadera forma de pensar y actuar. Este argumento, que tiene sus raíces en la práctica criminal común, no tiene absolutamente ninguna aplicación a un juicio político de vastas proporciones. A los efectos del camuflaje, se pueden tramar cinco, diez, cien cartas. Pero no se puede desarrollar una intensa correspondencia sobre las cuestiones más diversas durante muchos años, con la gente más diversa, cercana y distante, con el único fin de engañar a todos. A las cartas tenemos que añadirles los artículos y los libros. Uno puede dedicarse a la tarea del “camuflaje” con la energía y el tiempo que le queden después de realizar el trabajo principal al que se dedica. Pero se puede mantener una correspondencia enorme a condición de tener una preocupación profunda por su contenido y sus resultados. Precisamente por esta razón, las incontables cartas, que están impregnadas hasta la médula con un espíritu de convencimiento, inevitablemente deben reflejar el verdadero rostro del autor, y en ningún caso supone una máscara temporal. Espero que la comisión considere las cartas, artículos y libros en sus conexiones recíprocas.

Cuando me presenté en Noruega el 11 de diciembre de 1936, en calidad de testigo sobre el ataque fracasado a mis archivos por parte de los fascistas, traté de explicar a los jueces y a los jurados el sentido de mis papeles como un medio de defensa contra las acusaciones falsas.

Ustedes tal vez me permitan [dije], que les dé un ejemplo de un terreno con el que los miembros del jurado se sientan más familiarizados. Imaginemos un hombre religioso y temeroso de Dios que se esfuerza por vivir su vida entera en estricta conformidad con las enseñanzas de la Biblia. En algún momento, sus enemigos lo acusan (con la ayuda de documentos y testigos falsos) de que lleva adelante en secreto una propaganda atea. ¿Qué diría la víctima de esta calumnia? “Aquí está mi familia, aquí están mis amigos, aquí está mi biblioteca, aquí está mi correspondencia de muchos años, aquí está toda mi vida. Lean mis cartas, dirigidas a la gente más diversa en las más variadas ocasiones, pregunten a los cientos de personas que a lo largo de los años han estado en contacto conmigo, y se convencerán de que **no podría** haber desarrollado una tarea que entrara en conflicto con toda mi naturaleza moral”. Este argumento convencerá a todo hombre inteligente y honesto.

Tomemos otro ejemplo del campo del arte. Supongamos que alguien declarara que Diego Rivera es un agente secreto de la Iglesia Católica. Si tuviera que participar en una investigación sobre una calumnia como ésta, en primer lugar, les propondría a todos los participantes que estudien los murales de Rivera. Es difícil que pueda encontrarse en cualquier otro lugar una expresión de odio a la Iglesia más apasionada o más intensa. ¿Algún jurista trataría de objetar que tal vez Rivera pintó estos murales con el fin de camuflar su verdadero rol? La gente sería sólo se reiría con desprecio de una recusación así, y continuaría con sus asuntos.

Con el fin de camuflar los crímenes (hablo ahora de los crímenes de la GPU), es posible, con la ayuda de un aparato, fraguar una acusación, extraer una serie de confesiones monótonas, y publicar un informe “textual” a expensas del estado. Las contradicciones internas y la brutalidad de este menjunje serían suficientes para delatar por sí solas esta “creación” burocrática hecha a pedido. Pero sin convicción y pasión intelectual no se pueden pintar murales formidables que en el lenguaje del arte fustigan la opresión del hombre por el hombre, ni tampoco desarrollar las ideas de la revolución internacional año tras año bajo los golpes de enemigos innumerables. No se puede derramar “la sangre del corazón y la savia de los nervios” (Börne) en actividades científicas, artísticas o en el trabajo político, con el fin del “camuflaje”. Las personas que saben lo que es el trabajo creativo, y toda la gente inteligente y sensible en general, se reirán burlescamente de los casuistas burocráticos y “jurídicos”, y continuarán con asuntos.

Por último, dejemos que la desapasionada aritmética tome cartas en este asunto. De acuerdo con las declaraciones de ambos juicios, el contenido de mi trabajo criminal fue el siguiente: tres reuniones en Copenhague, dos cartas de Mrachkovsky y demás, tres cartas a Rádek, una carta a Piatakov, otra a Murálov, una reunión con Romm que duró entre 20 y 25 minutos, un encuentro con Piatakov que duró dos horas. ¡Eso es todo! En total, las conversaciones y correspondencia con los conspiradores, según su propio testimonio, no significaron más de doce o trece horas de mi tiempo. No sé cuánto de mi tiempo ocuparon mis conversaciones con Hess y los diplomáticos japoneses.

Añadamos doce horas más. En total, esto asciende a un máximo de tres jornadas laborales. Mientras tanto, calculo que los últimos ocho años de mi exilio incluyen 2.920 posibles jornadas laborales. Que no usé mi tiempo inútilmente lo prueban mis libros publicados en estos años, los innumerables artículos, y las cartas aún más numerosas, que en tamaño y en contenido no poco frecuentemente puedan compararse con los artículos.

De esta manera, llegamos a una conclusión más bien paradójica: durante 2.917 días de trabajo escribí libros, artículos y cartas, y mantuve conversaciones dedicadas a la defensa del socialismo, la revolución proletaria y la lucha contra el fascismo y todas las otras formas de reacción. Por otra parte, he dedicado tres días (¡tres días enteros!) a conspirar según los intereses del fascismo. Ni siquiera mis adversarios han negado que mis libros y artículos, escritos en el espíritu de la revolución comunista, posean algún mérito. Por el contrario, mis cartas y directivas verbales inspiradas por los intereses del fascismo, se distinguen, a juzgar por los informes de Moscú, por una estupidez extraordinaria. Entre las dos ramas de mi actividad, la pública y la secreta, se observa una extrema desproporción. La actividad pública (es decir, la “hipócrita”) que sólo sirvió como “camuflaje” superó a mi actividad secreta (es decir, la “verdadera”) casi mil veces en cantidad y, me atrevo a afirmar, también en calidad. Da la impresión de que he construido un rascacielos para “camuflar” una rata muerta. ¡No, no es convincente!

Lo mismo ocurre con el testimonio de mis testigos. Naturalmente, yo vivía en un círculo de amigos políticos, y me asociaba principalmente, aunque no en forma exclusiva, con mis compañeros de ideas. Por lo tanto, es un asunto sencillo tratar de desacreditar el testimonio de mis testigos por provenir de personas vinculadas con una de las partes interesadas (*ex parte* [de una de las partes]). Sin embargo, se debe considerar este argumento como insostenible desde el principio. Hoy en día existen en una treintena de países organizaciones más pequeñas o más grandes que se fundaron y se han desarrollado durante los últimos ocho años en relación cercana con mis trabajos teóricos y mis artículos políticos. Cientos de miembros de estas organizaciones mantuvieron correspondencia personal conmigo, discutieron conmigo, y me visitaron siempre que pudieron. Cada una de ellas después compartió sus impresiones con veintenas, si no cientos, de personas. Así que no se trata de un círculo cerrado, unido por el orgullo familiar o intereses materiales mutuos, sino de un amplio movimiento internacional, nutrido exclusivamente de fuentes ideológicas. A esto hay que añadir que, en cada una de estas treinta organizaciones, durante todos estos años, se produjo una intensa lucha ideológica, que no con poca frecuencia llevó a escisiones y expulsiones. La vida interna de cada una de estas organizaciones se reflejó, a su vez, en boletines, circulares y artículos polémicos. Participé activamente en todo este trabajo. Surge la pregunta: ¿la organización internacional de los “trotskystas” sabía acerca de mis planes e intenciones “verdaderos” (el terrorismo, la guerra, la derrota de la URSS, el fascismo)? **Si es así**, entonces es totalmente incomprensible que este secreto no se haya podido filtrar, ya sea por descuido o mala fe, especialmente en vista de los numerosos conflictos y divisiones. **Si no es así**, eso significa que he tenido éxito en hacer existir un movimiento internacional creciente sobre la base de ideas que no eran las mías, sino que sólo me servían como camuflaje para las ideas directamente opuestas. ¡Pero tal suposición es realmente absurda! Me gustaría añadir que me propongo llamar como testigos a decenas de personas que han roto con la organización trotskysta o han sido expulsadas de ella, y se han convertido en mis adversarios políticos, en algunos casos extremadamente implacables. Aplicar el estrecho concepto de “*ex parte*” a tan amplias dimensiones (la cantidad, aquí también, se transforma en calidad) significa ignorar la realidad y atrapar una sombra.

### ***¿Cuál es el propósito de estos juicios?***

Un escritor norteamericano, conversando conmigo, se quejó de esta manera: “Me cuesta creer que usted haya entablado una alianza con el fascismo, pero lo mismo me cuesta creer que Stalin haya llevado a cabo un fraude judicial tan horrible”. El autor de

este comentario simplemente me da lástima. En efecto, es difícil encontrar una solución si uno observa la cuestión exclusivamente desde el punto de vista de la psicología individual y no desde la política. No quiero negar la importancia del elemento individual en la historia. Ni Stalin ni yo nos encontramos en nuestras actuales posiciones por accidente. Pero nosotros no creamos estas posiciones. Ambos entramos en este drama como representantes de ideas y principios claros. A su vez, las ideas y los principios no caen del cielo, tienen profundas raíces sociales. Por eso hay que tomar, no la abstracción psicológica de Stalin como un “hombre”, sino su personalidad concreta e histórica como líder de la burocracia soviética. Uno puede entender los actos de Stalin sólo a partir de las condiciones de existencia del nuevo estrato privilegiado, ávido de poder, ávido de comodidades materiales, que teme por sus posiciones, que teme a las masas, y que odia a muerte a toda oposición.

La posición de una burocracia privilegiada en una sociedad que esa misma burocracia llama socialista no es sólo contradictoria, también es falsa. Cuanto más precipitado es el salto desde el trastrocamiento de octubre (que puso al desnudo toda la falsedad social) hasta la situación actual, en la que una casta de advenedizos se ve obligada a encubrir sus úlceras sociales, más crudas son las mentiras termidorianas. Por consiguiente, no se trata sólo de la depravación individual de tal o cual persona, sino de la corrupción encaramada en la posición de todo un grupo social para el cual mentir se ha convertido en una necesidad política vital. En la lucha por sus posiciones recién adquiridas, esta casta se ha reeducado a sí misma, y al mismo tiempo reeducó (o más bien, desmoralizó) a sus dirigentes. Levantó sobre sus hombros al hombre que expresa sus intereses con más resolución y menos piedad. Así, Stalin, que alguna vez fue un revolucionario, se convirtió en el dirigente de la casta termidoriana.

Las fórmulas del marxismo, que expresan los intereses de las masas, se le volvieron cada vez más inconvenientes a la burocracia en la medida en que, inevitablemente, se dirigían contra sus intereses. Desde el momento en que comencé a oponerme a la burocracia sus cortesanos teóricos comenzaron a llamar a la esencia revolucionaria del **marxismo**, “**trotskyismo**”. Al mismo tiempo, la concepción oficial del **leninismo** cambiaba año a año, cada vez más adaptada a las necesidades de la casta gobernante. Libros dedicados a la historia del partido, la revolución de octubre, o la teoría del leninismo, se revisaban anualmente. Aporté un ejemplo de la actividad literaria del propio Stalin. En 1918, escribió que la victoria de la insurrección de octubre fue asegurada “principalmente y por encima de todo” por la dirección de Trotsky. En 1924, Stalin escribió que Trotsky no desempeñó ningún papel especial en la revolución de octubre. Toda la historiografía se ajustó a esta letra. Esto significa en la práctica que cientos de jóvenes académicos y miles de periodistas se han entrenado sistemáticamente en el espíritu de la falsificación. Quien resistió fue neutralizado. Esto se aplica en una medida a los propagandistas, los funcionarios, los jueces, por no hablar de los magistrados de instrucción de la GPU. Las incesantes purgas partidarias apuntaron sobre todo a erradicar el “trotskyismo”, y durante estas purgas, no sólo los trabajadores descontentos fueron llamados “trotskystas”, sino también todos los escritores que presentaban honestamente hechos históricos o citas que contradecían la estandarización oficial más reciente. Los novelistas y artistas estaban sujetos al mismo régimen. La atmósfera espiritual del país llegó a estar totalmente impregnada con el veneno de los convencionalismos, las mentiras y los fraudes judiciales.

Todas las posibilidades a lo largo de este camino se agotaron pronto. Las falsificaciones teóricas e históricas ya no alcanzaban sus objetivos; la gente se empezó a acostumbrar demasiado a ellas. Era necesario darle a la represión burocrática una base

más masiva. Para reforzar la falsificación literaria, empezaron las acusaciones de carácter criminal.

Mi exilio de la URSS fue motivado oficialmente por la acusación de que yo había preparado una “insurrección armada”. Sin embargo, la acusación lanzada contra mí ni siquiera fue publicada en la prensa. Hoy puede parecer increíble, pero ya en 1929 nos enfrentábamos en la prensa soviética con acusaciones contra los trotskystas de “sabotaje”, “espionaje”, “preparación de descarrilamientos”, etc. Sin embargo, no hubo un solo juicio alrededor de estas acusaciones. El asunto se limitaba a una verdadera calumnia que representaba, sin embargo, el primer eslabón de la preparación del fraude judicial posterior. Para justificar la represión, era necesario tener acusaciones fraguadas. Para darles peso a las acusaciones falsas, era necesario reforzarlas con más represión brutal. Así, la lógica de la lucha condujo a Stalin por el camino de las gigantescas amalgamas judiciales.

También se le hizo necesario por razones internacionales. Si la burocracia soviética no quiere revoluciones y las teme, no puede, al mismo tiempo renunciar abiertamente a las tradiciones revolucionarias sin socavar su prestigio dentro de la URSS. Sin embargo, la bancarrota evidente de la Comintern abre el camino para una nueva internacional. Desde 1933 la idea de nuevos partidos revolucionarios bajo la bandera de la IV Internacional ha encontrado gran éxito en el Viejo y en el Nuevo Mundo. Sólo con gran dificultad, puede un observador externo apreciar las dimensiones reales de este éxito. No se puede medir por las estadísticas de crecimiento de su militancia. La tendencia general de desarrollo tiene una importancia mucho mayor. Por todas las secciones de la Internacional Comunista se están extendiendo profundas fisuras internas, que al primer choque histórico darán lugar a divisiones y debacles. Si Stalin le teme al pequeño *Boletín* de la Oposición y castiga con pena de muerte su introducción en la URSS, no es difícil entender el miedo que se apodera de la burocracia ante la posibilidad de que penetren en la URSS las noticias del sacrificado trabajo de la IV Internacional al servicio de la clase obrera.

La autoridad moral de los dirigentes de la burocracia y, sobre todo, de Stalin, se apoya en gran medida en la torre de Babel de calumnias y falsificaciones erigida durante trece años. La autoridad moral de la Comintern se basa única y exclusivamente en la autoridad moral de la burocracia soviética. A su vez, Stalin necesita de la autoridad y el apoyo de la Comintern ante los obreros rusos. Esta torre de Babel, que asusta a sus propios constructores, se mantiene dentro de la URSS con la ayuda de una represión cada vez más terrible, y fuera de la URSS, con la ayuda de un gigantesco aparato que, a través de los recursos derivados del trabajo de los obreros y los campesinos soviéticos, envenena la opinión pública mundial con el virus de las mentiras, las falsificaciones y el chantaje. Millones de personas en todo el mundo identifican la revolución de octubre con la burocracia termidoriana, la Unión Soviética con la camarilla de Stalin, los obreros revolucionarios con el aparato completamente desmoralizado de la Comintern.

La primera brecha en esta gran torre de Babel necesariamente hará que se derrumbe por completo, y enterrará bajo sus restos la autoridad de los jefes termidorianos. ¡Por eso para Stalin es una cuestión de vida o muerte exterminar a la IV Internacional, mientras todavía está en estado embrionario! Ahora, mientras estamos aquí examinando los Procesos de Moscú, el Comité Ejecutivo de la Comintern, de acuerdo con la información en la prensa, está sentado en Moscú. Su agenda es la siguiente: **la lucha contra el trotskismo mundial**. La sesión del Comité Ejecutivo de la Comintern no es sólo un eslabón en la larga cadena de los fraudes de Moscú, sino también la proyección de éstos en el ámbito mundial. Mañana vamos a oír hablar de nuevas fechorías de los trotskystas en España, de su apoyo directo o indirecto a los fascistas. Los ecos de esta vil

calumnia, de hecho, ya se han escuchado en esta sala. Mañana escucharemos cómo los trotskistas en los Estados Unidos están preparando sabotajes ferroviarios y la obstrucción del canal de Panamá según los intereses del Japón. Vamos a enterarnos pasado mañana de cómo los trotskistas en México están preparando medidas para la restauración de Porfirio Díaz. ¿Usted dice que Díaz murió hace mucho tiempo? Los creadores de amalgamas en Moscú no se detienen ante tan poca cosa. No se detienen ante nada, absolutamente nada. Política y moralmente, es una cuestión de vida o muerte para ellos. Los emisarios de la GPU están merodeando por todos los países del Viejo y del Nuevo Mundo. No falta dinero. ¿Qué significa para la camarilla gastar veinte o cincuenta millones de dólares de más o de menos con tal de mantener su autoridad y su poder? Estos señores compran conciencias humanas como sacos de papas. Veremos esto en muchos ejemplos.

Afortunadamente, no todas las personas se pueden comprar. De lo contrario la humanidad se habría podrido desde hace mucho tiempo. Aquí, materializada en la comisión, tenemos una célula preciosa de la conciencia pública no comercializable. Todos aquellos con sed de purificación de la atmósfera social se dirigirán instintivamente hacia la comisión. A pesar de las intrigas, los sobornos y la calumnia, serán rápidamente protegidos por la armadura de la simpatía de las amplias masas populares.

¡Señoras y señores de la comisión! Ya hace cinco años (repito, ¡cinco años!) que vengo exigiendo incesantemente la creación de una comisión internacional de investigación. El día que recibí el telegrama sobre la creación de su subcomisión fue un motivo de festejo en mi vida. Algunos amigos me preguntaron con ansiedad: ¿los estalinistas no van a entrar en la comisión, ya que en un primer momento entraron en el Comité para la Defensa de Trotsky? Yo les respondí: arrastrados a la luz del día, los estalinistas no son temibles. Por el contrario, recibo con gusto las preguntas más venenosas de los estalinistas; para desmoronarlas no tengo más que decir lo que realmente ocurrió. La prensa mundial les dará la publicidad necesaria a mis respuestas. Sabía de antemano que la GPU sobornaría a periodistas y periódicos enteros. Pero no dudé ni por un momento en que la conciencia del mundo no se puede sobornar y que también en este caso se anotará una de sus victorias más espléndidas.

¡Estimados miembros de la comisión! La experiencia de mi vida, en la que no han escaseado ni los triunfos ni los fracasos, no sólo no ha destruido mi fe en el claro y luminoso futuro de la humanidad, sino que, por el contrario, me ha dado un temple indestructible. Esta fe en la razón, en la verdad, en la solidaridad humana que a la edad de dieciocho años me llevó a las barriadas obreras de la ciudad provinciana rusa de Nikolayev, la he conservado plena y completamente. Se ha vuelto más madura, pero no menos ardiente.

En el hecho mismo de la formación de la comisión (en el hecho de que a su cabeza esté un hombre de una autoridad moral inquebrantable, un hombre que en virtud de su edad debería tener el derecho a permanecer fuera de las escaramuzas de la arena política), en este hecho veo un refuerzo nuevo y verdaderamente magnífico del optimismo revolucionario que constituye el elemento fundamental de mi vida.

¡Señoras y señores de la comisión! ¡Sr. procurador Finerty! ¡Y usted, mi defensor y amigo, Goldman! Permítanme expresar a todos ustedes mi profunda gratitud, que en este caso no lleva un carácter personal. Y permítanme, para concluir, expresar mi profundo respeto al educador, filósofo y personificación del genuino idealismo norteamericano, el académico que dirige el trabajo de vuestra comisión. (*Aplausos*)

*Dewey*: Cualquier cosa que yo diga estará de más. Pero todavía tengo que repetir un anuncio que hice antes, que al levantar la sesión de hoy sólo estamos levantando las sesiones de la Comisión Preliminar, que podrían considerarse incluso como la apertura

de la investigación de la comisión más amplia y completa. Sólo deseo añadir que varios miembros de la comisión permanecerán aquí durante algunos días (hemos estado tan ocupados que no hemos tenido tiempo suficiente para examinar los archivos y todas las cartas) y que un miembro de esta Comisión Preliminar fue nombrado como subcomisión y se quedará para hacer un examen completo de los documentos, a los efectos tanto de la inspección como de la verificación de las traducciones.

*Trotsky:* Al inglés, e incluyendo el ruso.

*Dewey:* Ahora han terminado las audiencias de la Comisión Preliminar de Investigación.

Edicions Internacionals Sedov  
Trotsky en internet y en castellano (Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras  
Escogidas)

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)